
F
ÁNGEL
INDOMABLE
ESTELLE MATARAZZO

Sinopsis

Cinco hermanos. Un imperio criminal.

Rossi, Fillipo, Luca, Mariano y Manuele son los temidos hermanos de la mafia FRATELLI. Para ellos, la familia siempre era lo primero y eso nunca cambiaría.

El vínculo entre los hermanos no se basaba solo en el lazo de sangre, sino también en un trauma que marcó el pasado de cada uno.

Rossi Ricci era el hermano mayor. Como capo, estaba acostumbrado a que sus órdenes se acataran sin ninguna vacilación.

Pero eso cambió cuando conoció a su futura esposa, Maya.

Maya Johnson no podía considerarse la mujer ideal para estar al lado de un jefe poderoso como Rossi, porque no sabía cumplir órdenes.

Era testaruda.

Lo único que deseaba era la libertad de poder tomar sus propias decisiones, lejos de todo el aura de oscuridad que traía consigo la mafia.

Pero eso cambió cuando conoció al verdadero hombre que se escondía tras el papel de líder.

Su marido ocultaba secretos y traumas.

Y ella estaba deseando descubrir cada uno de ellos.

Copyright © 2026 Estelle Matarazzo

Revisión: Estelle Matarazzo
Portada: Estelle Matarazzo
Maquetación: Estelle Matarazzo

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los procesos xerográficos y el uso de Internet, sin el permiso expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales es puramente casual.

Todos los derechos de esta edición están reservados a la autora.

DEDICATORIA

Para los corazones indomables que se niegan a dejar que el pasado defina su futuro.

AVISO I

"Ángel Indomable" es el segundo volumen de la serie Mafia Fratelli, una colección de historias independientes en las que cada libro puede leerse por separado. Sin embargo, después de conocer a uno de nuestros mafiosos, probablemente querrás descubrirlos todos.

AVISO II

Este libro describe escenas de violencia a varios niveles, tanto física como psicológica. La lectura no se recomienda a menores de 18 años debido a su contenido explícito, escenas de sexo y lenguaje vulgar.

OBSERVACIÓN

La historia narrada por la autora sobre la Mafia Fratelli es puramente ficticia; las leyes y reglas descritas dentro de la trama son fruto de la imaginación y no corresponden a la realidad. ¡Os deseo una agradable lectura!

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Prólogo

Rossi

Ya me había enfrentado a muchos criminales perversos en mi vida. Me han torturado miles de veces, y de formas inimaginables. Sin embargo, nunca me había sentido tan extraño como en ese momento.

Habían pasado pocas horas desde el entierro de Billy, así que supuse que su hija ya había tenido tiempo suficiente para prepararse para nuestra salida de Nueva York. Era muy incómodo imaginar que me casaría con una mujer a la que apenas conocía, salvo por un único encuentro, meses atrás.

—La señorita Maya está en su habitación, señor —dijo la ama de llaves de la casa, tan pronto como los guardias de seguridad me permitieron entrar.

Asentí con la cabeza, arreglándome la chaqueta negra.

Mientras avanzaba, mi teléfono empezó a sonar. Metí la mano en el bolsillo con la intención de coger el aparato, pero apenas tuve tiempo de contestar la llamada de Mariano, porque un gruñido siniestro me hizo quedarme paralizado en el acto.

Había un perro corpulento al pie de la escalera, que me mostraba los dientes. Todos mis sentidos se pusieron en alerta y mi mente empezó a buscar una posible salida. Lentamente y sin movimientos bruscos, llevé la mano a la parte posterior de mi espalda, con la intención de sacar mi pistola, pero antes de que lo lograra, un segundo perro se abalanzó hacia mí, tirándome al suelo. Mi arma cayó lejos. Quedé a merced de aquella bestia, que rugía enfurecida contra mi rostro.

Con los brazos en alto y aquel perro encima de mí —con las patas sobre mi pecho—, pude oír el sonido de unos tacones golpeando el suelo. Al asomarme a lo alto de la escalera, me topé con mi futura esposa.

—Vaya, vaya... —murmuró ella—. De verdad has venido. —Parecía ignorar el hecho de que estuviera bajo el yugo de esos malditos perros.

—¡Quita esa... cosa de encima de mí! —exigí entre dientes.

—¡No es una cosa! —reprendió, extremadamente irritada por mi forma de hablar—. A mis perros no les gustan los intrusos ni los extraños. Y, por desgracia, tú eres ambas cosas. ¿Qué quieres?

Mi pecho subía y bajaba mientras respiraba con dificultad debido a la furia que me provocaba toda aquella situación inusual. La paciencia, casi inexistente en mí, se estaba agotando.

—Yo... —me rasqué la garganta, tratando de encontrar las palabras adecuadas para decirle a alguien en duelo— Sé que acaba de perder a su padre, y lo siento de verdad, pero...

—¡No, no lo sientes! —replicó, sin dejarme siquiera terminar la frase que había ensayado. De repente, se acercó un poco más y pude verla mejor. Todavía llevaba la misma ropa del funeral. El cabello oscuro lo llevaba recogido en una coleta, pero sus ojos... me fascinaban... grandes e intensos. —La verdad es una sola, *capo*.

No se me pasó por alto la forma insolente en que pronunció mi título.

— ¿Y cuál es?

—Que no te importa un comino nada ni nadie, salvo tu propio ombligo —respondió, encogiéndose de hombros. El gruñido de sus perros no parecía molestarla en absoluto, al contrario. Vi el instante en que se agachó y cogió mi pistola, que había sido lanzada lejos

cuando su perro se abalanzó sobre mí. —Conozco muy bien esa fachada de chico bueno.

—¿Qué crees que escondo, Maya? —pregunté, fijándome en su rostro y en la forma en que empuñaba mi pistola, con maestría.

—No tengo ni la más remota idea, pero tampoco me interesa saberlo —respondió, indiferente. Entrecerré los ojos cuando ella simplemente guardó mi arma detrás de sus pantalones. —Solo quiero que te vayas de aquí. ¡No tenemos nada el uno con el otro y tampoco lo tendremos!

Al decir eso, simplemente se dio media vuelta.

—¡Odin! —exclamó una sola vez, y el perro que estaba encima de mí se alejó, siguiéndola.

En ese mismo instante, me levanté, arreglándome la chaqueta. Era imposible no sentirme irritado y avergonzado por haber sido dominado de esa forma tan estúpida.

—Ya me he dado cuenta de que eres una mujer atractiva e inteligente —comenté, haciendo que ella detuviera sus pasos—. Queda por ver si eres igual de inteligente.

Sus perros amenazaron con atacarme de nuevo.

—¡Odín! ¡Thor! —gruñó—. ¡Quietos! —dio la orden, y eso hizo que los dos obedecieran.

Su atención se centró en mí, que estaba parado en medio del vestíbulo de la casa. Observé sus pasos con atención. Desde la primera vez que la vi, algo en ella me atrajo como un imán. Era como si fuéramos iguales, pero diferentes al mismo tiempo.

—¿Qué intentas decir, al fin y al cabo?

—No creo que seas tan ingenua como para no saber en qué tipo de negocios estaba metido tu padre —arguí, analizando su postura.

—Sé exactamente lo que hacía —dijo, cruzando los brazos—. Incluso lo que respecta al acuerdo que hizo contigo, sobre el matrimonio.

La comisura de mis labios se curvó en una sonrisa discreta.

—Entonces debe conocer las reglas —declaré, gesticulando—. Sabe las implicaciones de romperlas.

Su postura se tambaleó. En ese instante, decidí acercarme un poco, ya que sus perros seguían obedeciendo su última orden.

—Pero no hay por qué haber consecuencias cuando ninguna de las dos partes quiere —argumentó—. Mi padre ya no está entre nosotros y...

—¿Quién ha dicho que yo no quiera? —repliqué, interrumpiendo sus palabras. Sus ojos se agrandaron aún más, lo que me hizo sonreír. —Soy un hombre de palabra, querida, y no tengo la más mínima intención de incumplir la promesa que le hice a tu padre, cuando aún vivía.

Oí cómo le rechinaban los dientes, ante su evidente disgusto por la situación.

—Sabes que te haré la vida imposible, ¿verdad? —preguntó entre dientes. Tenía las mejillas enrojecidas, lo que delataba toda su furia. Sus puños cerrados me revelaban su claro deseo de agredirme, mientras que el mío era atraerla hacia mis brazos para saciar mi ansia de besarla.

Esa rebeldía suya era extremadamente excitante.

—Te espero en el coche —le avisé—. Saldremos de Nueva York en unos minutos.

***

Maya

Me prometí a mí misma y a mi madre —en su lecho de muerte — que nunca me dejaría someter a algo que no quisiera. Una dulce ilusión, era consciente de ello, ya que había nacido en el seno de la mafia. Sin embargo, el deseo de alzar el vuelo siempre estuvo presente en mi interior. Así pues, tras la muerte de mi madre, poco a poco fui construyendo un puente hacia mi libertad; me fui preparando para el futuro que anhelaba. Como hija única, mi padre solía concederme todo lo que deseaba, así que tuve la oportunidad de estudiar todo tipo de lucha que quise, sin que él se diera cuenta. Aprendí a manejar diversas armas, además de las artes marciales. Me convertí en una auténtica ninja, pero allí... me sentía inútil, ya que tenía las manos atadas.

La reunión de celebración era totalmente simbólica, ya que los novios no se conocían. Me estaba casando con un hombre desconocido. Vivía con gente desconocida. Mi única familia eran mis perros.

En los últimos días, antes de la celebración de la boda, me quedé encerrada en la habitación, porque no podía aceptar mi situación real. Sentía que mi duelo era doble, teniendo en cuenta que no solo había perdido a mi padre, sino también mi libertad, y sin haber tenido siquiera la oportunidad de alcanzarla.

—A partir de hoy, te convertirás en carne de mi carne y sangre de mi sangre —declaró el hombre que se convertiría en mi marido.

Nuestras miradas se clavaron la una en la otra. Era como si él sintiera placer al desafiarme.

Me colocó el anillo en el dedo anular.

Casi gruñí cuando dije:

—A partir de hoy, me convierto en carne de tu carne y sangre de tu sangre.

Quería llorar de pura rabia.

Quería devolverle la vida a mi padre solo para gritarle por haberme hecho eso.

Pero no había nada que hacer.

Nada.

***

Más tarde, mis perros y yo íbamos por el pasillo hacia la habitación que había estado usando los últimos días, pero me detuve cuando se abrió una puerta.

—Te han traído todas tus cosas aquí —dijo Rossi, haciéndome un gesto mudo para que entrara, aunque yo no había dicho ni una palabra—. Y ni se te ocurra complicar las cosas, porque yo siempre gano, Maya. ¡Siempre! —La fuerza de su tono me provocó escalofríos y algo que no supe explicar, pero que me dejó el entrepierna ardiente.

¡Maldita sea!

A pesar de sentirme derrotada —por ahora—, no se lo dejé notar. Levanté la barbilla y pasé junto a él, que aún llevaba el traje blanco de la boda. De hecho, siempre lo veía con trajes blancos. Parecía ser su marca distintiva.

Di unos pasos por la espaciosa habitación, estudiando el ambiente. Les ordené a Odin y Thor que se tumbasen en su cama, preparada igual que en la habitación en la que estábamos antes. Tras la muerte de mi madre, papá me los regaló a los dos, como una forma de mitigar el vacío que ella había dejado; decidí entrenarlos para que fueran tan buenos como yo en la lucha.

—No te preocupes, porque yo dormiré ahí... —señaló al suelo, donde había un montón de mantas y almohadas—. Pero no renuncio a compartir la habitación con la mujer con la que me he casado. Al fin y al cabo, fuera de estas paredes, soy el capo de la mafia Fratelli, y necesito mantener mi reputación.

Puse los ojos en blanco, sin molestarme en fingir descontento.

—Me importa un carajo tu puta reputación —gruñí, amargada —. Por mí, tú y todo ese imperio podéis ir a la mierda y...

Me callé en el instante en que, de repente, me empujaron contra una pared de músculos. Mis brazos estaban sujetos por las manos firmes y ásperas de Rossi.

Sus ojos fríos me provocaron escalofríos en la espalda.

—Mientras estemos aquí, no te tocaré —afirmó, serio, mientras me miraba fijamente a los ojos—. No te faltaré al respeto de ninguna manera. No te diré ni una palabra, si eso te hace feliz. Pero fuera de esta habitación, yo soy el jefe. Así que, por tu propio bien... y espero que entiendas lo que te digo... —siseó entre dientes —, espero que actúes como una esposa digna de estar a mi lado. Sé la misma actriz que eras ante tu padre.

Al decir eso, me soltó y se alejó. No tuve tiempo de decir nada, porque se dirigió a la puerta diciendo que se iba y que no volvería hasta más tarde.

Mi única reacción fue resoplar, indignada.

Me dirigí al vestidor para elegirme algo con qué quitarme ese ridículo vestido de la ceremonia.

Para mi sorpresa, me encontré hurgando entre la ropa de Rossi; había una inmensa selección de trajes blancos. Todo estaba muy bien organizado y olía muy bien. No quería admitirlo, pero me gustaba su perfume.

Después de elegir la ropa que me pondría, fui al baño de la suite y me cambié rápidamente. De vuelta en el dormitorio, me tiré en la cama y, a continuación, apagué la luz de la lámpara. Lo único que mi mente quería era desconectar y olvidar, aunque solo fuera por unas horas, mi situación de mierda.

***

No tenía ni idea de la hora que era, pero me desperté con unos gemidos de dolor. Asustada, me senté, parpadeando para acostumbrarme a la tenue luz. Los balbuceos se volvieron aún más angustiosos, y entonces me levanté de la cama cuando me di cuenta de que venían de Rossi. Ni siquiera recordaba haberlo visto entrar en la habitación después de que me durmiera.

Nerviosa, pensé en despertarlo, pero me dio miedo, ya que parecía estar teniendo una pesadilla, y de esas realmente angustiosas.

Paso a paso, me acerqué un poco más a donde dormía y me arrodillé junto a su cuerpo tembloroso. Estaba sin camiseta, lo que me permitía vislumbrar sus abundantes músculos.

Los murmullos que se escapaban de su boca eran una mezcla de llanto y súplica, pero también de rabia. Algo en mi pecho se oprimió, porque era imposible no sentir su dolor. Era desgarrador.

De repente, mis ojos se fijaron en un detalle que casi pasó desapercibido. Había enormes cicatrices en su espalda. Pero no eran

marcas tenues, al contrario, daban la impresión de ser un mapa de puro terror y sufrimiento.

Me tapé los labios, boquiabierta. El grosor de esas cicatrices me hacía creer que se habían formado hacía años.

—¿Quién te hizo eso? —pregunté en voz baja, pero para mí misma.

Incapaz de contenerme, extendí la mano y toqué la piel rosada de su espalda. Di un gritito de susto cuando Rossi abrió los ojos y, de repente, se giró y me tiró al suelo. Jadeé, en cuanto me vi debajo de él con las manos en alto sobre la cabeza.

Odin y Thor se alteraron al instante al verme en una situación de peligro, pero les di la orden:

— ¡No! ¡Siéntate!

Rossi me miraba fijamente. Nuestras respiraciones estaban descoordinadas. Vi que sus ojos estaban atormentados y vacíos.

Contuve la respiración en el instante en que él inclinó la cabeza hacia abajo.

—No vuelvas a tocarme la espalda —rugió contra mi rostro—. ¡Nunca!

A continuación, se apartó de mí, tropezando con sus propios pies como si estuviera desorientado.

Me incorporé apoyándome en los codos, aún sintiendo los efectos de lo que acababa de pasar entre nosotros. Una vez más, no me dejó decir nada, porque salió de la habitación dando un fuerte portazo.

Me mordí los labios, pensativa sobre todo aquello. Era más que evidente que mi marido guardaba secretos.

Y yo estaba más que dispuesta a desvelar cada uno de ellos, para así poder negociar mi libertad.

Capítulo 1

Maya

Amaneció y, tan pronto como abrí los ojos, tuve la triste desgracia de descubrir que sí, me había convertido en la esposa de un hombre al que no conocía. Un hombre al que no amaba.

Tenía que tragarme todo el dolor por la pérdida de mi padre y seguir adelante. Necesitaba ir en busca de mi carta de libertad.

Y para que eso sucediera, tenía que infiltrarme en mi nueva familia para ir descubriendo las grietas.

Con eso en mente, saqué los pies de la cama y me estiré. Un rápido vistazo al suelo, donde mi querido marido había preparado su cama, me hizo darme cuenta de que todo estaba ya organizado. Ni siquiera me di cuenta de cuándo había estado allí. Esa percepción me enfureció. Una persona que duerme se vuelve muy vulnerable.

Sin querer, recordé el extraño momento que hubo en la madrugada. Quedó más que claro que Rossi arrastraba traumas dolorosos.

Unos largos minutos más tarde, me miré en el espejo. Opté por un vestidito muy corto, solo para provocar la ira de mi amado, y luego me dirigí hacia la puerta llamando a mis perros para que me acompañaran.

No iba a ningún sitio sin ellos desde que se convirtieron en míos.

Odin y Thor eran mi corazón fuera del pecho.

En cuanto abrí la puerta, eché un vistazo al exterior y me encontré con el pasillo totalmente vacío y en silencio.

Respirando hondo, salí de la habitación y empecé a explorar la casa. No es que todo ese lujo me deslumbrara, porque mi padre también gozaba de una buena estabilidad financiera gracias a sus negocios delictivos, pero tenía que reconocer que la mansión de Rossi era sensacional.

Bajé las escaleras, escaneando a mi alrededor, atenta a cualquier ruido. No confiaba en nadie.

No confiaba en aquellas personas.

De repente, me detuve en los escalones cuando una mujer hermosa cruzó el vestíbulo y se topó conmigo allí. Lo primero que me llamó la atención de inmediato fue su ropa; era de cuero. Llevaba el pelo corto recogido en una coleta bien apretada. No había duda de que era una luchadora.

Solo quedaba saber si era mejor que yo.

—Vaya, vaya... —cruzó los brazos y dio unos pasos hasta situarse más cerca de la escalera—. ¿Así que has decidido salir de la habitación? —preguntó con ironía.

—Espero que eso no sea un problema —dije con sarcasmo, por pura costumbre.

Su risa me pilló por sorpresa.

— ¿Un problema? — Levantó las cejas. — ¡Ninguno! Solo si decides invadir mi espacio. — Señaló un pasillo que había al fondo de las escaleras. — Porque allí, yo soy la maestra. De las luchas y de las armas — añadió. — Tendrías que tener mi autorización para entrar, y eso solo tras un enfrentamiento.

Bajé los últimos escalones y me quedé cara a cara con ella. Había un brillo divertido en sus ojos.

—¿Qué pasará si no la acato? —la desafié, disfrutando de esa sensación de adrenalina recorriendo cada una de mis células.

Mis perros se colocaron a mi lado, listos para defenderme.

La mujer soberana sonrió al apartar la mirada para mirar a Odin y Thor.

—Creo que no querrás averiguarlo... —dijo con tono enigmático.

Después de eso, se alejó, sin dejar de esbozar esa sonrisa provocativa.

Me sorprendí riéndome con ella, porque al final me había caído bien.

Éramos iguales.

Sacudiendo la cabeza, acaricié el pelaje de mis perros y, a continuación, volví a explorar la casa.

Por el camino, me detuvo la ama de llaves, que me avisó de que el café se serviría en breve. Pero lo rechacé, porque no solía comer ni beber tan temprano por la mañana.

Tenía la intención de visitar el exterior de la casa, pero acabé pasando por una sala con una puerta totalmente tallada. Odin y Thor enseguida olieron a alguien conocido allí... sin duda era el despacho de Rossi.

Pensé en ignorarlo y seguir mi camino, ya que cuanto más lejos estuviera de ese desgraciado, mejor sería para mi salud mental, pero algo llamó mi atención. O mejor dicho, una conversación.

No lo pensé dos veces antes de meter la mano en el pomo de la puerta y girarlo para abrirla. Todas las miradas se volvieron hacia mí.

—¿Qué coño haces, *psicópata*? —gritó el hermano que yo conocía como Manuele—. ¿Acaso Billy no te enseñó modales? Es una falta de educación entrar en sitios sin que te inviten.

—Estáis hablando de los negocios de mi difunto padre, así que tengo todo el derecho a estar aquí —siseé, sintiendo cómo mis perros me escoltaban.

—¿Por qué esos sacos de pulgas tienen que estar en todos los sitios a los que vas, chica? —preguntó el más joven.

Mis ojos echaron chispas de rabia.

— ¿Cómo te llamas, *niño*? —me burlé de él, y él puso cara de pocos amigos al instante.

—¡Aquí no hay ningún niño, *joder*! —gruñó, todo enfadado—. Soy capaz de hacer que cualquier mujer vea las estrellas.

—¡Ya basta, Luca! —advirtió Mariano, sombrío.

Puse los ojos en blanco.

—No me importan las idiotas que te aceptan en su cama, chico, porque eso no me interesa —murmuré, rechinando los dientes —. Pero no te atrevas a maltratar a mis perros. Odin y Thor forman parte del paquete —hice un gesto hacia mí misma.

—¿Odin y Thor? —repitió el otro, al que no conocía. —*¡Cazzo*, ya me gusta esta chica! —Pestañeó y, a continuación, miró a Rossi, que era el único que seguía en silencio.

Mariano se interpuso delante de mí, tapándome la vista de mi amado marido.

—Maya, querida... —comenzó él, en tono apacible—. Sé que toda tu vida ha cambiado de la noche a la mañana y que está siendo muy doloroso, pero... —hizo una pausa, rascándose la garganta—. Hay asuntos en los que las mujeres no pueden entrometerse. ¿Lo entiendes?

Parpadeé un par de veces.

—¡No! —respondí, sin pestañear—. No acepto que me tachen de inútil solo por lo que tengo entre las piernas. Estaban discutiendo algo sobre mi difunto padre, y exijo participar en la conversación.

—Tú no exiges nada aquí, su...

— ¡Cállate, Manuele! —rugió la voz atronadora. No me gustaba admitirlo, pero la forma en que Rossi me miraba me dejaba con una extraña sensación de vulnerabilidad. —Quiero que se vayan todos. ¡Ahora!

El silencio reinó absoluto en la sala y, sorprendentemente, uno a uno abandonaron la habitación.

En cuanto la puerta se cerró detrás de mí, sentí la necesidad de respirar hondo, pero no lo hice.

Nunca mostraría debilidad delante de él.

— ¿Qué te dije sobre que me respetes fuera de nuestra habitación?

Fruncí el ceño, molesta por la forma en que me miraba.

— No veo cómo es una falta de respeto querer participar en las reuniones y...

— ¡YO SOY EL JEFE, CAZZO! —gritó, dando un puñetazo en la mesa y haciéndome dar un respingo de susto.

Me recuperé rápidamente y caminé hasta ponerme frente a su escritorio.

— No te atrevas a tratarme como si fuera uno de tus soldados de mierda. — Le señalé con el dedo, sin importarme un carajo estar faltándole al respeto. — No eres mi puto dueño para gritarme ni para darme órdenes.

Odín y Thor rodearon la mesa, listos para el enfrentamiento.

Podía oír cómo les rechinaban los dientes.

—Ah, sí que lo soy, querida —se burló. —Estamos atados el uno al otro. ¡Para siempre!

Un escalofrío me recorrió por completo.

Haciendo caso omiso de esa extraña sensación, pregunté:

— ¿Qué está pasando con los negocios de mi difunto padre, al fin y al cabo? ¿Qué pasa? — No dijo nada, sino que se echó hacia atrás, tranquilamente. — Tengo derecho a saberlo —rugí.

—Me han nombrado tutor de los negocios de Billy, así que, técnicamente, soy el único responsable de su herencia —respondió con arrogancia.

—Eso no puede ser —repliqué—. Soy una mujer adulta. He cumplido 21 años, así que ya puedo responder legalmente.

Su risa me pilló por sorpresa.

—No seas ingenua, querida —comentó—. Sabes muy bien que dentro de la mafia las leyes son otras. —Aunque, básicamente, había aprendido italiano desde niña, a veces me costaba entender lo que decían debido a su fuerte acento.

Resoplé, furiosa.

Me di media vuelta, deseando salir de la sala antes de cometer una locura, pero su voz me detuvo:

—Alguien está saboteando los negocios. —Me volví hacia él, interesada en más detalles. —Contratos que se rompen; compras que se cancelan; puertas que se cierran —explicó.

—Qué raro —dije, cruzando los brazos, pensativa—. No recuerdo que mi padre tuviera enemigos potenciales.

—Yo también creía que no, pero la realidad es otra —dijo él—. Al principio pensé que fuera algo que se reflejara en mi organización, dado que llevamos meses en guerra, pero luego llegué a la conclusión de que no. Son ataques dirigidos a los negocios de Billy.

Me mordí los labios, preocupada.

— ¿Y qué vamos a hacer?

Volvió a reír, pero esta vez echando la cabeza hacia atrás.

—¿Nosotros? —respondió, sarcástico—. Podría enumerar algunas opciones, pero no estoy seguro de que te gustaran... —el matiz sexual quedó claro en su voz.

— ¡Pues inténtalo! —Apreté los puños a los lados del cuerpo—. Estarás en el suelo antes incluso de llegar a olerme.

Se inclinó, mirándome con esos ojos de halcón.

—Quita a tus perros del camino —ordenó—. Te demostraré que soy capaz de doblegarte aquí mismo... —golpeó la mesa—.

La sangre en mis venas hirvió. No supe si era de rabia por la osadía de aquel desgraciado, o de pura excitación por la promesa velada.

—¡Odin! ¡Thor! —llamé—. ¡Quédate!

Al instante siguiente, vi a Rossi levantarse, sin apartar los ojos de los míos. La tensión que se había instalado comenzó a ahogarme, porque era una atmósfera puramente sexual.

No quería admitirlo, pero estaba excitada.

Muy excitada.

Apenas se acercó y levanté la pierna delante de él, dejándola en línea recta. Sus ojos se desviaron hacia el centro de mis piernas, que quedó al descubierto, ya que llevaba un vestido. Vi cómo sus labios formaban un puchero de apreciación ante la visión.

—Eso ya es un golpe bajo —se quejó, mirándome las bragas.

Aprovechando su distracción, giré el cuerpo con la intención de usar el impulso del giro para golpearle la cara con el pie, pero el golpe no surtió efecto, ya que Rossi me bloqueó la pierna.

En ese mismo instante, utilicé el puño para darle un puñetazo en la cara, lo que lo dejó aturdido por unos instantes. Me alejé e inicié una secuencia de golpes —puñetazos y patadas—, pero el muy cabrón conseguía bloquearlos todos.

Y lo peor... no se defendía.

—¡Devuélvelos, joder! —exclamé—. ¡No soy de porcelana!

Apenas terminé de hablar, y con un movimiento brusco, me agarró de los brazos y empujó mi cuerpo contra la mesa. Mi vestido corto se levantó, así que me quedé con el trasero al aire, mientras sentía la presión de su cuerpo sobre mis nalgas. Aunque no quisiera, mi piel reaccionaba a su proximidad.

— Suéltame —rugí, odiando estar bajo su yugo.

—No debería gustarme esa rebeldía tuya, Maya, pero joder, chica... —jadeé cuando lo sentí frotarse contra mi trasero—. Ya me

estoy imaginando cómo destrozamos cada una de las infinitas habitaciones de esta mansión... —se inclinó, solo para pasarme la lengua por el cuello.

De repente —mientras mi mente aún estaba aturdida— me giró para quedar frente a él. Sus manos se enroscaron en mi cintura y me atrajo hacia él.

No lo toqué.

Mantuve las manos apoyadas en el borde de la mesa.

—Una cena —dije de repente, lo que hizo que me mirara sin entender nada. Estaba tan desconcertada por nuestra cercanía que lo único en lo que pensé fue en cambiar de tema para tener tiempo de ordenar mis pensamientos—. Organiza una cena para los socios y colaboradores de mi padre.

— ¿Una cena?

—No hay nada mejor que una recepción de este tipo para estrechar lazos y dejar claras las nuevas medidas y normas —expliqué—. Estoy segura de que los traidores se estremecerán. Yo lo haría.

Empujé su cuerpo, ansiosa por recuperar mi libertad.

Me ajusté el vestido, aún bajo su mirada ardiente.

— Creo que es mejor que te pongas hielo ahí. —Señalé su boca, que estaba hinchada y enrojecida—. O tus hermanos, esos capullos, pensarán que te ha dado una paliza tu mujer.

Me reí, antes de darme la vuelta y llamar a mis perros.

Pero antes de irme, juraría haber vislumbrado una sonrisa en la comisura de sus labios.

Capítulo 2

Rossi

— ¿Ya se lo has contado?

Aparté la vista de los documentos que estaba revisando en mi escritorio para mirar a Mariano. Estábamos en mi oficina.

— ¿Contarle qué?

Vi cómo ponía los ojos en blanco ligeramente.

—No te hagas el tonto, Rossi —me advirtió—. Maya no es como las demás. Ha visto las cicatrices de tu espalda y apuesto a que querrá averiguar el motivo.

Al instante, apreté la mandíbula, nervioso ante la mera posibilidad.

La verdad es que en aquel momento, cuando Maya amenazó con tocarme en ese instante tan vulnerable para mí —después de la maldita pesadilla—, me asusté como nunca. Ese era un lado oscuro.

Un lado en el que permitía que la derrota me engullera y me masticara con todos sus dientes grandes y feos.

Nadie, aparte de mis hermanos, sabía lo que hacía en la mazmorra, aparte de torturar a mis enemigos.

—Que ella lo haya visto no significa que esté obligado a contar nada —repliqué, molesto—. Esa chica acaba de llegar y ya me está causando problemas por querer meter las narices donde no debe.

Su carcajada me enfureció aún más.

—No finjas que no te está gustando —murmuró, cínico—. Maya se ha convertido en un reto para ti.

Sonriendo, dejé a un lado el papeleo y me recosté con fuerza contra el respaldo de mi silla.

—Estoy pensando en algo para castigarla por haberme desafiado aquí, hace un rato. —Me rascé la barbilla, pensativo. Sin poder controlarlo, sentí cómo la excitación me dominaba solo con el recuerdo de nuestro enfrentamiento. Mis ojos se fijaron en la superficie de la mesa, donde la inmovilicé mientras sentía su culito levantado contra mi polla. ¡Joder!

¡Chica del infierno!

— Quítale los perros — opinó.

Negué con la cabeza.

— No, no —negué con vehemencia—. Son su familia.

Mariano suspiró, sentándose en una de las sillas frente a la mesa.

— Tienes razón. Sería demasiado cruel.

Apreté la mandíbula, tratando de encontrar una idea.

De repente, alguien llamó a la puerta. Mis pensamientos se dispersaron al instante.

—Adelante —ordené.

Manuele entró.

—Buenas noches —saludó, irradiando una felicidad que no existía antes de que la dulce Beatrice entrara en su vida.

—¿Alguna novedad? —le pregunté. Antes se había quedado en reunirse con Ángel.

—Yo te lo pregunto a ti —dijo, señalando mi cara—. ¿Qué mierda es esa en tu boca? ¿Te ha dado alguien una paliza?

Mariano se rió, lo que llamó la atención de su gemelo.

—¡¿No?! —exclamó, incrédulo—. No me digas que... —se calló, riéndose descaradamente.

La puerta se abrió de nuevo, pero esta vez fue Fillipo quien entró, seguido de Luca.

—¿Qué pasa? —preguntó Luca.

—A Rossi le ha dado una paliza la *psicópata* —respondió Manuele entre risas.

Puse los ojos en blanco, sintiéndome en ridículo.

La risa fue unánime.

—Ja, ja, ja —murmuré, amargado. —Creo que ya hemos tenido suficiente chiste por esta noche, ¿no? —Me miraron, burlones.

— Lo siento, Rossi, pero estoy intentando imaginarme toda la escena —argumentó Fillipo—. Ella, literalmente, te soltó a los perros encima, entonces.

De nuevo, la risa fue generalizada.

No pude contenerme y me reí también, contagiado por ellos.

Tras unos instantes, Manuele comentó:

— No sé cuál es tu estrategia para doblegar a esa chica, hermano, pero tienes que ponerla en práctica o tendrás problemas

—advirtió—. Maya tiene que saber cuál es su lugar. Tiene que aprender a respetarte, *capo*.

Apreté la mandíbula, asimilando y analizando sus palabras.

Tenía razón, no había forma de negarlo. Pero no necesitaba que nadie se metiera en mi vida privada.

—¿Cómo fue la conversación con Ángel? —cambié de tema.

—Productiva —respondió—. Aceptó todas las condiciones para trabajar con nosotros, pero exigió una única condición.

—Ya te he dicho que odio a ese tipo, ¿no? —Luca, prácticamente, ladró—. Siempre lleno de exigencias. ¿Por qué no acabamos con él de una vez?

—Porque no podemos asumir las consecuencias si provocamos más revuelo a nuestro alrededor —rugí—. Eso solo empeoraría nuestra lucha contra los *Shadows*.

— ¿Y la información que hemos conseguido? — insistió.

—Se utilizará —respondí—. Pero con las personas adecuadas y en el momento oportuno.

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué exigió al final? —preguntó Mariano.

—Alejandro había secuestrado a su hermana —explicó Manuele, nervioso. Se me hizo un nudo en el pecho al instante. —Ángel siempre creyó que ella aún podía estar viva, y luchó por encontrar su paradero.

—Por eso necesitaba al maldito —comentó Mariano—. Alejandro sabría decir adónde la había enviado.

—Pero no supo decirlo —lamentó Manuele—. Antes de morir, solo dijo que había vendido a la chica a un turco. No aseguró si estaba viva o muerta.

—¿Qué le pasó al maldito? —siseé entre dientes.

Mi mente hervía, mientras que lo único que podía hacer era recordar a mis malditos fantasmas. Se me hacía agua la boca solo de recordar los días que mantuve a Alejandro cautivo. Nada de lo que hice o hubiera hecho con él aliviaría el dolor constante en mi pecho, pero era un alimento más para la furia que había en mí.

—Alejandro tuvo el final que se merecía —dije simplemente.

—¿Cómo? —gruñí, mirándolo fijamente—. Necesito saber cómo fue.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Porque me lo quitaste, Manuele —dije entre dientes—. No me permitiste acabar con ese desgraciado como yo quería. Me arrebataste mi tan esperado juguete. Así que sí, quiero detalles. Quiero poder deleitarme con la historia del final de uno de los responsables de la tortura de nuestra hermana.

Nadie dijo nada más.

Unos instantes después, suspirando, Manuele tomó uno de los asientos y, a continuación, encendió un cigarrillo.

Cerré los ojos e inspiré profundamente cuando mi hermano comenzó a contarlo todo. Me sentía vengado.

Sin embargo, eso no mejoraba en absoluto esa sensación de dolor.

La verdad es que no fui capaz de proteger a Bianca. No fui lo suficientemente bueno para mantenerla a salvo.

***

Como siempre, el hermoso sonido del piano me guió hasta el santuario. Desde la primera vez que escuché tocar a Beatrice, me sentí transportado a una época de paz interior. Una época en la que lo único que tenía que ser era el hermano mayor.

El protector de todos ellos.

En un rincón de la sala, contemplaba la belleza de la escena. Mi mente traicionera no me permitía ver a Beatrice allí, sino a mi hermanita.

Mi angelito.

Nunca olvidaría a Bianca. Nunca me sentiría totalmente vengado, porque, en el fondo, era como si yo también fuera uno de los culpables, ya que no la protegí lo suficiente.

¿Qué clase de hermano mayor es el que no puede garantizar la seguridad de los suyos?

Cuando mi padre falleció y me nombraron nuevo cabeza de familia, lo único que deseaba era devolverle la vida solo para no tener que asumir una responsabilidad que no estaba seguro de poder asumir. Era fácil fingir ser un hombre frío e implacable, pero en el fondo... solo quería que me perdonaran.

Quería poder pedir perdón a mi dulce princesita por no haber podido impedir lo que le hicieron.

—¿Rossi? —Parpadeé al encontrarme con el delicado rostro de la mujer de mi hermano—. ¿Estás bien?

Respiré hondo, metiéndome las manos en los bolsillos de mis pantalones de vestir.

—¿Por qué no iba a estarlo? —repliqué, sin querer mostrar ninguna emoción.

Haciendo una mueca, se levantó del banco y caminó hasta donde yo estaba, junto al ventanal.

—No lo sé —dijo ella—. Siempre tienes cara de pocos amigos, pero ahora, mientras tocaba, te sentí más distante de lo normal.

Sonreí, sin mostrar los dientes.

—Fue una impresión tuya, querida —mentí, porque no quería cargarla con mis tormentos—. Me encanta escucharte tocar.

De repente, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba y sacó de allí una pequeña bolsita de terciopelo.

— ¿Qué es eso? — pregunté, curioso.

Ella lo abrió y lo puso boca abajo, sosteniendo el contenido con la palma de la mano.

—Le pedí permiso a Manuele para comprarte un regalo, porque me salvaste la vida. Dos veces.

Fruncí el ceño.

—No lo hice por mérito propio —dejé claro—. Eres de la familia.

Su preciosa sonrisa me hizo querer apartar la mirada.

Sinceramente, no me sentía merecedor de nada. Cuando la secuestraron, lo único en lo que mi mente podía pensar era en una forma de rescatarla; y de no permitir que se repitiera la misma historia.

—Esto es una piedra llamada *crisoprasa* —mencionó, tendiéndome un cordón con dicha piedra como colgante—. Abre y

activa el *chakra* del corazón, permitiendo que la energía fluya hacia él. Al enviar energías divinas a este *chakra*, te llena de amor universal y te ayuda a amar plenamente. La *crisoprasa* es la piedra de la gracia y la compasión que fomenta el optimismo, la diversión y la alegría. Te anima a aceptar más quién eres, al desterrar tus sentimientos de superioridad o... inferioridad. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Sé que crees que no eres capaz de amar, por algo malo que se ha instalado en tu corazón, pero estoy segura de que te equivocas. Te equivocas, Rossi.

Mis latidos se volvieron ensordecedores mientras todo mi subconsciente se esforzaba por asimilar y comprender aquellas palabras. Apreté aquella piedra en mi mano y, acto seguido, pasé junto a Beatrice como un huracán en dirección a la puerta de la sala.

Necesitaba refugiarme.

Necesitaba encontrar el alivio que solo una cosa sería capaz de darme.

***

No tenía ni idea de la hora que era cuando entré en la habitación que compartía con Maya. La luz estaba apagada, pero aún podía ver a la hermosa mujer dormida entre las sábanas de seda.

Frené mis pasos al oír el gruñido de sus perros. Su presencia ya no me molestaba tanto, aunque era obvio que me odiaban tanto como a su dueña.

—Me prohibiste salir de la habitación —sonó la voz somnolienta a mis espaldas. Miré a Maya, que ya estaba sentada—. Ordenaste que dispararan a mis perros si los incitaba a atacar a tus guardias.

—Si esperas que lo niegue, eso no va a pasar.

Su gruñido me hizo reír. Era agradable la sensación de provocarla.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Quieres demostrar tu autoridad sobre mí, es eso?

—Quiero que sepas cuál es tu lugar —respondí—. Yo soy el jefe de esta familia y, te guste o no, aunque no te guste, debes respetarme. Igual que respetabas a tu padre —declaré con firmeza —. Y mientras no aceptes tu nueva realidad, tu acceso quedará restringido únicamente a esta habitación.

Como una leona, se abalanzó sobre mí, pero logré sujetarle las muñecas antes de que me alcanzaran. Sin embargo, ella consiguió apoyarse en los pies y, con la ayuda de los perros, en un santiamén me vi en el suelo, con su cuerpo encima del mío.

Sus uñas se clavaron en mi cuello, justo en la yugular.

—Debería matarte aquí y ahora —siseó con rencor—. Te odio. Odio esta casa. Odio a tu familia.

De repente, se inclinó para susurrarme muy cerca de los labios.

—Te. odio —repitió lentamente.

De repente, le sujeté la cabeza con ambas manos.

—El sentimiento es mutuo, querida —rugí, indignado.

Al instante siguiente, impulsado por un sentimiento nuevo, uní mis labios a los suyos. Mi lengua salió a jugar, exigiendo espacio en el calor de su boca, que sorprendentemente se abrió para aceptarme. El suspiro que escapó de sus labios fue suficiente para animarme a continuar.

No era un hombre inexperto, obviamente, pero nunca antes había sentido tanto deseo por una mujer.

Quizá fuera por la forma en que ella me desafiaba.

No lo sabía. Lo único claro allí era el evidente deseo que me carcomía como un maldito ácido.

Nuestras bocas empezaron a devorarse como si nunca fuera suficiente.

Actuando por instinto, nos giramos cambiando de posición; ahora era yo quien estaba encima; yo quien tenía el control.

No se oía ni un solo sonido, salvo nuestros gemidos.

Pero algo pasó...

Maya dejó de besarme de repente.

Abrí los ojos y aparté la cabeza para poder mirarla. Su mirada se posó en sus manos... manchadas de sangre.

La realidad me golpeó.

Como si hubiera cometido un crimen, salté hacia atrás, apartándome de ella. Estaba tan absorto en nuestro momento de pasión que no me di cuenta de que me había tocado la espalda...

—Pero... —tartamudeó, confundida— ¿Qué es eso...? ¿Estás herido...?

Parpadeé, sintiéndome extraño.

El aire amenazó con abandonar mis pulmones.

— ¿Rossi? — insistió mientras me levantaba. — Rossi, por favor, déjame ayudarte.

No respondí.

No sabía qué decir.

Fui al armario y cogí una prenda, tomando nota mentalmente de no volver a subir de la mazmorra sin darme un baño antes.

— Oye... — De repente, me giré y le agarré la muñeca. — Ay — se quejó, haciendo una mueca de dolor.

Rápidamente la solté, sintiéndome estúpido por haberla lastimado, aunque fuera sin querer.

—No es nada —siseé—. Es asunto mío.

Al decir eso, pasé junto a ella como una bala de cañón, dirigiéndome al baño. Sabía con certeza que pasaría otra noche en vela.

Capítulo 3

Maya

Cuatro días encerrada.

Cuatro días sin poder salir de la habitación.

No debería sorprenderme este infierno, porque ya sabía que era exactamente lo que me esperaba cuando me enteré de esta boda. Antes de morir, papá dejó claro que no tendría elección. De hecho, dentro de la mafia, una mujer nunca tenía elección.

Tirada en la cama, cerré los ojos buscando calma e ideas para librarme de esa realidad. En varias ocasiones, quise coger toda la ropa de mi dignísimo y tirársela a Odin y Thor para que se fueran a dormir, pero confieso que no quise avivar aún más la ira del hombre.

En el fondo, mi mayor irritación provenía del hecho de que me sorprendía recordando el beso robado; fue ridícula la forma en que mi cuerpo reaccionó ante él.

Ridícula la forma en que mis labios aún parecían estar entumecidos, como si sintieran su tacto y su sabor.

Me senté en la cama, furiosa conmigo misma.

Odin y Thor sintieron mi inquietud, pues se pusieron en alerta.

—Todo está bien, mis amores. —Extendí el brazo y acaricié el pelaje de los dos, ya que dormían junto a la cama—. Mamá está bien.

Unos instantes después, alguien llamó a la puerta.

—Pasa —dije, a pesar de mis recelos.

Una chica guapa asomó la cabeza. Era rubia y joven.

Había un aura de pura delicadeza flotando a su alrededor.

—¡Hola! —exclamó, entrando y cerrando la puerta tras de sí—. Quizás ya me hayas visto deambulando por aquí de vez en cuando, pero nunca nos hemos presentado formalmente. —Se acercó, sonriendo amablemente—. Me llamo Beatrice, soy la esposa de Manuele.

—¿El insoportable? —pregunté.

—¿Eh? —Su rostro se torció en una mueca de desconcierto.

Negué con la cabeza, divirtiéndome, pero pensando que sería mejor ocultarle que le había dado, literalmente, una patada en la nariz a su marido.

—Olvida lo que he dicho. —Le estreché la mano y, a continuación, la atraje hacia mí para darle un abrazo—. Es un placer conocerte. Ya lo sabrás, pero me llamo Maya.

Nos sentamos en la cama, una al lado de la otra.

—Nunca he tenido una amiga —mencioné de repente, mientras observaba a la chica acariciando la cabeza de Odin—. ¿Tú también vives aquí?

Beatrice negó con la cabeza.

—Solo vengo de vez en cuando. Me gusta tocar el piano en el santuario de los hermanos —reveló.

—¿El santuario de los hermanos? —Ahora me tocó a mí quedarme desconcertada.

—Sí —confirmó—. Un lugar especial para ellos.

— ¿Por qué?

Ella parpadeó.

—Estoy segura de que Rossi te contará la historia algún día.

Puse cara de asco.

—Por si no te has dado cuenta, estoy atrapada aquí —dije gesticulando—. Así que es obvio que él y yo no nos llevamos bien —fui brusca sin querer—. Lo siento.

— No pasa nada. — Se encogió de hombros, sonriendo. — Pareces muy testaruda, igual que él. — Había un brillo divertido en sus ojos claros.

—No soy terca —repliqué—. Es solo que no acepto que me den órdenes.

—Por desgracia, dentro de la mafia, a las mujeres nos tachan erróneamente de ser el sexo débil. Cuando conocí a mi marido, venía de una historia familiar de abusos frecuentes.

—¿En serio? —Estaba sorprendida y me sentí solidaria con su trauma.

—Sí. Pero me salvaron.

Le apreté las manos, aliviada por ella.

—Puede que pienses que te han echado a la boca de los leones, Maya, pero no tienes ni idea del hombre increíble con el que te casaste. —Fruncí el ceño, sin entender su tono enigmático. Sus mejillas se sonrojaron, lo que me hizo comprender que mi desconfianza se había hecho evidente, porque ella añadió: —¡Oh, no me refiero a eso, por Dios! El único hombre en mi vida es Manuele. Nunca ha habido otro.

—Entonces, ¿cómo puedes decir eso de Rossi?

—Me salvó la vida dos veces —respondió—. Se puso en peligro solo para devolverme a su hermano. —Sonrió como si estuviera recordándolo—. No cree que tiene un buen corazón; no cree que también sea merecedor de amor y de cuidados.

— ¿Y esperas que yo haga eso? —Arqueé las cejas, pensando que toda esa conversación era una pérdida de tiempo.

—No —afirmó—. Solo te digo lo que siento. El matrimonio es tuyo, así que tú debes saber qué es lo mejor.

Me mordí los labios, pensativa. No quería detenerme a pensar en nada de lo que ella estaba diciendo.

—¿Llevas mucho tiempo casada? —pregunté.

Su hermoso rostro se iluminó al instante.

—Sí —dijo—. El mes pasado empecé la universidad.

—Oh. —Abrí la boca, sorprendida.

Quería responderle sobre el tema, pero alguien llamó a la puerta, interrumpiéndonos.

La chica imponente y provocativa de hacía unos días se presentó.

—Tenemos que irnos, cariño —le avisó, utilizando un tono dulce para mi nueva amiga.

Me pregunté qué tenía de malo para merecer su sarcasmo.

—Está bien, Paola —dijo Beatrice, poniéndose de pie.

—¿Por qué vas a hacerle caso? No tienes por qué irte.

Beatrice puso una expresión tierna.

—No es cuestión de obedecer o no obedecer, Maya —argumentó—, sino de saber cuándo respetar una decisión. O de comprender una situación.

Parpadeé, analizando y asimilando sus palabras.

En cuanto se abrió la puerta, me dirigí hacia ellas, pero Paola me lo impidió.

— Eh, eh... —extendió el brazo, frenando mis pasos—. Aún no tienes permiso para salir, querida. Lo siento.

Apreté los dientes y cerré los puños.

—¿Lo sientes? —La ironía rezumaba de mi tono—. No mientas. A ti y a todos los demás os encanta verme aquí, encerrada como un animal.

—Entonces, ¿por qué no intentas dejar de comportarte como tal? —Fue extremadamente dura.

Al decir eso, simplemente se apartó, dejando paso a los guardias de nuevo.

Les lancé una mirada de desprecio y, a continuación, cerré la puerta de un portazo.

Intenté contenerme, pero las lágrimas nublaron mi visión, haciéndome consciente de toda la presión que se había acumulado sobre mis hombros en los últimos días.

No quería tener que soportarlo todo sola

Era una carga demasiado pesada.

***

No sabía qué hora era cuando Rossi entró en la habitación, vestido con su habitual traje blanco. Apenas nos habíamos hablado

desde que ocurrió aquella extraña situación del beso. En aquel momento, quise ayudarle, pero porque me di cuenta de que estaba herido. Lo habría hecho por cualquier otra persona.

Me senté en la cama y me quedé observando, en silencio, mientras él rebuscaba en su armario.

— ¿Qué te pasa? — Me pilló desprevenida su pregunta.

— ¿Por qué me preguntas eso? No he dicho nada.

Su risa me hizo estremecer. Era un sonido poderoso.

— Justo por eso. En los últimos días, no has parado de insultarme por tenerte aquí. Pero ahora estás ahí... Completamente callada... —De repente, me miró fijamente. Con los ojos entrecerrados, me observaba como un águila—. Muéstrame las manos —exigió, desconfiado.

No pude aguantarme y me eché a reír a carcajadas.

—¿En serio? ¿Me tienes miedo? —pregunté entre risas, burlándome de él.

—Puedes reírte —murmuró, molesto—. ¡ Solo yo sé el infierno que es estar casado con una mujer incomprensible.

—No soy incomprensible —me defendí, secándome las lágrimas de los ojos tras el ataque de risa—. En mi defensa, te digo: intenta que te obliguen a hacer algo que no quieres.

Se quedó sin palabras.

Aproveché y me levanté de la cama. Con pasos vacilantes y lentos, me acerqué a él y me detuve a pocos centímetros de su enorme cuerpo.

—Al fin y al cabo, ¿qué estás tramando, Maya?

—Has ganado. —Dejé caer los hombros—. Prometo respetarte fuera de esta habitación. Sabré respetar mi lugar. Sabré cuándo hablar y cuándo callarme.

— ¿Lo dices en serio? ¿O es una broma?

Me sentí casi ofendida.

— ¡Claro que lo digo en serio! Te prometo que te respetaré.

Sus hermosos ojos verdes brillaron con un tono salvaje.

— ¿Y aquí dentro? —preguntó, dando un paso hacia mí.

— ¿Qué pasa? —Di un paso atrás, recelosa y presintiendo ya que algo estaba a punto de suceder.

— ¿Seguirás mostrándote distante, o cederás al creciente deseo que hay entre nosotros?

Con un movimiento repentino, me agarró por la cintura y giró mi cuerpo para pegar mi espalda contra su pecho.

—Aquí no hay nada que esté creciendo... —susurré, sin aliento.

—Me veo obligado a discrepar de tu afirmación, querida —insinuó, mientras rozaba su evidente deseo contra mis nalgas, haciendo que se me sonrojaran las mejillas.

Era virgen, obviamente, pero nunca fui tan puritana como para no interesarme por el tema. Así que lo entendía todo sobre el sexo.

—Sabes que puedo liberarme de tu agarre fácilmente, ¿verdad? —pregunté, incapaz de poner la fuerza necesaria en mi voz.

Volví a oír su risa, pero esta vez muy cerca de mi oído, lo que empeoró mi estado emocional.

Me estremecí en el instante en que la mano que tenía en mi cintura bajó, metiéndose por dentro de los pantalones cortos que llevaba.

—Sé que eres capaz de alejarme, cariño... —me lamió el cuello, y luego la oreja—, pero no quieres hacerlo.

Cerré los ojos, dejando que mi cabeza cayera y se apoyara en su hombro, mientras le daba libre acceso a mi cuello.

Me mordí los labios con fuerza para evitar el grito que quiso escaparme cuando Rossi se adentró en mis braguitas.

Esa sensación fue surrealista.

Inexplicable.

La habilidad que tenía era tan aterradora como la forma en que yo estaba completamente rendida.

Sus labios estaban en mi cuello, lamiendo mi piel caliente y sudorosa como si fuera el mejor de los manjares.

Sus dedos reclamaban un lugar nunca explorado.

Quería empujarlo lejos.

Quería darle un puñetazo en su hermosa cara.

Pero la verdad es que una de las cualidades que más apreciaba de mí misma era la honestidad con mis propios sentimientos y deseos.

Y lo quería allí...

Quería sus manos en mi cuerpo desde la primera vez que tuve una pequeña muestra de lo que él podía hacerme sentir.

Respirando con dificultad, empecé a asustarme por la intensidad de lo que estaba pasando en la parte sur de mi cuerpo. El calor aumentó.

Los espasmos se hicieron más fuertes e intensos.

—Déjate llevar, mi leona —susurró él, seductoramente, mordiéndome la mandíbula.

Estábamos tan conectados que era capaz de sentir sus vibraciones.

Cuando exploté en mil pedacitos, él me sujetó, inhalando mi aroma como un adicto mientras yo solo era capaz de balbucear palabras inconexas.

Nunca había sentido algo así.

Aún sin poder siquiera pensar con claridad, visualicé el momento en que Rossi sacó los dedos empapados de dentro de mis bragas y se los llevó a los labios.

Aparté la cabeza para poder contemplar toda aquella escena lasciva. Solo su mirada pícara, saboreando sus propios dedos, bastó para volverme loca.

Fue automático.

Simplemente me giré hacia él y acerqué mis labios a los suyos como una hambrienta. No debería haberlo hecho, lo sé, pero fue más fuerte de lo que pude soportar.

Con facilidad, Rossi me levantó para que le rodease la cintura con las piernas.

Sin poder controlarme, le mordí el labio inferior y sentí el sabor de la sangre en mi lengua. Él hizo lo mismo conmigo.

—¡Ay! —me quejé, incrédula—. Qué bruto eres.

Riendo, me tiró sobre la cama y se echó encima de mí.

—Solo sigo tu ritmo, cariño —declaró, acercando su rostro al mío. Su lengua salió y lamió mis labios carnosos—. Sé cariñosa y yo sabré ser cariñoso.

Aprovechando su distracción, logré que nos giráramos para quedar encima.

Mis manos se deslizaron por su pecho. Podía sentir cada uno de los pequeños bultos de sus músculos bajo mis dedos.

—Quiero que me dejes estudiar —dije de repente—. Si Beatrice puede, yo también puedo.

—No, no puedes —gruñó, frunciendo el ceño. La neblina de lujuria se disipó al instante. —¿De eso se trataba todo este tiempo?

Me apartó de encima con brusquedad.

—¿Qué? —Me sentí mal, aunque intentaba mantener la compostura—. ¡Claro que no! ¿Crees que dejar que me tocara íntimamente fue una forma de conseguir favores de tu parte?

De pie, me miró con esa mirada de superioridad que odiaba.

El hombre apasionado de hacía unos instantes ya no existía.

—No lo sé, dímelo tú.

— ¡Pero claro que no! —exclamé con una mezcla de furia y dolor.

—Controla a tus perros —siseó, en cuanto Odin y Thor empezaron a gruñirle.

— ¡Odin! ¡Thor! Quietos.

Ignorándome, Rossi volvió a rebuscar algo en su armario, pero esta vez fue rápido.

— Eres libre de moverte por la casa, siempre y cuando no me faltes al respeto delante de los demás —me advirtió, sin mirarme.

Se dirigió hacia la puerta del baño, pero yo lo seguí y lo detuve.

—¿Así que eso es lo que pasa? ¿Me ofendes y quieres largarte a escondidas?

Agarrándome por la barbilla, se mostró aún más duro:

— No, cariño, te hice correrte con mis dedos. Solo eso.

Nunca me había sentido tan insignificante.

Incluso entró en el baño, me quedé allí... Parada en el mismo sitio, sin saber qué podía ser peor:

El hecho de haberle permitido llegar tan lejos, o que me hubiera gustado cómo me tocó.

Capítulo 4

Rossi

Pasé largos minutos en la ducha, dejando que el agua fría se llevara consigo toda la sensación de calor causada por la mezcla de rabia y excitación. Incluso bajo el chorro de la ducha, aún podía sentir el olor de Maya en mí, en mi piel y en mis dedos. Nunca había estado tan excitado.

Sin embargo, la frustración había alcanzado la misma magnitud.

Era una pesada. Una mujer con la que no sabía cómo lidiar, eso era un hecho.

La verdad es que, aparte de mi madre y Bianca, la única mujer con la que aprendí a convivir fue Beatrice, con quien creé un vínculo fraternal. No debería ser tan difícil.

Bajé la mirada hacia mi polla erecta. Tocar a Maya solo avivó el deseo que ya me carcomía desde la primera vez que posé mis ojos en ella . La chica era todo lo contrario de lo que debería ser la mujer de un capo poderoso como yo.

Era desafiante.

Manipuladora.

Provocadora.

Sin embargo, ahí estaba mi polla... más dura que nunca solo por el hecho de no saber qué esperar. Maya era una caja de sorpresas, y eso era lo que lo hacía todo aún más excitante.

Salí del baño, ya vestido. Maya estaba acurrucada en la cama, con el rostro cubierto por su cabello negro. Se oían sus sollozos, lo que me provocaba un dolor en el pecho. No tenía intención de hacerle daño, a pesar de la frustración que me causaba toda la situación.

El caso es que no sabía cómo lidar con ella, y todos sus matices me dejaban confundido.

Muy confundido.

Abrí la boca para hablar, pero dudé. Cuando pensé en acercarme a la cama, el gruñido de sus perros me hizo detenerme de inmediato.

Entendí el mensaje y retrocedí, dirigiéndome hacia la puerta de salida.

No necesitaba pasar la noche escuchando el llanto de una mujer.

***

Apenas había amanecido y yo ya estaba nervioso por una llamada de Daniel Duran, del club MC Lobos.

—¿Qué te dijo al final? —quiso saber Mariano. Estábamos sentados en uno de los comedores tomando el desayuno.

—Dijo que un grupo de gánsteres atacó uno de nuestros almacenes en la región de Austin, Texas —respondí—. Tenían intención de robar.

—Todavía no le veo la importancia. —Se encogió de hombros.

Me serví una taza humeante de café.

—Daniel dijo que todos tenían tatuajes.

—*Shadows*. —Mariano prácticamente gruñó, entendiendo lo que yo intentaba decir—. ¡Malditos!

Me mordí el labio, incapaz de controlar la furia que invadía cada uno de mis poros cada vez que se mencionaba a esa escoria. Hace diez años, los cazamos a todos para destruirlos, y lo conseguimos cuando, por fin, le reventé la cabeza al líder.

— Pero él tiene a uno como prisionero —añadí. — Daniel lo está trayendo aquí. — Sonreí, maquiavélicamente. — Estoy deseando jugar con mi nueva mascota mientras intento sacarle información. — Casi echaba espuma por la boca.

Mariano se rió.

—No puedes —dijo—. Hoy es la noche de la reunión con los socios del difunto Billy —me recordó.

Resoplé, impaciente.

— ¡Joder! —exclamé—. No sé por qué le hice caso a esa chica. Esa cena va a ser una completa pérdida de tiempo —desahogué.

—No lo creo —me tranquilizó él—. Estoy de acuerdo con ella en que esta puede ser una buena oportunidad para descubrir quién realmente querrá seguir negociando ahora que hemos tomado las riendas de la organización que era de Billy.

Lo pensé.

— ¿Han aceptado todos asistir a la cena?

—De los cincuenta nombres de la lista, dos se decidieron en el último momento —respondió.

Asentí, pensativo.

— Avísale a Fillipo y a Luca —murmuré—. Vendrán conmigo.

Mi subjefe negó con la cabeza.

En ese instante, oímos el sonido de unos pasos; la figura de mi dignísima esposa no tardó en aparecer.

—Oh, ¿por fin has salido del castigo? —Mariano parecía sorprendido, mirándola a ella y luego a mí.

Inconscientemente, todo mi cuerpo reaccionó ante su presencia, recordando las caricias que habíamos compartido hacía unas horas.

Esperaba alguna respuesta atrevida por su parte, pero lo que oí salir de su boca me dejó atónito:

—Afortunadamente, mi marido ha sido muy bondadoso al concederme el perdón por mi atrevimiento del otro día —dijo, deteniéndose junto a la silla y juntando las manos delante del cuerpo—. A partir de hoy, sabré agradecer ese regalo y me convertiré en la esposa perfecta para un capo como este... —sus ojos brillaron ante los míos— tan poderoso.

Mi polla cobró vida al instante. Era imposible no excitarme ante la provocación que se escondía tras sus cínicas palabras.

—¿Estás bien? —preguntó Mariano, mientras le tocaba la frente con el dorso de la mano derecha.

—¡Muy bien! —exclamó ella—. Gracias por preguntar. —Sonrió.

A continuación, me miró fijamente.

Mariano también me miró, sin entender nada.

—Puedes sentarte, cariño —le indiqué, sonriéndole, y ella dejó escapar un atisbo de cinismo en los ojos.

— ¡Joder, esto es demasiado siniestro! —comentó Mariano, levantando las manos al aire y alejándose de la mesa—. Me voy a

trabajar, que así gano más.

—Si hay alguna novedad de Daniel, quiero saberlo —grité antes de que se alejara del todo.

No oí su respuesta.

Al instante siguiente, mi mirada se dirigió a la chica que tenía delante. La salvajería estaba ahí... visible ante mis ojos.

—¿Qué tal lo he hecho, marido? —preguntó, sarcástica—. ¿Te ha gustado mi actuación, cariño?

Estaba enfadada; lo notaba.

— Si esperas que te pida perdón, olvídalo —le advertí—. Ayer no te obligué a nada.

—Es cierto que no me obligaste —reconoció—. Pero después actuaste como si fuera una mujer sin valor —rugió—. Ya sabía que eres un hombre al que le gusta imponer su autoridad, Rossi, pero aún no sabía que, en el fondo, escondías ese lado.

Fruncí el ceño.

— ¿Qué lado? ¿De qué estás hablando, mujer?

—De tu escepticismo —respondió, metiéndose un trozo de pan en la boca carnosa. Se echó hacia atrás, haciendo que mis ojos bajasen hacia sus pechos de pezones duros. —¿De verdad crees que te dejé tocarme solo porque quiero que me des permiso para estudiar? —Sacudió la cabeza.

Me levanté, arreglándome la chaqueta blanca. Todos mis sentidos estaban en alerta.

Me detuve junto a su silla y me incliné para susurrarle al oído. El aroma que desprendían su piel y su cabello negro me hizo desear devorarla allí mismo.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas tu versión de la historia, mi querida esposa? —le pedí, sin poder resistir la tentación de morderle el lóbulo de la oreja. El gemidito que soltó fue tan sexy que sentí cómo me palpitaba la polla.

—Porque no me parece justo que tú no lo sepas —replicó ella —. Es inadmisible que un hombre como tú no lo sepa.

—¿No saber qué? —pregunté, confundido.

Una mezcla de emociones se apoderó de su rostro, lo que me dificultó interpretar su expresión.

—¡Odín! ¡Thor! —gritó ella, haciéndome saltar hacia atrás.

Los perros se colocaron a su lado, como guardianes.

Irritado, rechiné los dientes también, sintiendo cómo la frustración me dominaba por completo.

Yo era un hombre temido por muchos.

Pero no podía lidiar con mi propia mujer, ni siquiera entenderla.

— Prepárate, porque viajaremos a Nueva York dentro de unas horas —declaré, frío, ocultando cualquier emoción visible.

—¿Con qué propósito? Si es que puedo saberlo —puso los ojos en blanco.

Sonreí con cinismo.

—Digamos que tú y yo serviremos de cebo para una banda de serpientes, querida. —No oculté el tono de diversión—. Espero que estés preparada para actuar un poco más. En la cena, no te recordarán como la huérfana de Billy, sino como la esposa del capo de la mafia Fratelli.

—No te preocupes —le aseguré—. No te avergonzaré, si es eso lo que te preocupa. —Volvió a poner los ojos en blanco.

—Sé que no —murmuré, dirigiéndome hacia la salida de la sala —. Eres lo suficientemente lista como para saber con quién te estás metiendo —dejé la amenaza en el aire.

***

Habían pasado unos largos minutos desde que las puertas de la mansión del viejo Billy se abrieron para recibir a los socios y aliados de la organización. No dejaba de mirar hacia las escaleras, ansioso por ver a Maya. Cuando llegamos a Nueva York, horas atrás, ella simplemente subió al piso de arriba como una bala de cañón; parecía nostálgica. No la detuve. Yo, más que nadie, conocía el dolor de la nostalgia.

—Veo que el viejo Johnson supo elegir bien al hombre adecuado para cuidar de su territorio —comentó un hombre calvo con su marcado acento americano, acercándose a mí—. El poderoso capo Rossi Ricci de la mafia Fratelli tiene una reputación envidiable. La oscuridad te precede, debo admitir.

Me bebí el contenido de mi copa, sintiendo el delicioso ardor que provocaba el coñac.

—Es bueno saber que tengo buena fama en los bajos fondos. —Levanté la copa hacia él, en señal de saludo—. Así consigo expulsar a los traidores.

Sus ojos claros se entrecerraron.

—¿Está insinuando que hay traidores por aquí? —Gesticuló.

—Por favor, querido amigo Federico —lo llamé por su nombre, porque había estudiado el perfil de cada uno de los que trabajaban con Billy—, no finjas que no sabes nada del sabotaje en los negocios de esta organización. —Lo miré con desconfianza.

—No niego haber oído los rumores, aunque no formo parte de la lista de traidores —alegó a la defensiva—. Siempre he respetado al viejo Billy y la alianza que teníamos.

Me mordí el labio.

—Espero que ese respeto continúe, ahora que yo estaré al frente de todo.

—¿Y la preciosa heredera? —insinuó, haciendo que la sangre me hirviera en las venas.

No medí la furia que se apoderó de mí cuando agarré al hombre enclenque por el cuello.

—Maya se ha convertido en mi esposa —rugí, mirándole a la cara aterrorizada—. La hija del viejo Billy ahora lleva mi apellido. Es mía, ¿entiendes? ¿O tendré que usar una navaja para grabártelo en esa cara marchita?

Mi pequeño espectáculo, obviamente, llamó la atención del resto de invitados, porque todos se detuvieron a mirar.

Luca se acercó, mientras Fillipo hablaba con la gente para intentar calmar el ambiente tenso.

Arrastrándome lejos de ese idiota, Luca me susurró:

— Creo que es mejor que te guardes tus celos para más tarde, hermano...

— ¿Qué celos? —le interrumpí, irritado por algo que ni siquiera sabía.

Resopló, impaciente.

— ¡*Argh*! ¡Qué más da! —gruñó—. Lo que intento decir es que ahora no tenemos tiempo para eso —advirtió.

— ¿Qué pasa? — Me fijé en él en cuanto noté la seriedad en su tono.

—Hemos recibido información de que alguien ha colocado explosivos dentro de la mansión —me confió, lo que hizo que mis ojos se abrieran como platos. Miré a mi alrededor, estudiando cada uno de los rostros mientras mi hermano seguía hablando: —Enzo y nuestro equipo están realizando un registro exhaustivo en todos los rincones. Y hemos llamado a un especialista en este tipo de material.

—Voy a dar por terminada esta cena ahora mismo y... —mi hermano me agarró la mano, que ya se estaba metiendo dentro de mi chaqueta para coger la pistola.

—No podemos alertarlos de esto —dijo, deteniéndome—. El traidor está entre nosotros, eso es un hecho. Pero si armamos un escándalo antes de tiempo, podríamos ponernos a todos en peligro. ¿Entiendes? —Me miró fijamente, dándome tiempo para analizar sus palabras.

Mi mandíbula tembló.

Pensé en responderle, pero mi atención se desvió sin que pudiera controlarlo, en cuanto mi cuerpo sintió la presencia de mi pequeña leona.

Estaba parada en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo con cierto temor. Desde donde yo estaba, pude notar que parecía estar buscando algo, o a alguien...

Cuando nuestras miradas se cruzaron, lo supe... me quería a mí.

Caminé hasta detenerme en los primeros escalones, estirando el brazo para poder sostener a la hermosa chica. El vestido azul le llegaba hasta las rodillas y no tenía escote alguno. Su cabello oscuro

caía suelto sobre sus hombros; y sus ojos azules resaltaban gracias al maquillaje suave y sencillo.

Magnífica. Había conseguido estar aún más magnífica.

Intenté no mostrar mi deseo y admiración, pero fue casi imposible.

—¿Qué pasa, marido? ¿Acaso no he elegido el atuendo adecuado para estar a la altura del gran capo? —soltó, audaz como siempre.

Quise reírme, pero me lo tragué, porque tenía que guardar las apariencias.

—Llegas tarde —gruñí, entrelazando su brazo con el mío—. No ha sido un buen comienzo —añadí, con rudeza.

Al decir eso, me di la vuelta.

Había muchos buitres, ansiosos por discutir las nuevas condiciones para los negocios de ahí en adelante.

—Puede que sea buena con las armas y con los puños, pero sigo siendo una mujer —replicó ella, incapaz de no tener la última palabra—. Las mujeres siempre llegan tarde para arreglarse. Deberías halagarme. Deberías decirme que estoy guapa en lugar de actuar con brusquedad, ¡grosero!

No pude contener la risa que se me escapó de los labios. Sin embargo, no tuve tiempo de comentar nada, pues enseguida nos detuvieron unos curiosos.

—Mi más sincero pésame, querida —dijo el hombre conocido como Antonio. Era el encargado de mediar en las negociaciones con los chinos—. Billy era un hombre valiente.

Maya solo bajó la cabeza.

—Gracias.

—Tenemos que discutir los nuevos términos, querido amigo —dirigió su atención hacia mí—. Me encantará trabajar directamente con los Fratelli.

Asentí con la cabeza, satisfecho con sus acertadas palabras.

Los minutos siguientes transcurrieron con conversaciones fructíferas, a pesar de toda mi inquietud interna cada vez que mis ojos se cruzaban con los de mis hermanos. Estábamos luchando contra el reloj allí.

— ¿Qué te pasa, al fin y al cabo? —quiso saber Maya, susurrándome al oído. Su perfume me embriagó.

—Nada —murmuré.

Estábamos apartados del resto, así que ella aprovechó para insistir con su estilo «desafiante»:

—No me vengas con esa, porque sé que algo anda mal. Estás mintiendo —me regañó—. Tú y tus hermanos os miráis fijamente a cada minuto, y el ajetreo de todos los guardias de seguridad también es muy sospechoso. Algo está pasando aquí y quiero saberlo.

Por un instante, pensé en seguir negándolo, pero ya me había dado cuenta de que no serviría de nada, teniendo en cuenta que mi amada esposa era demasiado terca como para tragarse cualquier respuesta.

—Han saboteado la mansión —dije, procurando que nadie me oyera—. Alguien ha colocado explosivos y estamos tratando de descubrir quién es el malhechor.

— ¡Oh, Dios mío! —exclamó, tapándose la boca con la mano. El pánico invadió sus hermosos ojos—. ¡Rossi, podemos morir!

—Nadie va a morir, ¡no seas ridícula! —siseé, sin paciencia para berrinches—. Solo tenemos que encontrar una forma de entretenerlos a todos, para que el culpable se sienta lo suficientemente confiado como para escabullirse sin llamar la atención. Obviamente, no querrá estar aquí cuando apriete el detonador.

Maya parpadeó un par de veces.

—Tengo una idea, pero tendrás que ayudarme —dijo de repente.

Mi frente se arrugó un poco.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

Detuvo a uno de los empleados, que deambulaba por el salón sirviendo bebidas y aperitivos, le susurró algo al oído, él asintió y, a continuación, habló con alguien a través del sistema de comunicación que llevaba en la oreja.

Volviendo a acercarse a mí, me acarició el pecho y me miró a los ojos. La intensidad de su mirada siempre me debilitaba, porque sentía que ella quería descubrir más de lo que yo quería mostrar.

—Vamos a darles un espectáculo, marido —susurró, antes de tomarme de la mano y estirarla junto a mi cuerpo, mientras con la otra colocaba la mía en su cintura—. Espero que sepas bailar tango. —Me guiñó un ojo, pícara.

Arqueé las cejas, pero no pude evitar el calor de la adrenalina que se extendió por cada célula de mi cuerpo.

Pensé en negarme, pero, e , nunca he sido un hombre que huya de un buen desafío… y menos aún de uno tan ardiente y… sensual.

Capítulo 5

Maya

Sinceramente, nunca me había sentido tan atrevida en toda mi vida. Era evidente lo fácil que mi dignísimo marido me volvía loca, teniendo en cuenta que parecía tener un claro interés en domarme. Pero también conseguía embriagarme con todo ese aura oscura y enigmática. Sus palabras, de la noche anterior, aún resonaban en mi mente, hiriéndome por el significado de su acusación infundada. Nunca le dejaría tocarme solo por ansiar su permiso para estudiar. Sin embargo, no fue difícil llegar a la conclusión de que Rossi era un hombre traumatizado. La chica Beatrice había comentado que él, a pesar de todo el peso del cargo que ocupaba, cargaba con un enorme sentimiento de inferioridad. Quizás por eso pensaba tan mal de mi actitud.

Ojos en los ojos, nos mirábamos fijamente desde tan cerca. Me coloqué un poco a su derecha. Nuestros cuerpos estaban en contacto; las rodillas ligeramente apretadas y los pies se unieron verticalmente, es decir, la punta del pie derecho estaba junto a la parte interna del pie izquierdo.

Mi respiración se volvió ruidosa sin que pudiera controlarla.

Rossi levantó su mano izquierda y rodeó mi cintura con su brazo derecho, colocando su mano en mi espalda, ligeramente por debajo de los omóplatos. Entonces levanté mi mano derecha para encontrarme con su izquierda y rodeé su cintura con mi brazo izquierdo, con la mano también en medio de su espalda.

La música comenzó haciendo que todos mis poros vibraran de pura emoción. Con un ritmo de unos 120 compases por minuto, los sonidos típicos del tango están compuestos por una pequeña

orquesta de violín, piano, guitarra, flauta y bandoneón —una especie de concertina que bien podría ser el alma de esta música.

El tango, bailado de cerca, lo conduce el hombro izquierdo, mientras que el resto del cuerpo se mantiene ligeramente inclinado. Los pasos son bastante fáciles de aprender, teniendo en cuenta que los aprendí hace tiempo en las clases de baile; lo más difícil era conseguir mantener la postura rígida que desencadena los movimientos intensos, dramáticos y a menudo arrastrados.

Mientras me veía guiada por Rossi, sentía que tenía que mantener la calma para simplemente dejarme llevar; sentir su peso. Necesitaba sentir hacia dónde se dirigía. Sentir dónde estaba «entre» los movimientos para equilibrarme con ellos.

—¡Vaya! —exclamé cuando, en un movimiento atrevido, me agarró y me levantó la pierna, sujetándola contra su cadera—. Bailando así, voy a acabar pensando que quieres impresionarme, marido —bromeé, en un intento fallido por no dejarle notar lo excitada que estaba.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sexy.

— ¿Tú crees, cariño?

Al decir eso, se colocó de lado junto a mí. Dio dos pasos lentos hacia la derecha y, justo después del segundo paso —y antes del tercero—, giró mi torso hacia la izquierda. A continuación, completó el movimiento avanzando hacia delante.

—En la mayoría de las formas de tango, la mujer hace la mayor parte del trabajo sucio —comenté, utilizando las manos para acariciar su rostro al ritmo que exigía la música.

De repente, él aceleró el ritmo, dejándome aún más impresionada.

Rossi se giró hacia mí 180 grados con un paso rápido y los siguientes pasos los dio cruzando los pies.

Éramos una pareja de depredadores allí que, a través del baile, buscábamos capturar y atrapar al otro. Era una especie de tortura danzante que comenzaba y terminaba en las miradas fijas el uno en el otro…

Manos traviesas...

Besos casi robados...

Miradas y susurros...

Aromas y olfateos...

Cuando terminó la música, Rossi me lanzó al aire y yo terminé el paso deslizando una de las piernas por el suelo.

Podíamos oír los aplausos, pero en realidad estábamos atrapados el uno en el otro. Atrapados en la neblina de la lujuria que parecía llamarnos con una fuerza sobrehumana.

Me acomodé, aún aferrada a él, captando su mirada en la mía y deseando unir nuestras bocas allí mismo... delante de todos esos idiotas aduladores.

—Me deseas —declaró él, con voz cargada de emoción.

Sonreí, mordiéndome los labios a continuación. Me sentí feliz por él, por haberlo percibido por fin. Por haberlo entendido.

No respondí, y solo negué con la cabeza.

Sin que yo estuviera preparada, Rossi me empujó lejos cuando se oyeron disparos cerca de nosotros dos.

Parpadeé, arrastrándome por el suelo e intentando entender lo que sucedía a mi alrededor.

En medio del tumulto, logré levantarme y alejarme entre la gente. Desde el momento en que llegamos a la mansión donde nací, noté a varios empleados diferentes entre los que conocía. Podría tratarse de un simple cambio de personal, dado que mi padre había fallecido y las cosas habían cambiado, pero algo hizo clic en mi mente y me puso en alerta.

En medio del caos, vi la silueta de una figura muy sospechosa escabulléndose por una puerta que conducía al laberinto subterráneo.

Cogí mi silbato ultrasónico —colgado de una cadena en mi cuello— y llamé a Odín y a Thor.

Corrí, concentrada y totalmente centrada en alcanzar al hombre que había visto intentando escapar.

En cuanto llegué a la zona con poca luz, alguien me golpeó en la cara. Era un hombre que vestía uno de los uniformes del personal de la casa. El puño se alzó de nuevo, pero yo ya estaba preparada y logré esquivarlo, mientras me agachaba y le daba un puñetazo en el estómago.

La pistola brilló en su mano, pero Odín llegó a tiempo y lo atacó, derribándolo y desgarrándole la yugular con los dientes. Thor siguió adelante, alcanzando a otro objetivo.

Cogí dos dagas de los cadáveres que yacían en el suelo y seguí adelante, atacando a cualquiera que se atreviera a interponerse en mi camino.

Mi objetivo era uno solo: alcanzar al hombre que vi... que intentó matar a mi pueblo.

Odín y Thor rodearon a alguien que se mantenía en la oscuridad. Precavida, me detuve, pero sin bajar la guardia.

—Sal y lucha, cobarde —gruñí entre dientes—. O mis perros te harán pedacitos —amenacé.

La risa que resonó por el lugar me puso los pelos de punta.

—Me sorprendes, pequeña Maya —sonó la voz grave. Sentí que el aire se me escapaba de los pulmones en cuanto el desconocido salió de la oscuridad. Su rostro parecía haber sufrido quemaduras, porque tenía la piel toda deformada por un lado—. Te has convertido en una guerrera voraz... hermana.

Mis ojos se abrieron como platos y sus palabras me oprimieron el pecho.

—¿Q-qué has dicho? —tartamudeé, incrédula, sintiendo que las piernas me fallaban.

No tuve ninguna reacción. Ni siquiera cuando se escapó.

Llamé a mis perros y, acto seguido, me desplomé, demasiado débil emocionalmente para seguir en pie.

No tardé mucho en empezar a oír el sonido de pasos. La voz de Rossi me hizo gritar:

—¡Aquí! Estoy aquí.

Instantes después, llegó hasta mí, se arrodilló y me acogió en sus fuertes brazos.

—Estoy bien, te lo juro —susurré, aunque en secreto me sentía aliviada de estar en sus brazos.

Al apartar la cara, observé que sus ojos se nublaron al fijarse en la comisura de mis labios. Gemí cuando sus dedos tocaron la piel dolorida.

—Te han herido —sonó como un gruñido—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Se levantó, pareciendo furioso conmigo o consigo mismo, no lo entendí.

Cogió el arma y disparó al aire varias veces, haciéndome saltar del susto. Fueron cinco disparos en total, mientras gritaba a los cuatro vientos:

— ¡ERES UNA MUJER TAN... TAN... ARGH! —gritó. De repente, se volvió hacia mí, señalándome con el dedo con ferocidad: — ¿Por qué saliste corriendo creyéndote una ninja, joder?! Podrías estar muerta ahora mismo, ¿sabes? ¡Muerta!

Cuando se enfadaba, su acento italiano se intensificaba.

Intenté contenerme, pero me resultó casi imposible controlar el torrente de lágrimas que se acumulaba en mis ojos.

Estaba asustada.

Estaba confundida.

—*Y-yo*... lo siento —gemí, haciendo un puchero—. Por favor, p-perdóname...

Como si lo hubiera desarmado, el hombre imponente dejó caer los hombros, al igual que su postura feroz. Volvió a acercarse a mí y, sin ninguna dificultad, me tomó en sus brazos y me levantó.

—No pasa nada —susurró, mientras yo me acurrucaba contra su pecho cálido y le rodeaba el cuello con los brazos—. Te he encontrado, cariño. Te he encontrado.

No dije nada.

Solo me concentré en absorber su cariño y su calor, mientras mis pensamientos me regalaban la imagen del hombre que afirmaba ser... ¿mi hermano?

Capítulo 6

Rossi

Todo dentro y fuera de mí parecía estar hirviendo de puro odio.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Luca, en cuanto llegué a las escaleras de la mansión—. ¿Se ha hecho daño? —El temor se hizo patente en su voz.

—Busca a Fillipo y averigua qué ha descubierto —le exigí, sin dejar de caminar—. Quiero a todos los infiltrados reunidos para interrogarlos.

—No estoy seguro de que quede alguien —comentó él.

En ese momento, me detuve y giré la cabeza para poder mirar a mi hermano menor.

—Estoy sosteniendo a mi mujer herida, Luca —gruñí—. Uno de esos malditos hijos de puta se creyó con derecho a entrar aquí y poner sus sucias manos sobre la chica que lleva mi apellido. No voy a aceptar que me sometan en mi propio territorio.

— ¿Y qué quieres que haga? —exclamó—. ¿Que los resucite?

—¡HAZ ALGO, JODER! —grité, furioso.

Maya se acurrucó en mis brazos, lo que me hizo maldecir por dentro. Exhalé bruscamente y, a continuación, seguí subiendo los escalones.

Me sentía tremendamente frustrado conmigo mismo por haber cometido semejante error. La verdad es que me dejé llevar por el baile y eso acabó distrayendo mi concentración de lo que realmente

merecía toda mi atención. Así que, cuando noté la ausencia de Maya durante el ataque, un miedo aterrador se apoderó de mi pecho. Fue una sensación que pensé que nunca volvería a sentir. No después de lo de mi hermana.

En cuanto entré en su habitación, la deposité con delicadeza sobre el colchón, entre las suaves y perfumadas mantas. Todo su frágil cuerpo se sacudía con espasmos a causa de los sollozos, y eso, de alguna manera, me enfureció aún más. Maya era tan fuerte e imponente que verla tan vulnerable me hizo sentir extraño.

—Rossi... —me agarró la mano cuando amenacé con soltarla.

Todo mi cuerpo se estremeció. Aún no me había acostumbrado a sus caricias y a su cercanía.

— Tengo que irme ahora, cariño —murmuré con voz controlada—. Necesito descubrir quién cometió el error de pensar que tocaría lo que es mío y se saldría con la suya.

— *P-pero... yo* no soy*... t-tuya* —hizo un puchero precioso.

Sus palabras me hicieron reír un poco.

—Eres capaz de quejarte incluso cuando ni siquiera puedes mantenerte en pie —repliqué, acercándome de nuevo a ella, quien, sorprendentemente, se aferró a mí y se acurrucó contra mi pecho. Estaba temblando. Exhalé lentamente, esforzándome por tragarme la sensación de impotencia. —¿Qué pasó antes de que llegara al sótano?

Sentí cuando ella sollozó, escondiendo el rostro en el pliegue de mi cuello. Me fue imposible no estremecerme.

—*Yo... yo* estaba siguiendo a un hombre —sollozó—. Odin y Thor lograron acorralarlo, pero... —Se calló por un instante.

—¿Qué pasó? ¿Qué dijo?

—Nada —respondió—. No pasó nada, Rossi, solo... se escapó.

Chasqueé los labios, maldiciendo en voz baja.

—No te preocupes —murmuré, acomodándome contra el cabecero y tirando de Maya conmigo—. Iré tras ese maldito aunque sea al infierno. —La promesa estaba en cada palabra.

Ella no dijo nada más, y el silencio nos acompañó durante largos minutos.

— ¿Alguna vez has tenido la sensación de haber vivido una mentira? — La pregunta surgió de repente. Parpadeé, sorprendido por la extraña pregunta. — Quiero decir... — se acomodó mejor para poder mirarme a los ojos — ¿esa sensación de que hay un enorme vacío en tu historia?

—¿Por qué me preguntas eso?

La vi bajar la mirada, pensativa y un poco triste.

—No es nada —murmuró, volviendo a abrazarme con fuerza.

—Estás mintiendo —declaré.

—Sí.

En otras circunstancias, me habría vuelto una fiera por esa osadía, pero me sorprendí riéndome.

Nos quedamos allí, abrazados y en silencio, simplemente alimentándonos del calor del otro.

***

— Él no sabe de nada —dijo Fillipo en cuanto entré en el sótano—. Ya he llamado a nuestro equipo de limpieza; la casa está limpia.

— ¿Es el único que queda? — Señalé al hombre atado. Me acerqué al lavabo para lavarme las manos.

—Sí —respondió Fillipo—. Él y otros diez formaban parte del personal extra. —Ya he ordenado que investiguen a la empresa contratada.

— ¿Y los explosivos?

—Todos desactivados —dijo Luca—. Y hemos interrogado a todos los invitados antes de dejarlos marchar. Por desgracia, nadie supo decir nada. Tampoco vio nada nadie.

Puse los ojos en blanco.

—El instinto de supervivencia siempre prevalece, hermano —comenté—. Me sorprendería que alguno de esos hombres dijera algo.

Secándome las manos, finalmente me acerqué al hombre atado. Además de estar desnudo y con las manos y los pies atados, también tenía los ojos vendados.

—Buenas noches —lo saludé, examinando la silla a la que había sido atado.

—¿Quién eres? —preguntó, aterrorizado.

Lo primero que noté fue que no tenía ningún tatuaje, lo que descartaba cualquier implicación de la mafia *Shadows*.

— Esa no es la pregunta, *mi querido* —me concentré en la figura temblorosa que tenía delante—. Sino quién eres tú y qué pretendías hacer aquí.

—Ya *te* he dicho que no sé de nada —dijo, demasiado rápido —. A mis amigos y a mí nos pagaron para colocar explosivos y... —

se atragantó de repente—, infiltrarnos entre los invitados. Solo eso, lo juro.

— ¿Lo juras? —pregunté, sarcástico, mientras intentaba elegir entre las diversas opciones de instrumentos de tortura que podía usar.

— Sí, lo juro —repitió.

—Resulta, *querido*, que os habéis metido con la persona equivocada... —Me volví hacia él y me acerqué—. ¿Quién fue el mandante? ¿Quién está detrás de este ataque?

—Ya te he dicho que no lo sé.

Le clavé el cuchillo en la rodilla y empujé hacia abajo, desgarrándole la carne. El grito resonó por todo el lugar provocándome ese frenesí revitalizante.

—Dame un nombre —le pedí, tranquilo.

Nada.

Arranqué el cuchillo, solo para hundirlo de nuevo, en el mismo lugar, pero empujándolo hacia la parte interna del muslo. Los gemidos que se oyeron fueron como música para mis oídos.

—No sé si fuiste tú, *querido*, pero alguien agredió a mi esposa —apreté los dientes—. Y nadie toca lo que es mío y sale impune. — Le quité la venda de los ojos y, a continuación, apoyé las manos en los brazos de la silla, imponiéndole mi presencia. Mi rostro se pegó al suyo. —Todos tus amigos han muerto, pero uno de ellos escapó. ¿Quién fue? Dame un nombre.

El hombre lloraba de puro dolor y desesperación.

—¡Vete... a la mierda, *joder*! —Me escupió en la cara.

Me levanté, riendo mientras me limpiaba la piel con el dorso de la mano.

—Quiero que investiguen las imágenes de las cámaras de seguridad —ordené a mis hermanos—. Y cualquier novedad que consigan, quiero saberla. Ya pueden irse. Yo me quedaré aquí —les advertí, haciendo un puño entre mis dedos.

Mis hermanos no replicaron y, afortunadamente, obedecieron mi orden.

De nuevo cara a cara con mi nuevo juguete, sonreí mostrando todos los dientes.

Los dientes de alguien ansioso por devorar, pedacito a pedacito, a ese desgraciado.

***

—Mariano ha llamado y ha dicho que el nuevo huésped ya te está esperando en la mazmorra —comentó Fillipo cuando me vio entrar en la oficina, horas más tarde. Estaba cansado y con la ropa toda manchada de sangre—. Y Ángel quiere una reunión.

— Ese tipo es muy descarado —refunfuñó Luca—. No me gustan todas esas exigencias para alguien que no tiene mucho que ofrecer.

—Fue fundamental en la caza de Giuseppe, y todo eso le quitó la felicidad a nuestro hermano —comenté, antes de dar un largo trago de whisky—. Así que sí, por ahora nos gusta Ángel. —Golpeé el vaso contra la encimera.

A continuación, me dirigí hacia la puerta.

—¿Conseguiste sacarle algo al desgraciado, al final? —quiso saber Fillipo, refiriéndose al hombre que había estado bajo mi yugo horas atrás.

Negué con la cabeza.

—Solo su piel.

Dicho esto, salí de allí y me dirigí directamente a la habitación.

***

Después de darme un baño, entré en la habitación paso a paso, con cuidado de no despertar a Maya, que parecía dormir plácidamente a pesar de todo el susto que había pasado.

Mientras preparaba mi cama en el suelo, noté un movimiento detrás de mí y enseguida oí una voz somnolienta:

— ¿Por qué no duermes aquí conmigo?

Por un momento, me quedé paralizada en el sitio. Mi corazón empezó a latir con fuerza en el pecho.

Tenía miedo de dormir con alguien, porque mi sueño se había vuelto muy agitado después de lo que le pasó a Bianca.

Sin mirarla, solo respondí:

—Prefiero dormir aquí.

Ella no dijo nada y, a continuación, apagó la luz de la lámpara.

Después de eso, me acurruqué entre las mantas suspirando en voz baja. Estaba cansado física y emocionalmente.

Con los ojos cerrados, me concentré en pensamientos positivos, deseando que el sueño me venciera aunque solo fuera por unas horas, ya que estaba segura de que pasar toda la noche despierta sería imposible.

De repente, oí un ruido. Pero antes de que pudiera reaccionar, Maya se acercó a mi lado y se metió entre mis mantas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le espeté sin querer.

—Acostarme al lado de mi marido —respondió, bostezando.

Se dio la vuelta para darme la espalda y se agarró a mi brazo por la cintura, acurrucándose completamente contra mí. El aroma de su cabello y su piel se me metió en las fosas nasales, haciéndome inspirar con fuerza.

Estaba asustado.

Paralizado.

Tenía miedo de hacerle daño durante mis pesadillas.

Sin embargo, allí estaba yo... dominado de nuevo. Apreté con más fuerza su cintura y la atraje un poco más hacia mí mientras hundía la nariz en su suave cabello.

El suspiro que escapó de sus labios me hizo darme cuenta de que se sentía muy cómoda en mis brazos, y esa percepción hizo que el salvaje que hay en mí se estremeciera.

Coincidencia o no, el cansancio me venció y di la bienvenida a la oscuridad.

Capítulo 7

Maya

Aburrida y frustrada.

Esa era la mezcla perfecta que me definía en ese momento, mientras regresaba a Palermo en el jet de la familia Fratelli.

Intentaba no pensar en los últimos acontecimientos, ya que aún no sabía qué hacer al respecto. Si aquel hombre era realmente mi hermano, entonces toda mi vida no era más que una mentira.

Deambulando de un lado a otro dentro de la espaciosa aeronave, inspiraba y exhalaba, luchando por vaciar mi mente. Rossi y los hermanos estaban encerrados en una salita hablando de quién sabe qué, mientras yo tenía que quedarme al margen de asuntos que, en su opinión, no eran asunto de las mujeres.

Eso me irritaba enormemente, porque yo también tenía cerebro; perfectamente podía colaborar dentro de la organización. Pero al final de cuentas, allí estaba yo... sola y marginada.

—i*Argh*! —gruñí, dando una patada en el suelo.

—¿Algún problema? —Di un respingo cuando la puerta de una de las salas se abrió justo detrás de mí. Me giré y me topé con Luca. —Pareces estresada. ¿No te has traído las agujas para tejer?

Lo miré con los ojos entrecerrados y él se echó a reír.

—Pues te voy a enseñar lo que pienso tejer, mocoso... —Me acerqué a él, pero antes de alcanzarlo, unas manos fuertes me agarraron. Mi cuerpo reconoció el tacto de inmediato.

—Eh, eh —murmuró, mientras su estúpido hermano pequeño seguía riéndose—. Vamos a calmar los ánimos, cariño.

Rugí, intentando liberarme del agarre mientras me arrastraban lejos.

—Aún te voy a pillar —amenacé a Luca, que me guiñó un ojo.

En cuanto Rossi abrió la puerta de la habitación, me metió dentro y me soltó de su agarre.

—No voy a pedir perdón —le advertí, todavía enfadada. Crucé los brazos, indignada. —Tu hermano siempre encuentra la manera de provocarme, y tú sabes que no tengo sangre de cucaracha.

Rossi sonrió, quitándose la corbata.

—Ah, sí que lo sé —comentó, mirándome con una mirada pícara. Todo mi cuerpo se calentó. Quería preguntarle por qué no estaba a mi lado cuando me desperté por la mañana, pero al final me quedé callada. —Eres una chica muy explosiva.

Me mordí los labios, encontrando todo ese ambiente muy excitante.

Grité cuando me agarró por la cintura, pegando nuestros cuerpos ardientes. Ya no era ninguna novedad para mí que una parte de mí adorara tener a Rossi cerca, a pesar de la rabia por haberme visto obligada a casarme con él.

—Te gusta cómo te provoqué —murmuré, poniéndome de puntillas y ofreciéndole mis labios para que me besara.

Con un gruñido que me puso los pelos de punta, Rossi me giró. Sujetándome los brazos a la espalda, utilizó su propia corbata para atarme las muñecas. Pensé en quejarme, pero me lo tragué todo en el instante en que sentí su lengua húmeda recorrer la piel de mi cuello expuesto.

—¿Sabes lo que me gusta aún más, cariño? —preguntó, empujándome lentamente hacia la cama—. Saber que solo haces esto para llamar mi atención, porque te encanta volverme loco. —Me empujó contra el colchón—. Te encanta saber que me excita la forma en que arqueas esa naricita para desafiarme... —Apoyó una rodilla en el colchón, mientras deslizaba una de sus manos para levantarme el vestido, dejando al descubierto mis pequeñas braguitas— Y lo más importante... —Deslizó los dedos entre mis piernas, masajeándome por encima de la fina tela de las braguitas húmedas— Te pones toda mojita para mí.

Gemí, levantando mis caderas hacia su tacto.

—Rossi... —cerré los ojos, mordiéndome los labios para evitar gritar—. Suéltame.

—No —decretó, enroscando los dedos en el borde de mis braguitas y bajando la tela por mis piernas. Mi corazón latía a destiempo. —Eres una chica desobediente y no confío en que no me tocarás la espalda.

Aprovechando que estaba desprevenido, logré girarme y quedarme de espaldas contra el colchón. Con las piernas libres, las envolví alrededor de su cuello y presioné su cabeza contra la parte de mi cuerpo que latía dolorosamente.

Su risa empeoró mi estado, porque pude sentir la vibración; y el contacto de su barba en ese lugar tan sensible me hizo poner los ojos en blanco de pura satisfacción.

—Está bien, marido —me moví, molesta por esa extraña sensación entre las piernas—. Solo haz que este dolor se acabe —le supliqué—. O seré capaz de romperte el cuello, querido.

—Pues prepárate para gritar, querida —me advirtió.

Al instante siguiente, su boca me tocó, haciéndome contener la respiración. Mi pecho comenzó a subir y bajar frenéticamente

mientras la boca de Rossi, junto con sus hábiles dedos, trabajaba en sincronía en esa parte de mi cuerpo, antes intocada.

Me esforcé por mantener los ojos abiertos, aunque no pudiera tener una visión privilegiada, teniendo en cuenta que tenía las manos atadas a la espalda. Gemí con voz ronca cuando Rossi mantuvo la cara entre mis piernas, lamiéndome con avidez y amasándome los pechos con sus manos fuertes y pesadas. Lo sentía frotar la cara contra mí, como si ansiara devorarme por completo. Era como si quisiera fundirse conmigo de alguna manera.

—¡Joder, qué coño más bueno!

La vibración de su voz me hizo arquear la espalda, pegándome aún más a su cara. Un torbellino comenzó a formarse, tocando las yemas de mis dedos de los pies y subiendo centímetro a centímetro por mi cuerpo febril y totalmente rendido.

— Rossi... Rossi... Rossi...

Las palabras se mezclaron en mi mente; ya no distinguía nada más. Los gritos que se escaparon de mi garganta fueron tan fuertes que estaba segura de que todos dentro de la aeronave los oirían.

Como si conociera mi frenesí interno, Rossi aceleró los movimientos, introduciendo la lengua en mi abertura mientras presionaba mi clítoris con el pulgar. Sin poder controlarlo, todos mis músculos se retorcieron y empecé a temblar incontrolablemente.

Me corrí tan fuerte que mis ojos se pusieron en blanco y todo mi cuerpo se arqueó pidiendo más. Pidiendo todo.

Rossi no dejó de chuparme hasta que me calmé.

Aflojé el agarre de mis piernas alrededor de su cuello, lo que le hizo deslizar los labios hacia la parte interna de mi muslo y, a continuación, acercar su rostro al mío. Podía sentir mi propio olor a través de su boca carnosa.

—Muy bien, marido —logré decir, sonriendo.

Él también sonrió, presionando su boca contra la mía. Nuestras lenguas se entrelazaron, lo que hizo que mi deseo se encendiera.

De repente, se apartó de mí y me empujó para que me sentara en la cama. Rápidamente me desató las muñecas.

—Ha sido un placer, cariño —dijo.

No tuve tiempo de reaccionar, porque Rossi simplemente se levantó y salió de la habitación como un huracán. Resoplé, dejándome caer sobre el colchón. Estaba satisfecha, pero también frustrada, porque no me había dejado corresponderle.

***

En cuanto pusimos un pie en la mansión de Palermo, el teléfono de Rossi empezó a sonar y él salió delante. Los hermanos lo siguieron y yo me quedé atrás. Poniendo los ojos en blanco, me dispuse a subir las escaleras, pero algo me llamó la atención.

Sintiéndome traviesa, me dirigí a la parte trasera, intrigada por algo que me habían dicho nada más llegar a aquella casa.

Me detuve frente a una sala que tenía una enorme puerta de madera, toda tallada con símbolos de lucha. Eufórica, extendí la mano para abrirla, pero me golpeó un látigo.

—¡Ay! —me quejé, saltando para defenderme de otro golpe del látigo. —¿Te has vuelto loca? —le pregunté a Paola, que me miraba lista para matarme.

—Solo estoy cumpliendo la promesa que te hice, querida —respondió, sonriendo con emoción—. Te dije que tendrías que demostrar que eres digna para entrar en mi sala. —Se puso en posición de combate.

Ordené a mis perros que se quedaran quietos y, a continuación, me preparé para la pelea, sintiendo ya cómo vibraba cada una de mis células.

Paola se abalanzó sobre mí y me dio una patada, pero bloqueé su patada con mi rodilla, al tiempo que bloqueaba su puñetazo con mi antebrazo. Me agaché y logré golpearla en el estómago.

Al levantarme, impulsé la pierna para darle una patada en las costillas, pero me pilló desprevenida cuando Paola me agarró la rodilla y me golpeó el muslo con el codo. Grité de dolor antes de que me hiciera una zancadilla.

Irritada, me levanté y me acerqué a ella, golpeándole el vientre con la cabeza, lo que la desequilibró por unos instantes. En posición de depredadora, sonrió.

—¡Vaya! Aquí hay alguien que se cree una luchadora —se burló.

A continuación, se abalanzó hacia mí.

Levanté la pierna, pero me la bloqueó con su puño derecho, mientras que el izquierdo me golpeaba en el estómago; el siguiente golpe fue un gancho de derecha en la cara, que me dejó aturdida. Paola me golpeó en la pantorrilla, lo que me hizo perder el equilibrio y le facilitó tirarme al suelo con toda su fuerza.

—¡*Argh*! —grité, golpeando el suelo con ambas manos, furiosa por estar recibiendo una paliza.

De pie, me limpié los restos de sangre de los labios.

Me abalancé sobre ella, que amenazó con darme un puñetazo, pero le agarré el brazo y, acto seguido, le di un fuerte puñetazo en el pecho. Le rodeé el cuello con la mano y giré mi cuerpo junto con el suyo para tirarla al suelo y darle una patada en el estómago.

Sin que me lo esperara, ella simplemente me hizo una zancadilla.

El brillo de una de sus dagas, que se le había caído durante la pelea, me llamó la atención y la cogí. Paola y yo levantamos los troncos y ambas nos apuntamos con la hoja al cuello.

Nos costaba respirar.

Tenía la cara magullada, pero ella tampoco se quedaba atrás.

—¿Pero qué coño está pasando aquí? —Nos separamos cuando apareció Mariano. Sus ojos se abrieron como platos al fijarse en mi rostro magullado. —Paola, ¿te has vuelto loca, mujer? —Parecía desesperado.

—Ella amenazó con entrar en mi despacho.

— ¿Y por eso decidiste darle un puñetazo en la cara?

Frunció el ceño, ofendida.

— ¡Eh! — Le di un golpecito en la mano cuando intentó ayudarme a levantarme. — Por si no te has dado cuenta, yo también le he dejado la carita bien magullada.

Paola se rió, levantándose también.

—A Rossi no le va a gustar nada cuando se entere de lo que ha pasado aquí —añadió él.

Ignorándolo, Paola se acercó a mí y me tendió la mano. Había una leve sonrisa en sus labios cortados.

— ¡Buena pelea, chica! — Me guiñó un ojo, pícara. — Hasta la próxima.

Pasó a mi lado, alejándose.

—Entonces, ¿eso significa que...?

Se detuvo, pero no se dignó a mirarme.

—Has pasado la prueba. Eres bienvenida a conocer mi espacio de lucha.

Al decir eso, desapareció por el pasillo, dejándome sola con Mariano, que sacudió la cabeza, incrédulo.

—Estás más loca de lo que pensaba —murmuró.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Por muy loca que me consideren, nunca podrán acusarme de ser cobarde con mis sentimientos —repliqué, señalándole con el dedo—. Lo cual no es tu caso.

— ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Se te nota a leguas que estás loco por esa mujer —dije, señalando a Paola—. ¡Pero prefieres quedarte ahí, metiéndote donde no te han llamado! —rugí, dando una patada en el suelo y alejándome de él—. ¡Odin! ¡Thor! ¡Venid!

Por mis venas corría ese agradable calor de la adrenalina que tanto me gustaba.

Mis días en aquella casa iban a ser mucho más interesantes.

Capítulo 8

Rossi

Lo estaba sintiendo todo.

Miedo.

Dolor.

Desesperación.

Esperanza.

Mi padre, mis hermanos, nuestro equipo de soldados y yo nos separamos para que la emboscada tuviera más éxito y, así, tal vez pudiéramos encontrar a Bianca con vida.

El único sonido que podía distinguir con claridad era el de mi propio corazón, que latía desordenadamente. Todo mi cuerpo temblaba, a pesar de la adrenalina. Ni siquiera los malditos a los que iba eliminando por el camino mitigaban la mala sensación que se había instalado en mi interior desde el secuestro de mi hermana.

Mi ángel de luz.

—Han llegado tarde —se burló un hombre, que custodiaba la única puerta que no había irrumpido en aquel maldito lugar—. La niña ha sido destrozada...

Le corté el cuello sin siquiera esperar a que terminara la frase.

Con la mano temblorosa, abrí la puerta. El lugar estaba sucio e inhóspito. La escasa iluminación hizo que mis ojos tardaran en adaptarse.

Sin embargo, deseé no haber visto la escena que contemplé. Las lágrimas que inundaron mis ojos al ver a mi pequeño ángel, desnuda y colgada de ganchos como un animal sacrificado, eran de puro dolor y culpa.

No tenía ni idea de cómo reuní fuerzas para acercarme a ella y desatarla.

—Ya llegué, mi angelito —murmuré, temblando—. Tu hermano ya está aquí. —Mi voz no era más que un simple balbuceo.

Me quité la chaqueta y envolví su cuerpo exhausto.

Una vez en mis brazos, me venció la debilidad de las piernas y, simplemente, me dejé caer.

Me desplomé en el suelo como un derrotado.

Apretando a Bianca contra mi pecho, acerqué su cabeza a mis labios y la besé, cerrando los ojos.

—Por favor, perdóname —lloré, meciéndola de un lado a otro, como si la estuviera arrullando—. Perdóname, Bianca.

Su frágil y delicado cuerpo había sido totalmente violado.

Allí, grité.

Un grito que salió del fondo de mi alma, que se oscureció porque me habían arrebatado a mi ángel.

Mi hermana estaba muerta, y nunca podría perdonarme por no haberla protegido.

***

Me desperté sobresaltada, sintiendo el roce de alguien.

Parpadeé, mientras sentía el sudor resbalando por todo mi cuerpo. La sensación de esa maldita pesadilla aún estaba viva en mi piel.

—¿Estás bien? —preguntó Maya, que estaba tumbada a mi lado, en el suelo.

Desde aquella noche en la mansión de Nueva York, siempre se las arreglaba para colarse entre mis sábanas y dormir conmigo. No es que me pareciera mal, ni mucho menos, pero la verdad es que temía hacerle daño durante pesadillas como la que acababa de tener.

Nervioso, me levanté.

—No lo estoy, pero lo estaré —respondí a su pregunta.

—¿Estás seguro de que no quieres hablar? —insistió, levantándose también. No la miré, pero podía sentir su preocupación. —He oído decir que, en casos de traumas, abrirse a alguien siempre ayuda.

Apreté los dientes.

No quería hablar con nadie.

No necesitaba ayuda.

—Ya te he dicho que voy a estar bien —dije, pero de forma más brusca de lo que me hubiera gustado.

Me dirigí hacia la puerta y salí, sabiendo exactamente adónde debía ir.

***

Quizás algo dentro de mí se había roto en el instante en que abracé el cuerpo sin vida de mi hermana.

Quizás había perdido por completo el sentido de la justicia, porque lo que, en mi opinión, es justo, basándome en las leyes de la mafia, en los hechos, las pruebas y mis valores y creencias, por muy imparcial que la situación lo exija, puede tener un veredicto diferente.

Ya no era el mismo, eso se hizo evidente no solo para mí, sino para todos los que me rodeaban. Había una llama de furia en mi interior que nunca se apagaba. No cesaba.

Chasqueé los labios en cuanto abrí la puerta de hierro que cerraba la mazmorra. Mi segundo lugar favorito en todo el mundo.

El primero era la sala de piano, porque me traía paz. La mazmorra servía para alimentar mi oscuridad.

Volví a chasquear los labios y, acto seguido, mi nuevo *perro* se arrastró hasta quedar a mis pies.

—Buen chico. —Me incliné y le acaricié el pelo con los dedos, echándole la cabeza hacia atrás—. ¿Dónde está la sonrisa de papá?

El hombre intentó sonreír, pero no le quedaban muchos dientes adornando su boca destrozada.

Puse los ojos en blanco, impaciente.

Le solté la cabeza y recorrí el lugar, inquieto. Necesitaba algo para alejar esa mala sensación.

—¿Ya estás listo para complacerme, *perro*? —pregunté—. ¿Has conseguido recordar el nombre del hombre que te contrató a ti y al resto de tu banda para robar uno de mis almacenes en Austin?

Él seguía parado cerca de la puerta, lo que me irritó aún más.

Agarré la cadena, sujeta al collar de su cuello, y la tiré hacia mí. Su cara se aplastó contra el suelo.

—*Yo*... yo... sigo esforzándome, señor —tartamudeó.

Lo miré, furioso.

—Tengo la impresión de que estoy perdiendo el tiempo contigo, *perro* —siseé, cogiendo mi látigo—. No te mereces mi benevolencia.

Al decir eso, chasqueé el látigo golpeándole las piernas; lo hice una y otra vez.

—Por favor, *se-señor*... —lloriqueó—, sé que conseguiré *re-recordarlo*...

—«El papa»... —siseé entre dientes—. Dime quién es.

Volví a levantar el brazo, listo para azotar a mi cautivo, pero el sonido de un jadeo sordo me hizo detener el movimiento. Mis ojos se abrieron como platos en el instante en que miré hacia la puerta y vi la figura paralizada de Maya.

En ese mismo instante, el látigo se me cayó de la mano y di unos pasos hacia atrás, parpadeando frenéticamente. Sentí un revuelo en el pecho que me provocó náuseas.

Abrí la boca para hablar, pero no tuve tiempo, pues Maya dio media vuelta y salió de la mazmorra, prácticamente corriendo.

Sin poder controlar mis pies, fui tras ella como una bala de cañón.

Minutos después, apenas abrí la puerta de la habitación y Maya ya había instado a sus perros a colocarse frente a ella, en posición de guardia.

Estaba claramente asustada de mí. Esa simple percepción me enfureció aún más.

—Lo que vi... —con los ojos cerrados, sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar los recuerdos—. Eres un... —me miró con terror y asombro, pero no se atrevió a terminar la frase.

Apreté la mandíbula y enderecé mi cuerpo tenso.

—¿Un monstruo? —completé por ella, con sarcasmo—. ¿Es eso lo que ibas a decir? —Endurecí el rostro—. Por favor, querida, no actúes como si vivieras en una utopía. —Hice un gesto, molesto por la mirada asustada con la que me miraba, aunque no lo dejara entrever.

—Tú... —exhaló—, tienes a un hombre encerrado en tu mazmorra.

—Sí, lo tengo —asentí—. No fue un espejismo.

—UN SER HUMANO ESTÁ ENCADENADO EN ESE LUGAR COMO SI FUERA UN ANIMAL —gritó, con lágrimas en los ojos—. Nunca voy a olvidar esa escena. ¡Nunca!

La maldita imagen de Bianca invadió mi mente, y yo también rugí:

—Quizá aún no te lo haya dicho... —Me di la vuelta, pero me detuve, con la mano en el pomo. Sin mirarla, dije: —Pero... bienvenida a mi infierno, querida.

Capítulo 9

Maya

— ¿Qué te pasa? — quiso saber Paola, mientras yo levantaba la rodilla y, junto con mi bastón, bloqueaba su golpe.

— Nada —respondí con un gruñido.

Impulsando mi cuerpo, me abalancé sobre ella, que se agachó y me golpeó en la pierna.

—Estás mintiendo —declaró, jadeando.

Furiosa, giré mi cuerpo en el aire e intenté golpearla con el bastón, pero Paola fue más ágil y logró escapar. No me preparé para su siguiente golpe, que me tiró de bruces al suelo. Al girarme, Paola presionó el bastón contra mi cuello, frenando mis movimientos.

—¿Qué ha pasado? —insistió en tono duro.

Irritada, me senté, sintiendo cómo la frustración me dominaba por completo. La última semana había sido una tortura, porque nada de lo que hacía era capaz de hacerme olvidar la escena que vi en la mazmorra de la mansión.

—Ya te he dicho que estoy bien —murmuré, levantándome.

Paola cogió nuestros bastones y se dirigió al armario para guardarlos. Entrenábamos todos los días por la mañana. Excepto los días en que ella tenía que salir para alguna misión secreta.

—Puedes estar de todo menos bien —replicó ella—. Conozco tu potencial de lucha, pero últimamente tus reflejos están más lentos.

Estás muy distraída. Ha pasado algo y no quieres contármelo. Estás en tu derecho. —Se encogió de hombros.

Suspiré audiblemente, chasqueando los dedos y paseándome de un lado a otro. La inquietud parecía haber alcanzado su punto álgido dentro de mi pecho.

—¿De verdad quieres saber qué ha pasado? —pregunté, volviéndome hacia ella, que se acercaba con una botellita de agua. La acepté y la abrí, antes de dar un largo trago.

—Estoy esperando —gesticuló, bebiendo de su propia botella.

—La semana pasada seguí a Rossi hasta una especie de mazmorra —comencé a contar, con toda la atención de la morena—, y lo que vi allí... —cerré los ojos, sacudiendo la cabeza en un intento por ahuyentar el recuerdo.

—¿Qué viste?

—A un hombre al que trataban como a un animal —respondí—. Encadenado, delgado y herido. Fue aterrador, Paola. —Di otro trago de agua—. No sé qué pensar. Ni siquiera puedo mirarlo a la cara después de haberlo visto agredir cobardemente a ese pobre hombre sin ninguna posibilidad de defenderse.

Paola no dijo nada.

Caminé por la sala, sintiendo todo el peso sobre mis hombros.

—Y antes de que me digas que la vida en la mafia no es precisamente un camino de rosas, ya lo sé —repliqué—. Sé que nací bajo un techo donde la delincuencia era la norma, pero... lo que presencié... —volví a negar con la cabeza—. Rossi es un hombre malo. Y esa es una verdad incuestionable.

La hermosa mujer permaneció en silencio, asimilando mis palabras. De repente, cruzó la habitación, acercándose a donde yo

estaba.

—No sé si lo sabes, pero se me conoce por contar historias —dijo. Fruncí el ceño, sin entender a dónde quería llegar con eso. —Lo que te voy a contar ahora es una historia que cambió el equilibrio de toda una familia.

No dije nada, porque, al fin y al cabo, mi curiosidad pudo más.

Me senté a su lado, en un pequeño sofá.

—Érase una vez una niña preciosa y llena de vida —comenzó ella—. Era, sin lugar a dudas, la luz de la casa en la que vivía con sus padres y hermanos. Su mayor sueño era convertirse en una pianista famosa para llenar de amor los corazones de la gente a través de su música. —Sonrió, pero noté que era una sonrisa triste. —Sin embargo, a los siete años, la destrucción no solo afectó a la vida de la preciosa niña, sino a toda la familia. La niña fue secuestrada por una organización rival que, por pura maldad, vio en su pequeño y frágil cuerpo la oportunidad perfecta para desquitarse de algo que ella no había hecho. Le arrebataron no solo su luz y sus hermosos sueños, sino también su vida. A partir de ese día, la oscuridad entró por la puerta de aquella casa y nunca más se fue. A pesar del paso de los años, la familia nunca se recuperó. El objetivo en la vida de los hermanos era trabajar para destruir a todos aquellos que fueron responsables, directa o indirectamente, del sufrimiento de su única hermana.

Me quedé en shock.

—Esta historia es... —me atraganté— ¿de la familia de Rossi?

Los ojos de Paola brillaron al mirarme.

— No lo sé. ¿Tú qué crees?

Fruncí el ceño y bajé la cabeza.

—No tengo ni idea. —Me mordí los labios, moviendo los dedos —. No sé nada de su historia.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, Paola chasqueó los labios.

—Exacto —murmuró, seria—. No lo sabes. ¡No sabes nada! No conoces el motivo detrás de las actitudes de nadie. No sabes que el hombre al que mantienen como rehén en la mazmorra es miembro de una maldita facción conocida por secuestrar a niñas pequeñas, como en la historia que acabo de contar. Así que, para mí, esa basura se merece todas las atrocidades posibles.

Me quedé boquiabierta.

Paola se levantó.

—El entrenamiento ha terminado —avisó, de espaldas.

A continuación, se alejó y salió de la sala.

Me quedé allí, asimilando lo que se había dicho y analizando todo con cuidado y calma.

***

Ya había pasado por delante de esa sala antes, pero nunca le había prestado atención, porque aún no había escuchado el hermoso sonido que venía de dentro.

A escondidas, empujé la puerta con la intención de solo echar un vistazo, y acabé llevándome un susto cuando vi a Rossi de pie, parado frente al enorme ventanal. Estaba de espaldas al piano, que estaba tocando Beatrice. Noté que sostenía una piedra en una de las manos, absorto en sus propios pensamientos.

En ese instante, recordé cuando Beatrice mencionó que le encantaba venir a la mansión porque podía tocar el piano.

Entrecerré los ojos, estudiando la postura de aquel hombre imponente.

Incluso desde lejos, podía sentir el dolor que se apoderaba del cuerpo de mi marido, mientras escuchaba, en silencio, la canción que se tocaba.

No hacía falta ser un genio para llegar a la conclusión de que la historia que contaba Paola era, efectivamente, la historia de su familia.

Mi corazón se encogió de dolor.

Cerré la puerta lentamente y, a continuación, miré a mis perros, que me observaban con esos ojitos perspicaces.

—¿Qué pasa? ¿Tienen hambre? —Les acaricié la cabecita a los dos.

Después de eso, me alejé con ellos.

***

Ya era tarde por la noche cuando me di cuenta de que Rossi había llegado a la habitación. Tumbada en la cama, observé el momento en que rebuscó en el armario y luego se dirigió directamente al baño.

No nos habíamos hablado desde el episodio de la mazmorra, pero algo dentro de mi pecho se sentía incómodo con nuestro distanciamiento.

Inquieta, me levanté de la cama y fui a buscarlo al baño.

Divisé su silueta a través de la mampara cerrada, pero el vapor del agua caliente no me permitía ver su cuerpo con claridad.

Mi corazón empezó a acelerarse.

—¿Qué quieres? —oí su voz atronadora, que me hizo estremecer por completo.

Apoyando la espalda contra la puerta cerrada, inspiré y exhalé.

—¿Por qué no me hablaste de tu hermana? —fui directa al grano. El silencio fue ensordecedor, así que insistí: —¿Por qué no me dijiste que el hombre de la mazmorra tiene relación con las personas que le hicieron todo ese mal?

Di un gritito de susto cuando se abrió la puerta del cubículo y Rossi apareció en mi campo de visión, desnudo y furioso.

—¿Quién te ha dicho eso? —Su tono sonó peligrosamente bajo.

—Nadie me ha dicho nada —respondí—. He llegado a esa conclusión yo sola.

Contuve la respiración en cuanto acortó la distancia entre nosotros. Intenté mantener la mirada fija en su rostro, ignorando su desnudez.

—Te equivocas —siseó, casi pegando nuestros cuerpos. —Realmente soy un hombre malo. Me gusta herir y causar dolor a la gente. Soy un monstruo.

Negué con la cabeza.

—Quizá sea esto lo que quieres hacerme creer, porque me quieres lejos —arguí, sintiendo cómo todo mi cuerpo reaccionaba a nuestra proximidad—. Admito que, al principio, eso fue exactamente lo que pensé de ti. Pero luego todo cobró sentido en mi mente —hice una pausa. Levanté la mano y le toqué la cara allí... tan cerca de la mía—. Solo reaccionas a lo que hay en tu corazón.

—¡No, tú no me conoces! —rugió, agarrándome la mano y levantándola por encima de mi cabeza. Su rostro se pegó al mío y

pude sentir su respiración—. Lo más sensato sería que te alejaras, Maya. Mantente lejos de mí. Lejos de mis manos, porque causan dolor.

—Pero también causan placer —declaré, cerrando los ojos y rozando nuestros labios.

Con la mano libre, deslicé el dedo desde su vientre hasta su espalda, pero de nuevo me bloquearon el movimiento.

Respirando con dificultad, pegó nuestras frentes.

—¿Qué quieres de mí? —Parecía dolorido.

Volví a buscar su boca con la mía.

— ¿Ahora mismo? Te quiero a ti —respondí en un mero susurro valiente—. Quiero tus manos sobre mí. Quiero tu boca sobre mí. —Besé sus labios y me aparté para poder mirar sus ojos brillantes—. Te quiero, Rossi. ¿Y tú? ¿También me quieres?

Apenas terminé de hablar, y su boca simplemente aplastó la mía con avidez. Su evidente deseo se presionó contra mi vientre cuando soltó mis manos y me rodeó la cintura, acercándome más a él.

Me estremecí, adorando el calor abundante que invadió cada célula de mi cuerpo.

Era fuego puro.

Puro y abrasador.

Capítulo 10

Rossi

Yo era un hombre temido por muchos. Un hombre cuyo propósito era mantener la paz y la estabilidad de toda una organización. Mi nombre circulaba entre muchos delincuentes como si fuera un ácido corrosivo y tóxico...

Sin embargo, cuando se trataba de Maya, volvía a ser un niño perdido e inexperto.

A pesar de tener un extenso historial de mujeres en mi cama y de ser un excelente conocedor del cuerpo femenino, me sentía inseguro con mi esposa.

Con facilidad, la levanté con uno de mis brazos y rápidamente ella enrolló sus piernas alrededor de mi cintura. A continuación, me aparté de la puerta y la abrí, dirigiéndome al dormitorio.

Nuestras miradas se clavaron la una en la otra, como para asegurarnos de lo que estábamos haciendo.

Antes de llegar a la cama, volví a dejar a Maya en el suelo.

Los últimos días habían sido un maldito infierno tortuoso, porque lo único que mi mente me hacía ver era la mirada aterrorizada de Maya. Nunca me importó lo que pensaran de mí, pero con ella fue diferente... sentí el dolor de su desprecio.

Detuve sus movimientos cuando ella llevó ambas manos a la barra de su camiseta de tirantes. Su mirada se alzó hacia la mía, confusa.

—Yo lo haré —susurré. A continuación, la giré para que quedara de espaldas contra mi pecho desnudo.

Lentamente, deslicé las manos por sus brazos, sintiendo la textura de su piel e inhalando el aroma de su cabello mientras hundía la nariz en su nuca. Podía oír su respiración entrecortada.

De repente, dejé caer uno de los tirantes, solo para poder recorrer con la lengua su piel ardiente. La chupé y la mordí, una y otra vez, mientras sentía cómo Maya me revolvía el pelo.

Cuando por fin le quité la blusa por la cabeza, la abracé por detrás, llenándome las manos con sus pechos turgentes. Mi boca no abandonaba su piel, porque ansiaba hacerle sentirlo todo.

Cada detalle.

Haciendo fuerza con el cuerpo, se giró para quedar frente a mí. Se me hizo la boca agua al ver sus pezones rosados y turgentes. No resistí la tentación y le pellizqué uno, seguido del otro.

Curiosa, Maya me acarició el pecho y deslizó las manos hacia abajo.

Conociendo.

Estudiando.

Contuve la respiración en el instante en que ella cerró la mano alrededor de mi polla, atrevida.

Le acaricié el pelo y acerqué su boca a la mía, exigiendo espacio para mi lengua. El beso fue hambriento, reflejando la intensidad de mi deseo por ella.

Le lamí la barbilla, bajando hacia su cuello y descendiendo con besos húmedos y fuertes. Inclinándome, fui experimentando...

Explorando.

Sintiendo.

Acaricié su pecho con las manos, chupando y lamiendo como si fuera un delicioso helado.

De rodillas, no perdí tiempo en arrancarle los pantalones cortos indecentes —por lo cortos que eran— junto con las braguitas, revelando la delicia que era su coño rosado.

—Desde la primera vez que la probé, su sabor no se me ha quitado de la lengua—, confesé, como un adicto cerca de su droga.

Abrí su coñito liso con los dedos y, simplemente, hundí la cara entre sus piernas, devorando su carne húmeda y suave. Maya gritó, apoyándose en la cama justo detrás de ella. Con los ojos cerrados, me concentré en su sabor, en su textura y en los sonidos que salían de su boca. En un momento dado, levanté la vista y me encontré con sus ojos clavados en los míos.

Preciosa.

Estaba sencillamente preciosa.

Sabía que no había redención para mí; sin embargo, allí, deseé ser capaz de amar y ser amado a cambio. Deseé no tener la mente y el corazón tan atormentados.

—Rossi...— Su gemido desesperado me hizo intensificar los movimientos de mi lengua. Presioné el pulgar sobre su clítoris hinchado, y eso fue la chispa que desencadenó su explosión.

El orgasmo fue tan arrebatador que la obligó a sentarse en la cama. Aproveché el momento para arrastrar su cuerpo más hacia el centro del colchón, buscando su boca.

Nunca me sentía saciado con ella.

Siempre quería más.

Sosteniendo mi polla con una de las manos, la llevé hasta su entrada, pero no forcé; solo me quedé frotándome contra su carne húmeda y apetitosa.

—Me estás provocando —No era una pregunta.

Me hizo gracia.

—Nada que tú no hagas conmigo, cariño.

Al decir eso, me incorporé en la cama y giré el cuerpo de la hermosa chica para dejarla boca abajo. Con las manos en sus caderas, la atraje hacia mí, haciendo que quedara a cuatro patas.

Me lamí los labios y, a continuación, volví a llenar mi rostro con su coñito, que parpadeaba ante mis ojos. Los gritos de Maya resonaron por la habitación provocándome un frenesí nunca antes sentido. Llegué a la conclusión de que darle placer a ella acabó convirtiéndose en una adicción.

Apreté sus nalgas, abriéndolas y cerrándolas mientras chupaba su miel; una de mis manos se deslizó por su vientre, encontrando sus pechos duros.

Atrevida, Maya empezó a frotarse descaradamente contra mi cara.

Exigiendo.

— *Yo*... quiero más...

Y se lo di.

Sin descanso.

Minutos más tarde, cuando por fin me coloqué sobre ella, ya con el condón puesto, le pregunté con voz entrecortada:

— ¿Estás lista?

En respuesta, Maya me sujetó la cara con ambas manos y la atrajo hacia ella, uniendo su boca a la mía.

Aparté sus piernas con las mías y dirigí mi polla palpitante hacia su entrada resbaladiza. La había hecho correrse más de tres veces, porque quería prepararla para recibirme y que tuviera una buena experiencia en su primera vez.

Sin dejar de besarla, comencé la penetración.

El apretón de sus paredes pélvicas sobre mi polla dificultaba mi autocontrol, porque mi deseo era hundirme con todo y de una sola vez.

— ¡Ay!

— ¿Te duele? ¿Te estoy haciendo daño? — Detuve el movimiento de mis caderas.

— Es mi primera vez, Rossi —replicó, descarada. — Claro que te va a doler.

Divirtiéndome, escondí la cara en el pliegue de su cuello y le mordí la piel.

—¡Ay! —volvió a gemir.

Lo hice unas cuantas veces más, solo para distraerla, mientras seguía acortando la distancia entre mi polla y su himen. En el instante en que me hundí completamente en su interior, Maya soltó un grito.

Un gruñido feroz se escapó de mi garganta cuando sentí sus uñas clavándose en mi espalda.

Desesperado por ese contacto no deseado, le agarré las manos y se las levanté por encima de la cabeza.

Mi respiración también era ruidosa, y me esforzaba por poder quedarme allí... con ella.

—Ahora estoy completamente dentro de ti, nena —siseé, sin aliento.

Todo mi cuerpo parecía encendido; conectado. El sudor resbalaba por mi frente, mientras yo, lentamente, impulsaba la cadera en un movimiento de vaivén.

Su coño apretaba mi polla, casi como un estrangulamiento. Me obligué a dejar de moverme.

— ¿Qué pasa? —preguntó ella, retorciéndose debajo de mí, impaciente. Con los brazos sujetos, no podía tocarme. — ¿Por qué te has parado?

—Porque tu coño me está estrangulando y no quiero correrme todavía —le confesé—. No antes de hacerte *llorar* sobre mi polla, cariño.

Al decir eso, bajé la cabeza y mordí uno de sus pechos. Mi mano libre bajó, posándose entre sus piernas, sobre su clítoris endurecido. Las embestidas volvieron, lentas, pero rítmicas. Poco a poco, pude notar que la incomodidad de Maya se fue disipando y ella se fue soltando. Mirándola fijamente, mientras chupaba sus deliciosos pechos, admiré la forma en que sus dientes mordían sus propios labios; estaba perdida en su neblina de lujuria. Las mejillas sonrosadas hicieron la escena aún más deslumbrante.

Al aumentar la presión de mis dedos sobre su clítoris y la fuerza con la que la embestía con mi polla, Maya empezó a gemir cada vez más alto. Los gemidos parecían música; una música que siempre estaría dispuesto a escuchar.

Cuando su coño empezó a ordeñar mi polla, supe que estaba a punto, así que aceleré los movimientos un poco más.

Sus ojos se pusieron en blanco, pero no dejó de mirarme cuando se corrió maravillosamente.

—Rossi, yo... oh, Rossi...— mi nombre saliendo de sus labios en un gemido de puro deseo fue mi señal.

Fue mi perdición.

Todo dentro y fuera de mí explotó.

El orgasmo fue tan arrebatador que me dejó sin fuerzas.

Me dejé caer de lado, pero manteniendo una parte de mi cuerpo sobre el de Maya.

El único sonido que oíamos era el de nuestra propia respiración entrecortada.

De repente, ella giró la cabeza hacia mí, mirándome con esos ojos increíblemente azules y perspicaces.

Mis latidos acelerados me hacían consciente de la adrenalina del sexo recorriendo cada una de mis células, pero también provocados por el miedo a lo que pudiera escuchar de la chica en mis brazos.

Maya era una incógnita para mí, porque nunca sabía qué esperar de ella.

—Quiero hacerlo otra vez —declaró, haciéndome parpadear, asombrado—. Solo que esta vez, quiero estar encima.

Al pillarme totalmente desprevenido, ya que no me lo esperaba, me eché a reír.

—¿Qué? —preguntó ella, confundida, pero contagiada por mi risa.

Volviendo a presionarla con mi peso, declaré:

—Siempre me desarmas, chica —cerré los ojos e inhalé el aroma que salía de sus fosas nasales—. Siempre.

***

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —Oí la voz ronca de Maya.

Ni siquiera tenía idea de la hora que era, pero podía notar, por la tenue luz que se filtraba por los cristales de las ventanas, que ya estaba amaneciendo. Tras nuestra segunda ronda de sexo, la había llevado a darse una ducha antes de volver a acurrucarla entre las sábanas para que descansara en mis brazos.

—Puedes.

Moviéndose sobre mi pecho, me miró fijamente.

—¿Algún día me dejarás tocarte la espalda? —preguntó, cautelosa—. ¿Confiarás en mí para contarme qué te pasa?

En ese mismo instante, mi pecho se ahogó de puro terror y agonía.

Parpadeé, esforzándome por ahuyentar los recuerdos... el dolor... las llamas del maldito infierno que adoraban bañarse en mi piel.

Apretándola más contra mi pecho, le besé la cabeza, inhalando el delicioso aroma de su cabello.

—Una cosa cada vez, Maya. Una cosa cada vez.

Capítulo 11

Maya

—Veo que hoy tienes un aspecto diferente —comentó Paola, mirándome fijamente mientras Beatrice y yo bañábamos a Thor y a Odin—. No me dirás que tú y Rossi...

Negué con la cabeza, riéndome de su descarada insinuación.

—¡Vamos, chica! —refunfuñé—. Que te dé una paliza de vez en cuando no significa que seamos confidentes. ¡Ni hablar!

La carcajada fue sonora.

—Pero estoy de acuerdo con Paola, Maya —intervino Beatrice, un poco cohibida, claro—. Se te nota claramente el brillo en los ojos.

Dejó de hablar cuando Thor empezó a sacudirse, salpicando agua por todas partes.

—¡Thor! —exclamé, enfadada, pero acabé riéndome.

—Puedes negarlo o ocultárnoslo, pero tu mirada de satisfacción te delata, querida —argumentó Paola, limándose las largas uñas pintadas de negro—. Te han comido. Y muy bien, por cierto.

—¡Caramba, Paola! Qué grosería. —Beatrice la regañó, escandalizada, y yo me reí. Era muy mona.

—¡Las dos sois muy graciosas, en serio! —Sacudí la cabeza, divirtiéndome—. Pero, bueno, Beatrice... —cambié de tema, porque aún no tenía ganas de abrirme con ellas—. ¿Qué carrera estás estudiando?

Terminé de enjabonar a Odin, pero seguí masajeándole el pelaje. Como eran de la raza lobo checoslovaco, tenían el pelo largo.

—Trabajo social —respondió, volviendo a reírse cuando Thor casi la derriba al querer jugar con el agua—. Fue la forma que encontré de poder ayudar a los más necesitados, ¿sabes? Mi padre dejó un imperio sobre mis hombros, que yo nunca pedí, porque nunca fue mi sueño vivir rodeada de violencia.

—Pero tú estás al tanto de lo que hace tu marido, ¿no? —pregunté, sin creer en tal ingenuidad.

—¡Claro que sí! —exclamó. A continuación, soltó a Thor, una vez que estuvo listo. —No pienses que soy ingenua, por favor.

—Beatrice ya le ha disparado a Rossi, si quieres saberlo —reveló Paola, pillándome desprevenida.

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué? —El asombro se reflejó en mi rostro.

La delicada chica parecía nerviosa y avergonzada.

—Fue un accidente —respondió, cerrando el grifo de su manguera. Estábamos en una parte del enorme jardín—. No sabía que era él, y solo actué movida por mi instinto de supervivencia. —Se encogió de hombros. De repente, miró a Paola con cara de pocos amigos. —Sabías que eso estuvo mal, ¿verdad? —Cruzó los brazos —. No está bien hacer ese tipo de comentarios, Paola, y menos aún si eso genera un ambiente tenso.

La morena parpadeó, sorprendentemente acorralada. Me sorprendió ver un rubor en sus mejillas. Parecía verdaderamente avergonzada mientras miraba a Beatrice. Quedó claro el respeto y la amistad entre las dos.

—Se te ha escapado, vamos —se defendió, levantando las manos—. Por lo que a mí respecta, te estaba defendiendo. ¡Ingrata!

Le dio la espalda, pero aproveché para apuntarle con el chorro de agua, y se detuvo al instante, lanzando un gritito asustado. Beatrice se tapó la boca, riendo.

Irritada, Paola se acercó a la otra manguera, la que Beatrice estaba usando antes, y la abrió.

La fiesta estaba asegurada.

***

Acababa de darme un baño caliente, después de jugar con las chicas, y decidí bajar a buscar a mi excelentísimo marido.

Todavía me resultaba extraño pensar en él de otra manera —que no fuera mala— teniendo en cuenta que las últimas semanas me habían hecho ver mi realidad actual con otros ojos. Pero eso no cambiaba el hecho de que me sintiera atada a alguien que parecía querer mandarme.

Todavía me sentía lejos de la libertad con la que tanto había soñado.

Rossi parecía tener secretos, lo cual no me sorprendía; sin embargo, ni siquiera podía juzgarlo, ya que yo también tenía los míos. No le conté a nadie sobre el hombre de rostro desfigurado que se autoproclamaba mi hermano, porque sabía que, si se enteraran, lo matarían y yo me quedaría sin respuestas. Me quedaría sin saber la verdad.

La verdad sobre mí.

Sobre mis padres.

Sobre mi pasado.

Odiaba depender de la buena voluntad de los demás para poder ejercer mi libre derecho a ir y venir.

Respirando hondo, me acerqué a la puerta del despacho. Me mordí los labios, mirando fijamente la madera tallada, sin atreverme a llamar. Fue ridícula esa repentina falta de valor por mi parte. Quizás tuviera que ver con los recuerdos de la noche anterior que invadieron mis pensamientos. Nunca imaginé que mi primera vez pudiera ser tan... increíble. Rossi tenía algo sombrío y, al mismo tiempo, dulce... delicado. Tenía que ser sincera y admitir que deseaba descubrirlo por completo. Deseaba descubrir sus heridas, solo para poder curarlas.

¡Maldita sea!

Irritada por el rumbo que tomaban mis pensamientos, me di la vuelta para salir, pero la puerta se abrió de repente. Caminé hasta encontrarme con el imponente hombre detrás de su escritorio, recostado en su silla de cuero y balanceándose lentamente. Había una expresión divertida en su rostro, que tenía un ligero rastro de barba por hacer.

—¿Por qué pones esa cara? —le pregunté con tono intimidante.

Entré y cerré la puerta.

—¿Qué cara?

Puse los ojos en blanco.

—Esa cara de tonta —dije, haciendo un gesto con la mano mientras me acercaba a su escritorio.

—Porque parecía que estabas hablando sola ahí delante de la puerta.

Abrí mucho los ojos.

— ¿Me estabas espiando? — Me puse las manos en la cintura, indignada con él.

Rossi se rió.

—Hay una cámara ahí fuera —explicó, encogiéndose de hombros.

Miré a mi alrededor, buscando; acabé encontrando un pequeño monitor en la pared, en la esquina de la amplia sala.

—Qué cabrón. —Negué con la cabeza, todavía atónita. Cuando volví a mirarlo, me obligué a tragar saliva, porque no estaba preparada para la forma en que me miraba, como si quisiera devorarme entera.

Imágenes fugaces de nuestros momentos íntimos volvieron a invadir mi mente, desestabilizándome y convirtiéndome en rehén de un deseo repentino. Ya no podía controlarme.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Observando sus ojos atentos a cada uno de mis movimientos, rodeé la mesa y me coloqué frente a él, después de que apartara la silla para hacerme espacio.

—¿Te has dado cuenta de que acabo de ducharme? —le pregunté en un susurro, sentándome en su mesa y abriendo las piernas. Solo llevaba una falda corta, así que sus ojos se posaron enseguida en mis braguitas.

—¿Y qué? —replicó, con brusquedad.

¡Ignorante!

—¿Y qué si mi fuego no se ha saciado...? —Me quité las sandalias y, a continuación, levanté el pie y lo apoyé en su hombro. Rossi no se movió, aunque sus ojos no se apartaban de entre mis

piernas. —Soy una pantera, Rossi... —esta vez, sus ojos encontraron los míos, brillantes y cargados de pura lujuria—. Y ayer me provocaste. —Levanté el otro pie, asegurándome de mostrarme toda ante él—. Ahora quiero más.

Apenas terminé de hablar, y el hombre acercó la silla, deslizando una de sus manos por mi nuca, mientras la otra se adentraba entre mis piernas, masajeándome por encima de las bragas húmedas.

—No sabes con quién te estás metiendo, chica... —me advirtió, mordiéndome la barbilla antes de lamer mis labios sedientos. Yo ya estaba completamente perdida en el puro deseo, deleitándome únicamente con la presión de su tacto sobre mi clítoris palpitante. —Te puedo asegurar que lo mejor sería que siguieras odiándome y manteniéndome alejada.

—Pero, ¿por qué mantener alejado lo que quiero dentro de mí? —Llevé la mano hasta su erección.

El rugido que escapó de sus labios fue tan aterrador como excitante. Me estremecí de la cabeza a los pies.

De repente, presionó sus labios contra los míos en un beso crudo y casi cruel. Pero no me importó, al contrario, me encantó. Sentí cómo, con agilidad, me rasgó las braguitas de encaje, antes de apartar sus labios y devorarme ahí abajo, haciéndome gemir descaradamente.

Me eché hacia atrás, sobre la mesa, pellizcándome los pezones mientras me deleitaba con todas las sensaciones maravillosas que esa boca hábil me estaba proporcionando. Sin ningún control sobre mi mente traicionera, empecé a preguntarme cuántas veces habría hecho lo mismo, pero con otras mujeres. ¿Se habrá enamorado alguna vez? ¿Habrá permitido que otra mujer le acariciara la espalda?

¡Mierda!

De repente, me enfadé y ya no quise sentir sus manos sobre mí.

Sin embargo, antes de que pudiera apartarlo, me hizo bajar de la mesa y me giró bruscamente. A continuación, me hizo sentarme sobre su erección gigantesca y llena de venas prominentes.

¡Oh, Dios mío! Podría esperar para alejarme más tarde...

Poco a poco, y con su ayuda, me fui sentando... llenándome de su grosor y longitud.

—¡Joder! Estás tan estrecha... —gimió con placer contra mi oído, lamiéndome la piel mientras lo hacía.

En cuanto lo sentí por completo, Rossi esperó a que me acostumbrara a su invasión, pero enseguida me agarró por las caderas y, lentamente, fue marcando un ritmo de arriba y abajo.

Me mordí los labios, tragándome los gemidos escandalosos que deseaba dejar escapar mientras mi marido me follaba sin piedad.

—¿Era esto lo que querías, nena? —susurró, abriéndome las piernas a la fuerza y llevando sus dedos hasta mi clítoris. Gemí con los ojos cerrados, adorando toda esa salvajería. —¿Querías que te follara así, con mi polla, de esa forma tan bruta?

— ¡*Argh*! Cállate y... no pares —murmuré, perdida en las sensaciones.

Su risa se hizo presente, provocándome deliciosos escalofríos.

Sus ágiles dedos seguían trabajando en mi punto sensible, despertándome a olas más intensas. En un momento dado, me di cuenta de que era yo quien estaba cabalgando como una *amazona*

sobre su polla, incapaz de controlar el deseo de correrme. Quería correrme desesperadamente.

Sin embargo, ocurrió algo que nos hizo parar. El insoportable de Manuele abrió la puerta, obligándonos a detener los movimientos eróticos.

Nervioso, Rossi acercó la silla más hacia delante, debajo de la mesa, para ocultar que todavía estábamos unidos.

—¿Molesto? —preguntó el idiota, señalándonos a uno y a otro, entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Podrías haber llamado a la puerta. —Rossi verbalizó lo que yo deseaba haber dicho. De repente, se movió, y tuve que taparme la boca y bajar la cabeza para ahogar el gemido. —Por lo que yo recuerdo, la educación siempre ha formado parte de esta familia.

— ¡Vaya! —exclamó, levantando las manos como si se rindiera —. Lo pillo, ¿vale? —Para mi desgracia, se sentó en uno de los sillones—. Solo necesitaba hablar contigo de algo urgente.

Todo mi cuerpo hiperventilaba, porque, a pesar de toda la incomodidad, me sentía al límite. Era como si la adrenalina estuviera aumentando mi excitación.

Una vez más, Rossi se movió, fingiendo acomodarme en su regazo. Su mano me apretó la cintura, dejando claro lo excitado que estaba él también.

—Si lo prefieres, puedo salir para dejaros solos, cariño... —murmuré, solo para provocarlo, mientras volvía el rostro hacia él, que me miró con un brillo intenso en los ojos. Para castigarme, su mano volvió a posarse entre mis piernas, presionando los dedos con la fuerza justa sobre mi clítoris solo para volverme loca.

—No te preocupes, cariño, porque tú y yo todavía tenemos asuntos pendientes aquí... —insinuó.

No estaba segura de si su insoportable hermano se estaba dando cuenta de algo, porque incluso nuestras respiraciones se habían acelerado. ¡Caramba! Estábamos teniendo sexo allí... debajo de la mesa.

—Veo que vosotros dos os estáis entendiendo —sonrió Manuele, señalándonos—. ¿Debería preocuparme?

Puse los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que puede pasar cuando me enfado... —No me pude resistir, lo que hizo que él pusiera mala cara al instante, probablemente recordando aquella vez que le di un rodillazo en la nariz.

—Eres una psicópata —gruñó.

—Demasiado insoportable —le respondí en el mismo tono.

Me tragué la avalancha de insultos cuando empecé a sentir esa gigantesca ola de placer. Era una petición de mi cuerpo para lanzarse desde lo alto de la montaña.

Desesperada, me obligué a fingir algo solo para poder deleitarme con la polla de mi marido a mi antojo.

—Oh... —me llevé la mano a la oreja—. Creo que se me ha caído un pendiente.

Al instante, me agaché, fingiendo buscar algo inexistente y aprovechando para contonearme un poco sobre su regazo, mientras él mantenía las manos en mi cintura.

No escuché nada más de lo que decían los dos, porque simplemente me dejé llevar por la excitación.

Por el deseo a flor de piel.

Por la lujuria que se apoderó de cada poro de mi ser.

Me mordí la mano para impedir que se me escaparan los gritos cuando el orgasmo me derribó, provocándome espasmos violentos. Aún recuperándome, sentí cómo Rossi me levantaba hacia él, castigándome con embestidas duras antes de detenerse, besándome como un hambriento, sin ningún control.

Ni siquiera me di cuenta del momento en que volvimos a quedarnos solos en la sala.

—Estoy empezando a estar de acuerdo con lo que dicen mis hermanos sobre ti, nena —declaró, sin aliento—. Estás loca.

Sonreí contra sus labios, todavía con los ojos cerrados y frotando mi cara contra su barba sin afeitar.

—Lo soy y no lo niego —murmuré, provocándole una carcajada sonora. —No tengo motivos para ignorar mi fuerte personalidad, Rossi. —Abrí los ojos para mirarlo a los suyos—. Al igual que no veo por qué ignorar tus maravillosos atributos... —Me moví un poco, lo que le hizo gemir, ya que aún estábamos unidos—. Por cierto, deberías dejarte crecer la barba.

Decidí levantarme, sintiendo una sensación extraña al sacarlo de dentro de mí. Al instante siguiente, miré hacia abajo cuando un líquido blanco comenzó a resbalar por mi muslo.

— Perdóname. — Lo miré al oír su tono de arrepentimiento. — No pude contenerme debido a toda esa situación con la invasión de Manuele. ¡Mierda! — Abrió un cajón y sacó un rollo de papel de cocina de dentro. — Ven aquí...

Obedecí, observando cómo me limpiaba con delicadeza. Aunque ni siquiera parecía darse cuenta de ese detalle tan contradictorio con su personalidad arrogante.

Aunque intentaba evitarlo, me di cuenta de que estaba deseando conocer al hombre que se escondía tras toda esa coraza tan fea.

—Voy a pedir que te pongan una cita con esas doctoras, todas mujeres, para que tengas todo el apoyo necesario ahora que...

—¿Estamos follando como dos conejos? —pregunté, interrumpiéndolo. Su mirada se cruzó con la mía y se rió. Fue una sonrisa preciosa, porque no pareció forzada.

—Es que no quiero que te quedes embarazada —declaró, terminando de limpiarme.

Fruncí el ceño, bajándome la falda y apartándome un poco.

—¿Por qué? ¿No es eso lo que desea todo líder de una organización como la tuya? ¿Tener un heredero?

Negó con la cabeza, y no se me pasó por alto la sombra que se deslizó por sus ojos.

—No es mi caso —dijo, casi con brusquedad—. No quiero ese tipo de responsabilidad.

No entendí por qué sus palabras me desestabilizaron, pero algo en mi pecho se oprimió.

Nerviosa, me recompuse, enderezando el cuerpo y respirando profundamente. De repente, recordé el verdadero motivo que me había llevado hasta allí.

—Quiero pedirte permiso para salir —dije, cambiando el tema de la conversación.

Rossi parpadeó, mirándome con desconfianza.

—¿Salir?

—Sí. —Me sequé las manos sudorosas en la falda—. Quiero visitar a una persona. Puedes dejar que Paola venga conmigo, si quieres —añadí al ver que sus cejas se arqueaban con desconfianza.

—Ella ya tiene una misión —replicó, recostándose contra el respaldo de la silla—. Por cierto, ¿todas esas marcas moradas en tu cuerpo las ha causado ella? ¿Debería preocuparme por esos entrenamientos?

Mis labios se curvaron en una sonrisa cínica.

—Te aseguro que su cuerpo no es diferente al mío —levanté la nariz, presumida.

Puso los ojos en blanco, fingiendo aburrimiento, pero divirtiéndose.

—Voy a pedirle a Mariano que te acompañe —aviso, cogiendo el móvil—. Así estaré más tranquilo.

Me mordí el labio, luchando por no ser grosera. Odiaba que me obligaran a tener a alguien siguiéndome todo el tiempo.

Pero al menos no sería el insoportable de Manuele.

—Por cierto, ¿a quién vas a visitar? No conoces a nadie aquí. —La desconfianza no solo se reflejaba en su tono de voz, sino también en su mirada.

Respiré hondo.

—A una mujer que convivió conmigo cuando yo aún era una niña y venía a Italia —respondí, evasiva—. Quiero echar un poco de menos a mi madre, porque las dos eran muy cercanas. Eso es todo.

Rossi se quedó mirándome fijamente durante un rato, como si me estuviera estudiando para descubrir si decía la verdad o no. Pero al final, hizo esa llamada a su hermano, y me vi respirando con normalidad.

Era muy difícil, y agotador, ocultar mis verdaderas emociones e intenciones.

Más aún cuando la fuente de toda mi desestabilización emocional estaba cerca. Rossi no debería tener tanto control sobre mí, más allá de lo que exigía su cargo.

Pero entonces, ¿por qué estaba ocurriendo justo lo contrario?

Capítulo 12

Rossi

Mientras miraba las imágenes de seguridad de la mansión del viejo Billy, sentía que mi corazón latía con fuerza, mientras mi sed de sangre ansiaba, desesperadamente, ser saciada.

—La empresa contratada para el bufé de esa noche no supo dar información clara sobre los empleados que formaban el equipo —comentó Manuele, sentado a mi lado. Puse pausa a la imagen cuando un hombre apareció en la pantalla; el rostro no se veía bien enfocado, pero se podían ver las cicatrices. Apreté la mandíbula, sintiendo la fuerza de mis oscuros impulsos.

—¿Cómo van las investigaciones sobre este tipo? —pregunté, dejándome caer contra el respaldo de la silla.

Observé cómo Manuele se llevaba un cigarrillo a los labios, abría la tapa de su mechero de metal frío, antes de encender el cigarrillo y dar una larga calada.

—Fillipo quedó en hablar con Jack.

Jackson Davis era un estadounidense que llevaba más de diez años viviendo en Italia. Con habilidades que nadie más poseía, Jack era el mejor investigador del mundo del hampa. Dotado de una inteligencia excepcional, acabó convirtiéndose en alguien insustituible. Sin embargo, siempre estaba dispuesto a responder a la llamada de los Fratelli.

Desvié la mirada más allá de la mesa y me topé con Fillipo, sirviéndose una copa de whisky.

—Por desgracia, no está en Italia, pero me ha asegurado que llegará la semana que viene —dije. A continuación, ambos miramos en dirección a unos ruidos escandalosos. Luca estaba sentado, deleitándose con una chica que le chupaba la polla, mientras él bebía coñac directamente del cuello de la botella.

— ¿Quieres hacer el favor de echar a esa chica, joder? —gritó Manuele, impaciente. —Guárdate tus obscenidades para cuando estés solo.

Luca se rió.

—A veces se me olvida que ahora os habéis convertido en hombres domesticados y comprometidos —puso los ojos en blanco, mientras apartaba con delicadeza a la preciosa chica rubia que tenía entre las piernas. Sonrió, la besó en los labios y le prometió que luego volvería a llamarla.

—Voy a ignorar la parte de tu frase en la que me calificas de «domesticado» —gruñí, sintiéndome inquieto.

Sin poder controlarlo, mi mente me llevó al momento de antes, en la oficina. No podía imaginar el cambio drástico que sufriría mi relación con Maya, y en tan poco tiempo.

Los sentimientos.

Las emociones.

Las miradas.

Los roces.

Sí, era una mujer difícil de manejar, pero eso la hacía aún más sorprendente, porque nunca sabía cuál sería su próximo paso y eso era jodidamente excitante. Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios cuando un único pensamiento se fijó en mi cabeza...

Mía.

Maya era mía.

— ¿Y estás intentando convencernos de eso, o intentando convencerte a ti mismo? — Preguntó Manuele.

Lo miré, y parecía divertido.

— ¡Que te jodan! —exclamé, irritado.

—Por cierto... —Luca miró a su alrededor—. ¿Dónde está Mariano?

— Se ha ido con Maya —respondí, volviendo a fijar la vista en la pantalla del ordenador, donde la imagen del hombre *sin rostro* estaba en pausa.

— ¿Por qué?

—Porque esa psicópata no es de fiar, Luca, eso es todo. —Miré a Manuele con mi mirada más asesina.

— ¡*Vaya*! — Levantó las manos, riendo con torpeza. — Vale, ya paro. Lo pillo, *jefe*.

Respiré hondo, enderezándome en el sillón.

—No soy tan idiota como para creer que Maya ya se ha conformado con su nueva vida —murmuré con un suspiro—. Ella pidió salir a dar un paseo, pero algo en su mirada me puso en alerta. Por eso le pedí a Mariano que la acompañara.

—¿Entonces no fue porque tenías miedo de que esa loca se escapara? —se burló Luca, riendo como una hiena.

— ¡*Argh*! Sois unos idiotas. —Me llevé los dedos a las sienes—. Por cierto, ¿dónde está Ángel, Manuele? Me has traído hasta aquí para encontrarlo.

Estábamos en una de nuestras discotecas, que funcionaban día y noche.

Él miró la hora en su reloj de pulsera.

—Ya debe de estar llegando —afirmó.

— ¿Ya ha encontrado a su hermana? —pregunté, angustiado.

Negó con la cabeza.

Inquieto, me levanté y caminé por el espacio, insonorizado. Me acerqué a la ventana, mirando hacia la pista de baile de abajo. No era difícil imaginar a Bianca en medio de un grupito de chicas que bailaban como si no hubiera un mañana. Felices y disfrutando de los placeres de la juventud. Sin embargo, por desgracia, a mi angelito le habían arrebatado ese derecho.

—Durante mi viaje, para resolver algunos problemas relacionados con la mafia *Unità*, acabé descubriendo algunas cosas —declaró Manuele, recuperando mi atención. Negué con la cabeza, ahuyentando los recuerdos dolorosos.

— ¿Sobre el maldito Giuseppe? —preguntó Fillipo.

—Sí —respondió, apagando el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa—. La mayor producción de *cannabis* de la organización procedía de una finca a las afueras de Medellín, en Colombia; sin embargo, Alejandro se hizo con ella.

— ¿Ese desgraciado se hizo con el control del negocio? —preguntó Luca—. Pero entonces el viejo estaba, literalmente, en manos de ese infeliz.

—Los trabajadores me dijeron que había alguien detrás de todas las órdenes que daba Alejandro.

Franzi frunció el ceño.

— ¿Cómo es eso? ¿Otro líder?

Manuele se encogió de hombros.

—No supieron responder.

— Quizás ese «el Papa» —argumentó Fillipo.

Yo todavía estaba en las nubes cuando oí la voz de Enzo a través del auricular:

— Señor, hay un hombre que quiere verle —aviso.

Miré a Manuele, quien me susurró el nombre de Ángel, gesticulando.

— Puedes dejar que suba, Enzo —le permití.

Instantes después, el mexicano entró en la sala, esbozando una sonrisa discreta.

—Espero que no les molesten mis dos guardaespaldas —gesticuló hacia atrás, donde dos hombres fornidos permanecían de pie en la puerta.

Luca, prácticamente, gruñó.

— ¡Eres muy descarado, ¿eh, tío?!

Le levanté el dedo índice, obligándole a callarse de inmediato.

—Es un placer conocerte por fin, *capo* Rossi. —Nos dimos la mano y le indiqué uno de los sillones.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Manuele.

— Por favor —respondió.

Fillipo tomó uno de los asientos, mientras Luca refunfuñaba en voz baja. Su descontento con la alianza era evidente, ya que la

primera impresión no había sido de las mejores para él.

— ¿Y bien, Angel? —Me acomodé, mientras estudiaba el perfil del hombre que tenía delante—. ¿Está dispuesto a contarme toda la verdad sobre su familia?

El hombre abrió mucho los ojos, sorprendido por mis palabras.

—Hago mis deberes, *mio caro*. —Sonreí, enigmático—. Eres el heredero directo de Sebastián Herrera, el hombre que estableció una de las mayores estructuras de las organizaciones criminales de México.

—No lo voy a negar. —Se encogió de hombros, despreocupado —. Estoy orgulloso de haber ocupado su lugar para continuar con su legado.

Reflexioné sobre sus palabras, ya que parecíamos estar en igualdad de condiciones en lo que respecta al mando.

— ¿Qué le pasó?

Apretó la mandíbula.

—Lo mataron en una emboscada hace dos años, mientras intentaba rescatar a mi hermana, cuando la secuestraron — respondió en tono áspero—. Nuestra organización, en realidad, es la unión de decenas de pequeños grupos —explicó—. Y, sin duda, mi padre fue traicionado por alguno de ellos, teniendo en cuenta que era el hombre que lo dirigía todo.

—Entonces la emboscada no fue para tu hermana, en realidad, sino para tu padre —comentó Luca, dejando claro que estaba prestando atención a la conversación—. La chica solo fue el cebo.

El suspiro de Angel pareció doloroso.

—Nunca la encontraron. Ni viva ni muerta.

Mis dientes rechinaron.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras del maldito Alejandro antes de morir?

—Solo confió que la vendió a un turco, pero sin dar más detalles —siseó—. No supo decir cómo llegó mi hermana hasta él, teniendo en cuenta que el desgraciado trabajaba con un grupo enorme de traficantes.

—¡Hijo de puta! —rugió Manuele—. ¡Que se pudra en el infierno!

—Gracias a mis investigaciones y mis contactos, he conseguido una pista, pero no estoy seguro —confesó—. Un cliente mío, antes de morir, me dijo que había estado en una discoteca en Estambul, Turquía. Creyó haber visto a Rosa, mi hermana.

—¿Obligada? —pregunté, receloso.

—Mi hermana tenía 16 años cuando la secuestraron, *capo* —rugió, ofendido—. Así que créeme cuando te digo que, si se está prostituyendo, obviamente la están obligando a hacerlo.

—¿Por qué no has ido ya a comprobar si realmente es ella? —preguntó Fillipo.

Ángel volvió a suspirar, pero esta vez dejando entrever su expresión de derrota.

—Como jefe, tengo que cumplir las normas. —Me miró y yo asentí, porque sabía de lo que estaba hablando—. Mi organización no tiene permiso, ya que, en vida, mi padre acabó creándose enemigos. Hay un acuerdo y tengo prohibido poner un pie en Turquía. Si eso ocurre y me pillan, se declarará la guerra.

—Pero ya declararon la guerra cuando se llevaron a tu hermana —siseé, sintiendo el odio emanando por cada uno de mis

poros.

—No puedo probar nada.

Tragué saliva, pensativo.

Reinó el silencio, mientras ambos parecíamos atrapados en nuestros propios pensamientos.

—¿Qué quieres de mí, Ángel? —pregunté al final—. ¿Cómo crees que puedo ayudarte?

El mexicano me miró con una mirada perdida.

—Creí que me lo dirías.

Se levantó, arreglándose la chaqueta. Hice lo mismo, tendiéndole la mano.

—Te prometo que pensaré en una solución, *mi querido* —le aseguré—. Si tu hermana realmente está secuestrada, entonces iremos a rescatarla.

Con una débil sonrisa, me dio las gracias.

A continuación, saludó a mis hermanos y se marchó.

Me dejé caer en el sofá de nuevo, analizando todas las posibilidades.

— ¿En qué estás pensando, Rossi? —preguntó Manuele.

—Aún no lo sé, pero vamos a ir a buscar a la chica.

—¿Por qué? —preguntó Luca, sorprendido—. Ni siquiera es de la nuestra.

—Pero podría ser nuestra hermana —susurré, mirándolo con rencor.

Al instante, su rostro se ensombreció y apartó la mirada.

El ambiente se volvió tenso, y solo se rompió por el ruido de mi móvil.

— ¿Qué pasa? — Contesté a Mariano.

— *Rossi*... — Me puse de pie al instante al notar su voz tensa. Llegué a oír, de fondo, el gruñido sordo de los perros de Maya.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, nervioso. —¿Dónde está Maya?

—*Ella*... —se quedó en silencio unos *instantes—. Se ha escapado*.

Capítulo 13

Maya

— No entiendo por qué tienes que llevarte a tus perros, Maya —refunfuñó Mariano, en cuanto los dos nos subimos a su deportivo. — Esto es un rollo *de cojones*, ¿sabes?

—Los pesados sois todos vosotros, que no perdéis ocasión de hablar de Odín y Thor —le espeté, mientras me abrochaba el cinturón de seguridad—. Son como mis hijos; así que es más que obvio que los llevaré conmigo a dondequiera que vaya. —Puse los ojos en blanco, impaciente.

Oí su resoplido, pero simplemente lo ignoré.

Cuando el coche se puso en marcha, aún dentro de la finca, miré a mi cuñado con curiosidad.

—Estás cabreado por tener que acompañarme como una niñera, ¿verdad? ¡Confiesa! —No oculté el tono burlón—. Pero te adelanto que la culpa no fue mía.

Él se rió, mientras prestaba atención a lo que teníamos delante.

— Admito que las circunstancias del paseo no son algo que me guste mucho —reveló, tranquilo—. — Pero me gusta tu compañía, Maya. —Me sonrió.

Arqueé las cejas, sorprendida por su revelación.

—Vaya novedad —comenté, esforzándome por recomponerme —. A veces creo que soy un estorbo en esta casa. —Respiré hondo, contemplando el paisaje desde la ventana, en cuanto salimos por fin

de la finca. —Mi ideal de futuro nunca fue convertirme en la esposa de alguien que me impusieran, Mariano. Siempre soñé con conquistar mi felicidad, pero de otra manera.

— ¿Y qué manera sería esa? —preguntó, curioso.

—Ah... —miré mis manos, en mi regazo— Estudiar y llevar mi propia vida sin la intromisión de nadie, por ejemplo.

—Tu problema, querida, es que idealizas un tipo de libertad, pero no te permites vivir tu realidad —dijo él.

— ¿Cómo es eso?

— La sensación de libertad, para que no se quede solo en eso, en una sensación, debe formar parte de un camino, y un camino hay que construirlo y perfeccionarlo cada día, permitiendo que madure la libertad de cada uno —explicó—. ¡La libertad es algo que se construye. Y es una sensación interna que da vitalidad y alegría e impulsa a hacer realidad los verdaderos sueños! Y aunque la libertad externa es muy importante, la libertad interna lo es aún más, porque desarrolla la confianza, la resiliencia y da poder a la propia persona. Por lo tanto, ¡es importante cultivarla y ponerla en práctica con madurez y sabiduría!

Negué con la cabeza, riendo con amargura.

—Bonitas palabras, debo destacar—, declaré. —Pero para mí no son más que eso... palabras. —Puse los ojos en blanco—. Tu hermano ni siquiera me deja salir sola, ¿cómo quieres que cultive este tipo de realidad abusiva?

El idiota volvió a reír, esta vez con ganas.

—El cuidado no debe confundirse con abuso, Maya —argumentó—. Eres la esposa del líder de una organización enorme, querida, así que es obvio que él quiera mantenerte a salvo. De

hecho, cuando se trata de la familia, Rossi nunca escatima esfuerzos.

Aparté la vista de la carretera, interesada en la conversación.

—Paola me contó una historia sobre una familia que perdió a...

—Eso es lo que hace, Maya —me interrumpió con impaciencia —. Ella cuenta historias.

Fruncí el ceño, divirtiéndome con su repentino cambio de actitud.

—Ay, los hombres sois tan predecibles —comenté, sacudiendo la cabeza y riendo.

— No lo entiendo. —Me miró de reojo.

—Solo tuve que mencionar a Paola y ya te pusiste nervioso. — Le hice un gesto. —¡Cuidado, eh?! En cualquier momento empezarán a darse cuenta —insinué, provocándole.

— No digas tonterías —me advirtió, nervioso—. No hay nada que notar. Paola y yo solo somos compañeros de trabajo y miembros de la misma familia.

—Ajá, ya —dije con desdén—. Entonces supongo que no te importará si te enteras de que ella y Enzo están teniendo encuentros calientes, ¿eh?

— ¿Qué? — Se le fue todo el color de la cara y se vio obligado a frenar el coche de golpe.

—¡*Vaya*! ¿Te has vuelto loco? —Miré hacia atrás, preocupada por el tráfico de la autopista—. No puedes parar en medio de la carretera, Mariano.

Palermo es una ciudad grande, pero con una infraestructura un poco inadecuada para su tamaño, lo que convierte el tráfico en un

auténtico caos.

Temblando, metió la marcha y, a continuación, volvió a poner el coche en marcha, maldiciendo a los demás conductores.

Seguimos nuestro recorrido hasta el Centro Histórico, la parte más antigua de la ciudad, por los monumentos y l[1] .

—¿Qué estás diciendo? —insistió, dejando patente toda la inquietud que mis palabras le habían causado—. ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso los has visto juntos?

Las preguntas simplemente se le acumulaban en la boca.

—Preguntó el hombre que acaba de decir que es un pozo de sentimientos puramente amistosos —me burlé, divirtiéndome con su agonía.

Su impaciencia se hizo evidente cuando resopló audiblemente.

—Oh, puedes parar aquí. —Dirigí la mirada hacia el edificio antiguo que teníamos delante—. Es justo aquí.

Quizá fuera porque estaba distraído por lo que había dicho sobre Paola, o quizá porque estaba prestando atención a la maniobra de aparcamiento, pero con un movimiento ágil, le cerré el extremo de una esposas en la muñeca, mientras el otro extremo se fijaba al volante.

—Pero qué... —parecía incrédulo.

—Lo siento mucho, Mariano, pero no me apetece tenerte como mi sombra —murmuré, tranquilamente—. Te prometo que no tardaré mucho.

Su mano libre me agarró del brazo, empujándome hacia él, quien, esta vez, me miraba con irritación.

—Sabes que una simple esposilla no va a poder retenerme aquí, ¿verdad? —amenazó.

—Lo sé —confesé—. Pero mis perros sí lo harán.

A continuación, les di la orden a los dos, que se pusieron alertas y concentrados.

Salí del coche al son de los insultos de mi cuñado, pero los ignoré todos. Simplemente no quería que él supiera la información que estaba a punto de descubrir.

Caminar por aquellas calles estrechas y repletas de edificios bonitos —algo deteriorados, pero aún con su encanto— me hizo recordar las veces que estuve en Italia cuando era niño. En la mayoría de las visitas, estaba con mi difunta madre.

Al llegar a la puerta del edificio, casi en ruinas, respiré hondo, despejando mi interior de las emociones confusas. Necesitaba tener la mente despejada.

—Buenos días —saludé a la anciana que custodiaba la entrada —. Estoy buscando a la señora Carlota.

La mujer se pasó unos segundos estudiándome de arriba abajo.

—La conocí en el pasado, cuando mi difunta madre venía aquí —añadí.

—Su despacho está en esa puerta al final del pasillo —señaló —. Pero no sé si querrá recibirte, querida.

Al decir eso, volvió a concentrarse en su labor manual, fingiendo que yo no estaba allí.

Puse los ojos en blanco ante su falta de educación, pero acabé dejándola allí, ya que tenía prisa.

Prisa por obtener información.

Vacilante, levanté la mano y toqué la madera de la puerta. Di dos golpes hasta que oí un grito desde dentro que me invitaba a entrar.

Con cautela, abrí la puerta, observando cada detalle. El lugar era espacioso, pero estaba lleno de muebles y objetos extraños, además de mucho humo de incienso.

—Perdóname, querida, pero no has concertado cita —oí, aunque aún no veía a la mujer—. Madame Carlota solo atiende con cita previa.

—Me llamo Maya —expliqué, mirando a mi alrededor en busca de la dueña de la voz—. No sé si lo recordará, pero estuve aquí con mi madre hace mucho tiempo. ¿Le dice algo el nombre de Karen Johnson?

—¿Karen? —Me giré de repente y me encontré con una mujer de piel oscura y pelo al *estilo* rastas—. ¿Karen Johnson? —Parecía genuinamente sorprendida—. ¿Eres su hija?

Asentí, nerviosa, cuando ella, sin más, se acercó, como si fuera a examinarme minuciosamente.

—¡Vaya! Ahora sí que te recuerdo, jovencita —afirmó, mirándome de arriba abajo—. Recuerdo que siempre me fascinaron esos ojos enormes e increíblemente azules. —Me sujetó la barbilla con la mano, para dar énfasis a lo que acababa de decir—. Unos ojos que heredaste de tu madre.

—Siempre fue una mujer preciosa —afirmé, sonriendo.

—Al fin y al cabo, ¿qué haces aquí, jovencita? —preguntó, tirándome de la mano y llevándome hacia donde había unas sillas. El olor a mirra, mezclado con alguna hierba diferente, me estaba dando náuseas. —Por lo que recuerdo, tu madre ya está muerta.

Me mordí los labios, sintiendo cómo el dolor me llegaba al pecho.

—Sí, así es —confirmé con un suspiro. —Pero creo que usted puede ayudarme. —Miré fijamente su rostro de aspecto cansado—. Puede parecer un poco ingenuo por mi parte, pero ¿por casualidad mi madre llegó a comentar que mi padre la estaba traicionando? —Sus cejas se arquearon—. Quizás en relación con algún hijo que tuvo fuera del matrimonio...

Me callé, observando la expresión pensativa de la mujer. Yo era muy pequeña cuando mi madre empezó a frecuentar aquel lugar, pero recordaba que ella decía que estaba en busca de una cura espiritual.

—A tu madre la engañaban constantemente, querida —mencionó—. Y empezando por ella misma, que no tenía valor para poner fin a ese matrimonio fallido.

Fruncí el ceño, confundida.

—Pero yo nunca noté nada negativo —declaré—. Mis padres parecían felices.

—Las apariencias engañan —dijo, seria—. Tu madre era una mujer hermosa, pero completamente infeliz.

De repente, se levantó y recorrió la habitación, rebuscando algo dentro de unas cajitas.

—¡Ah, aquí está! —exclamó, volviendo a sentarse a mi lado—. En su última visita, trajo esto... —me entregó una especie de postal.

El papel estaba envejecido y amarillento.

—Filadelfia, Pensilvania —leí en voz alta. A continuación, le di la vuelta al papel para leer el reverso. —*«Siempre seré tu Oli. Te echo de menos».*

Le di la vuelta a la postal una y otra vez, tratando de entenderlo; tratando de encajar las piezas.

—¿Qué significa esto?

—Tu madre creía que esto lo había enviado la amante de tu padre —respondió. —Y que esa misma mujer estaba embarazada de él —explicó—. Karen se sintió tan decepcionada en aquel momento, y, sumado al hecho de que su enfermedad había avanzado, que acabó olvidando esta tarjeta aquí. Nunca volví a verla.

Se me humedecieron los ojos, pues pude imaginar el dolor que sintió mi pobre madre; el dolor de la traición.

—¡Entonces es verdad! Tengo un hermano —dije más para mí misma que para ella—. Es posible que, después de todo, mi madre muriera de pura angustia.

La mujer se encogió de hombros.

—No hay forma de saberlo —dijo.

— ¡Dios mío! Ni siquiera sé qué decir. —Mis hombros se hundieron mientras me dejaba caer contra el respaldo de la silla—. Hace unas semanas, me encontré cara a cara con un chico que se hizo pasar por mi hermano, pero no quise creerlo. De hecho, es difícil de creer, porque eso significa que me he pasado toda la vida viviendo una ilusión. Y que solo yo he sido la engañada, ya que mi supuesto hermano sabe quién soy.

—Lo único que puedo hacer por ti, pequeña, y en memoria de tu madre, es mostrarte el camino —dijo ella, mientras anotaba algo en un trozo de papel—. En su momento, llegué a averiguar la dirección desde donde se envió esta postal.

Me la entregó.

— ¡MAYA!

Me estremecí al instante y se me cayó el papel al suelo.

— ¡Maldita sea! Es mi marido —dije, balbuceando, mientras recogía del suelo el papel con la información, junto con la postal, y lo guardaba dentro de mi sujetador. Me levanté de la silla. — Por favor, no le diga nada. Por favor, señora Carlota.

La mujer, de aspecto casi caricaturesco, también se puso de pie. Abrió la boca para hablar, pero no tuvo tiempo, ya que al instante siguiente se derribó la puerta y ambas presenciamos la repentina entrada del hombre imponente.

No hacía falta ser un genio para saber lo furioso que estaba. Tragué saliva, imaginando lo jodida que estaba.

—¿Qué coño es este sitio? —gesticuló, mirando de mí a la mujer, aunque fijando sus fríos ojos únicamente en la pobre desgraciada—. ¿Quién eres tú?

— ¿Pero qué es esto? — Me entrometí, colocándome delante de él. — Guarda esa pistola ahora mismo, Rossi — susurré, sintiendo cómo la desesperación me dominaba. Le puse las manos en el pecho, sintiendo cómo me vibraban los dedos debido a los latidos acelerados de su corazón. — Sé que toda la situación parece extraña, pero puedo explicarlo.

—¿Entonces este es tu marido, querida? —preguntó la señora, haciendo que Rossi volviera a fijar su atención en ella—. Ahora entiendo por qué has venido a buscarme.

Rossi frunció el ceño.

— ¿Cómo que no? ¿De qué está hablando esta vieja loca? — rugió—. Por cierto, ¿por qué has encerrado a Mariano en el coche, *joder*?

— ¡*Argh*! ¡Deja de gritar, joder! —maldije, avergonzada por su escándalo—. Por si no te has dado cuenta, este es un lugar

espiritual, y decidí venir aquí para buscar energías positivas para nuestro matrimonio —mentí descaradamente—. Me dio vergüenza que tu hermano lo viera, por eso lo dejé en el coche. ¿Satisfecho?

Su expresión se quedó tan sorprendida que tuve que contenerme al máximo para no reírme.

Cogida por sorpresa, me agarró del brazo y, sin más, me arrastró fuera del lugar.

En el pasillo vacío, me empujó contra la pared, sujetándome la pierna izquierda entre las mías y colocando las manos a ambos lados de mi cabeza. Sus ojos eran como llamas clavadas en los míos.

—¿Qué voy a hacer contigo, chica? —La pregunta no fue más que un siseo.

Mi pecho subía y bajaba debido a la mezcla de excitación y adrenalina.

Le sostuve la cara con las manos, adorando el cosquilleo de su barba en mi piel.

—Ahora mismo, solo quiero que me beses, marido.

No esperé a que lo pensara mucho. Pegué mi boca a la suya, invadiendo el espacio con mi lengua sedienta.

Increíblemente, cuando estábamos juntos así, era capaz de olvidarme de todo lo demás y solo sabía sentir, sentir y sentir...

No debería, pero poco a poco me iba permitiendo más y más; no solo mi cuerpo, sino también mi corazón.

Y esa constatación me ponía extremadamente nerviosa.

Capítulo 14

Rossi

Aún podía sentir los restos del pánico, mezclados con la irritación que sentí al descubrir la pequeña travesura de Maya. Desde la pérdida de Bianca, simplemente dejé de tener emociones; esas sensaciones solo afloraban cuando le causaba dolor a alguien. Sin embargo, ahí estaba mi corazón, latiendo con fuerza en mi pecho.

—Lo siento mucho, Mariano —dijo ella, tan pronto como nos acercamos a mi hermano, unos minutos después. Él estaba hablando con alguien por teléfono, pero colgó al vernos. —Te juro que no fue nada personal —añadió, sin saber muy bien qué decir.

Mi mano le acariciaba la espalda, mientras mi mente aún intentaba procesar todo lo que acababa de pasar.

—Definitivamente, estás loca, chica —gruñó él—. Odin y Thor casi me matan. Fue pura suerte que pudiera salir del coche.

Al abrir la puerta trasera, dejó salir a sus perros, acariciando la cabeza de cada uno con cariño.

—*¡Ay*, ya te he pedido perdón, por Dios! —refunfuñó, impaciente, alejándose con el ceño fruncido.

Mariano maldijo entre dientes, visiblemente frustrado.

—Te llevaré a casa —le avisé, exhalando.

—Enzo irá contigo, junto con algunos hombres más —decretó, serio. Algo en su tono de voz me hizo fruncir el ceño.

—¿Ha pasado algo? —pregunté con recelo—. Pareces más irritado de lo normal, y tengo la sensación de que no tiene que ver exclusivamente con lo que ha hecho Maya.

Negó con la cabeza.

—No es nada —afirmó, claramente evitando el tema—. Me voy a la discoteca. —Abrió la puerta de su coche y se puso al volante—. Si pasa algo, estaré al teléfono.

Me quedé parado unos instantes, pensativo.

—Se enfadó bastante, *¿verdad*? —me confió Maya, colocándose a mi lado—. No era mi intención molestarlo, te lo juro.

Negué con la cabeza, riendo, mientras la miraba, y ella me devolvía la mirada con una expresión fingida.

—Si no supiera de lo que eres capaz, hasta te creería.

Volví a darle una palmada en la espalda y, a continuación, recorrimos la corta distancia hasta mi coche blindado.

Maya se sentó en el asiento del copiloto, mientras yo me ponía al volante.

—¿Cómo sabías lo de esa mujer? —pregunté—. Habías dicho que ibas a visitar a una mujer del pasado de tu madre.

—Detecto un tono de reproche en tus palabras —murmuró, aunque parecía divertida—. Fui a buscar buenas energías para los dos, Rossi. Deberías alegrarte por el bonito gesto que tuve

No pude contenerme y me eché a reír a carcajadas.

—Hace mucho tiempo que dejé de creer en esas cosas —fui sincero.

—¿Qué cosas? ¿En las vibraciones positivas?

Solo asentí, sin decir nada.

Por el retrovisor, pude ver que el coche de Enzo me seguía, así como otros dos justo detrás de él.

—Sí —respondí—. Es agotador creer. Al igual que también es agotador confiar.

Noté su silencio, así que la miré de reojo.

— ¿Cómo van las investigaciones sobre el allanamiento de la mansión de papá? —Cambió de tema drásticamente.

Negué con la cabeza.

—No te preocupes, porque estamos trabajando en ello —respondí, evasivo—. No hay necesidad de que te preocupes por eso.

Oí su resoplido de pura frustración.

— ¡Ah, claro que no! —exclamó—. Porque es más placentero llenarme el coño con tu polla, ¿no?

Abrí los ojos como platos, asombrado por sus palabras.

— *¡Joder*, chica!

—¡No he dicho ninguna mentira! —murmuró, cruzando los brazos y desviando la mirada hacia fuera de la ventana—. Tenéis la costumbre de creer que nosotras, las mujeres, somos frágiles. Incluso hay algunas así, como Beatrice, por ejemplo, pero no es mi caso.

Fruncí el ceño.

Abrí la boca para hablar, pero acabé dudando al percibir un movimiento extraño en el tráfico.

Pulsé un botón en el salpicadero para comunicarme con Enzo.

— Ese coche negro me está siguiendo.

Maya se alteró, nerviosa por mi comentario.

—*Voy a sacarlo de la carretera, señor* —aviso él.

—¡No! —exclamé—. Solo aléjate, junto con los demás, y déjamelo a mí. Tengo un plan.

Colgué.

— ¿Qué quieres decir, Rossi? ¿Qué coño está pasando? —gritó Maya.

— Puede que me equivoque, pero creo que el hombre del coche de atrás es el mismo que estuvo en la mansión de Billy aquella noche.

Desesperada, giró el cuerpo para poder ver mejor.

— ¿Nos puede ver? ¿Qué crees que quiere?

El nerviosismo parecía emanar de cada poro de su piel, y eso me provocó una sensación de impotencia, pues no podía permitir que le pasara nada.

—Ya lo averiguaremos, cariño —dije, haciendo una maniobra arriesgada, pero que nos sacó de la carretera asfaltada y nos llevó a un camino de tierra estrecho.

Tal y como imaginé que pasaría, el coche oscuro siguió siguiéndonos.

Sabía adónde me dirigía, así que me esforzaba, a toda costa, por mantener la compostura, aunque el pánico reflejado en los ojos azules de Maya amenazaba con desestabilizarme en cualquier momento.

Pisé el acelerador y gané algo de distancia.

—Ve a la parte de atrás y sujeta a tus perros —le pedí—. Vamos a chocar.

—¿Qué? —gritó, aterrorizada.

—Solo haz lo que te digo, Maya, por el amor de Dios —murmuré, cansado de que siempre me desafiara.

En cuanto tomé una curva larga y me aseguré de la distancia que había ganado, frené bruscamente y, a continuación, ordené:

— ¡Bájate ahora mismo y escóndete detrás de esas rocas! — le indiqué.

— Pero dijiste que...

— ¡HAZ LO QUE TE DIGO, JODER!

Y ella lo hizo, dejándome aliviado, aunque no menos aprensivo.

Pocos instantes después, volví a poner el coche en marcha. El perseguidor no tardó en aparecer en mi campo de visión, lo que me hizo entrecerrar los ojos.

A pocos metros de llegar al acantilado, simplemente aceleré e hice la típica maniobra de «derrape», haciendo que el vehículo se deslizara de lado y, aprovechando un hueco, abrí la puerta y salté a la maleza. Mi cuerpo rodó y, rápidamente, me alejé para poder esconderme.

La explosión de mi coche me hizo dar un respingo de susto cuando cayó por la cima.

Me quedé en silencio en cuanto vi que el coche del perseguidor frenaba cerca del precipicio; el hombre se bajó y miró hacia abajo.

Rápidamente cogió su móvil e hizo una llamada, antes de volver al coche y marcharse de allí.

A hurtadillas, me arrastré por el bosque, teniendo cuidado de mantenerme siempre oculto mientras enviaba mi ubicación a Enzo.

Minutos después, encontré a Maya llorando, acurrucada detrás de la roca, tal y como le había ordenado. Odin y Thor estaban a su lado, protegiéndola.

—Maya...

Apenas me oyó y ya levantó la cara hacia mí, poniéndose de pie.

— ¡Oh, Dios mío, Rossi! —exclamó, lanzándose a mis brazos abiertos, casi tirándome al suelo con el impacto de su cuerpo contra el mío—. V-vi el coche caer por el precipicio y... —sollozó, incapaz de controlar las lágrimas y los temblores—. Tenía *tanto* miedo.

La abracé con más fuerza, aliviado al verla bien y a salvo.

De repente, se apartó y me miró con desconfianza, mientras se secaba las lágrimas que no dejaban de brotar.

— ¿Lo-lo hab*ías* planeado?

—Sí.

En ese mismo instante, sus ojos echaron chispas y no vi venir el movimiento de su mano cuando me abofeteó, furiosa.

—¡Podría estar muerta ahora mismo, idiota! —rugió, señalándome con el dedo índice—. ¡Tú podrías estar muerto! ¿En qué coño estabas pensando?

—Eso no viene al caso —dije, impaciente—. Ahora nosotros...

— ¿Nosotros? —preguntó, sarcástica—. ¿Qué nosotros? No pensaste en eso cuando decidiste actuar a mis espaldas.

—Maya... —intenté alcanzarla, pero ella se apartó.

—¡No me toques! —Saltó hacia atrás como un gato—. Eres un idiota. Un idiota incapaz de ver ni a un palmo delante de tus narices. —Volvió a llorar y, una vez más, intenté alcanzarla con mis manos ansiosas, pero sin éxito. —No te atrevas a acercarte a mí. —Los sollozos se intensificaron cuando su rostro se contorsionó ante mis ojos. —*Yo*... *yo* vi... el coche cayendo...

Haciendo caso omiso de su deseo de mantenerse alejada de mí, me acerqué, la abracé con fuerza y aguanté sus pequeños forcejeos en un intento por zafarse.

—Perdóname —susurré—. Estoy aquí.

Cansada, se dejó llevar y, por fin, la abracé.

—Pensé que estabas muerto —lloriqueó, mostrando una vulnerabilidad que rara vez veía.

Llevé mis labios a su frente, besando su piel una y otra vez, mientras apretaba su frágil cuerpo contra el mío.

Un movimiento en la carretera llamó enseguida mi atención, y sentí que Maya se estremecía.

— No pasa nada —le aseguré—. Es Enzo.

Rápidamente, nos dirigimos hacia mi guardaespaldas.

— ¡Señor! — Estaba pálido. — ¿Qué ha pasado?

Sin soltar a Maya, le dije:

—Todo ha salido según lo planeado —le informé, abriendo la puerta del coche e incitando a Maya a entrar, junto con sus inseparables perros—. Déjeme este coche. —Extendí la mano para pedirle la llave—. No les diga nada a mis hermanos, ya que hablaré con ellos en cuanto salga de la ciudad.

— ¿Pretende salir de la ciudad?

Asentí con la cabeza.

—Solo por unos días. —Di la vuelta al vehículo—. Gracias, Enzo.

Antes de entrar, volví a mirar a mi guardaespaldas:

— Por favor, borra mis huellas del accidente del acantilado.

— No se preocupe.

Dentro del coche, me encontré con Maya llorando en silencio, todavía en estado de shock.

Sabía que mi plan la asustaría de todos modos, pero verla tan asustada me causó remordimientos. Maya tenía el poder de quitarme las ganas de hacer daño a cualquiera que se atreviera a hacerle daño, aunque ese alguien fuera yo.

Opté por guardar silencio mientras giraba la llave en el contacto y ponía el coche en marcha para sacarnos de allí.

El viaje sería largo.

Capítulo 15

Maya

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté cuando entramos en la cabaña, prácticamente en medio de la nada, en algún lugar de Florencia. Esa había sido la primera vez que abrí la boca para hablar en todo el largo trayecto de más de doce horas. —Por cierto, ¿de quién es esta cabaña?

—Es mía —respondió, cauteloso, justo detrás de mí—. Y estamos aquí por nuestra propia seguridad, ya que, técnicamente, mi coche se ha caído por un precipicio.

—Ah, ya entiendo. —Solté una risa amarga, aún de espaldas a él, porque no me habría contenido si lo hubiera mirado a la cara. Estaba demasiado furiosa y habría acabado agrediéndolo. —¿Ahora pretendes simular tu muerte?

Oí su suspiro y eso me hizo mirarlo. Todas mis emociones estaban a flor de piel, aunque no entendía el motivo exacto. O mejor dicho, de aceptar lo que estaba escrito en mi frente.

Desde el momento en que sospeché que podría haberlo perdido, mi corazón me dolió como nunca. Lo amaba. Me había enamorado de mi marido.

— Maya, ya te he pedido perdón. — Bajó los hombros. — ¿Qué más quieres que haga?

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo la furia me dominaba por completo.

—¡Que te jodan! Eso es lo que quiero.

Al decir eso, miré hacia las escaleras y, acto seguido, subí al piso de arriba.

Solo había una habitación en esa planta, y en cuanto cerré la puerta tras de mí, me apoyé contra ella, enfadada por sentirme tan desbordada por mis emociones.

Respiré hondo, esforzándome por calmarme. Era ridículo que estuviera tan dolida por la actitud que había adoptado, pero lo estaba. Estaba resentida por saber que ni siquiera había pensado en mis sentimientos.

¡Maldita sea!

Pasándome las manos por la cara para secarme las lágrimas, y por el pelo para alisar los mechones revueltos, me concentré en la habitación mientras caminaba por ella. El armario estaba repleto de ropa de mujer y de hombre, lo que no me sorprendió en absoluto.

Sin ningún ánimo, elegí un vestido de punto, junto con unas braguitas. Sin sujetador.

El baño de la suite era tan lujoso como el resto de la propiedad; sin embargo, mis emociones —a flor de piel— no me permitían disfrutar de nada, salvo de la irritación que me provocaba Rossi.

Minutos más tarde, casi sintiendo que mi piel se marchitaba, decidí salir del agua caliente. Thor y Odin estaban dormidos a los pies de la cama cuando volví al dormitorio, terminando de secarme el pelo negro.

Me dolía la cabeza por todos los llantos que había tenido durante el viaje.

Por mucho que deseara seguir aislada y bien lejos del blanco de toda mi furia, decidí salir de la habitación y buscarlo en la planta baja.

El aroma que impregnaba el ambiente hizo que mi estómago protestara, porque, a pesar de toda la incomodidad, estaba hambrienta.

En el salón, me detuve al vislumbrar la enorme y majestuosa Luna saludándome a través de los ventanales.

Tuve la intención de acercarme más, pero la voz de Rossi me hizo detenerme:

—Espero que tengas hambre. —Giré la cabeza hacia él, dándome cuenta de que él también parecía haberse duchado. Deduje que debía de haber otro baño allí abajo. —Estoy preparando algo para comer.

—No sabía que cocinabas.

Se encogió de hombros, con aire avergonzado. Era como si estuviéramos allí atrás, al principio de la relación, sin saber cómo comportarnos el uno con el otro.

—Pues sí —dijo, gesticulando mientras se acercaba a mí—, sé arreglármelas cuando hace falta. —Se rascó la nuca.

—No sabía que cocinabas, Rossi —repetí, paseándome de un lado a otro—. De hecho, no sé nada sobre ti ni sobre tu familia. No nos conocemos. Y no confiamos el uno en el otro.

— Maya...

— Te juro que, por un momento, pensé que los dos íbamos hacia algo… diferente —declaré, interrumpiéndolo—. ¡Caramba, Rossi! ¿Ni se te pasó por la cabeza contarme lo del maldito plan?

Apretó la mandíbula.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta.

Gruñí, sintiendo cómo mis dientes rechinaban entre sí.

— No nací para ser la sombra. — Me acerqué a él, apuntando con el dedo índice hacia su rostro estúpidamente guapo. — Nací para ser luz, y la luz sirve para guiar.

Me detuve a centímetros de su cuerpo, sintiendo su aliento bañándome la cara. Sus ojos no se apartaron de los míos ni un segundo.

—¿Qué quieres de mí? —repitió la pregunta que me había hecho justo después de que saliéramos de la sala de la señora Carlota, horas antes. Su expresión revelaba todo el tormento que había en su interior; podía sentirlo emanando de él.

—¿Yo? —Hice un gesto, señalándome a mí misma. Las lágrimas volvieron a inundar mis ojos. —Quiero que me elijas. Quiero que me elijas para guiarte.

Nos quedamos mirándonos fijamente, mientras yo esperaba a que me dijera algo, pero eso no sucedió. Solo recibí su silencio.

Fruncí el ceño.

—¡Eres un idiota!

Le di un puñetazo en el pecho con todas mis fuerzas y, a continuación, me alejé marchando, subiendo las escaleras casi corriendo.

De vuelta en la habitación, cerré la puerta y me metí directamente en la cama. Sin embargo, no me permití seguir llorando.

Me tragué los sollozos y me acurruqué bajo las mantas, maldiciendo hasta la última generación del idiota que se hacía llamar mi marido.

***

Me desperté sudando. Abrí los ojos, tratando de acostumbrarme a la escasa luz.

No tenía ni idea de la hora que era, pero parecía que aún era de madrugada. Ni siquiera recordaba el momento en que me quedé dormida.

Aparté las mantas a un lado, ansiosa por aliviar el calor que me invadía por completo en ese momento. La verdad es que acabé teniendo un sueño erótico con Rossi, y mi cuerpo parecía estar sintiendo esas sensaciones.

Dirigí la mirada hacia los pies de la cama y me topé con mi marido, durmiendo en el suelo. Su sueño parecía tranquilo, lo que me permitió arrastrarme más hacia el borde para observarlo mejor. El hombre era hermoso en toda su gloria. La sábana solo le cubría la parte de abajo, y pude admirar su abdomen lleno de piercings, su pecho musculoso y sus hombros anchos. Por alguna razón, me parecían deslumbrantes todos esos tatuajes; tal vez fuera porque le daban un aire de chico malo.

¡Dios mío! Me estaba derritiendo de calor.

¿O sería de pura excitación?

Desesperada por acabar con ese cosquilleo entre las piernas, simplemente me quité las bragas y me tumbé con el vestido levantado. Abrí las piernas y bajé una de las manos, presionando mi clítoris. Inmediatamente cerré los ojos y dejé que las sensaciones se apoderaran de mi cuerpo febril. Me imaginé a mi marido, con ese cuerpo glorioso tumbado sobre el mío. Me retorcí contra mis dedos inexpertos, pero sintiendo cómo mi excitación crecía gradualmente.

De repente, empecé a imaginar que no eran mis manos las que estaban allí, sino las de Rossi; acariciando mis pechos, mientras hundía la lengua entre mis piernas. Me moví, arqueando la espalda,

aplicando un poco más de presión sobre el clítoris. Gemí un poco más alto, imaginando a mi marido sobre mí.

— Uhummm... Rossi, ¡oh!

— ¿Maya...?

Parpadeé, miré hacia abajo y me topé con Rossi, arrodillado a los pies de la cama. Desde donde estaba no podía verle los ojos con mucha precisión, pero podía sentir lo excitado y asombrado que estaba al verme en ese estado.

—¡No! —grité, en cuanto hizo ademán de acercarse.

—Pero... —casi se atragantó, mientras se acariciaba por encima de los pantalones—. Estás gimiendo por mí, cariño. Déjame ayudarte con eso...

Mi pulso se aceleró.

Aumenté la intensidad de los movimientos.

—*Yo*... sigo enfadada contigo —le advertí con un siseo—. Tu castigo será quedarte ahí... mirándome.

Arqueé un poco más la espalda mientras me acercaba al borde. Aumenté la presión de las caricias, más fuerte, más rápido. Gemí escandalosamente, sintiendo cómo se aceleraba mi pulso.

Estaba a punto.

Me retorcí desesperadamente y moví mis caderas más rápido, sacando y metiendo los dedos en mi canal, a un ritmo frenético. Los golpes hacían un ruido húmedo, dejando claro lo empapada que estaba.

Con los ojos entrecerrados, busqué a Rossi y me sorprendió encontrarlo a mi lado, desnudo, masturbándose también.

¡Joder!

¿Por qué tenía que ser tan deliciosamente sexy?

Mi cuerpo empezó a dar vueltas, en una espiral de placer, preparándose para la liberación.

—Oh, Rossi...

—Estoy aquí, cariño... —respondió él, acelerando el ritmo de sus movimientos, mientras me miraba directamente a los ojos, con la mirada ardiente.

Una última oleada de placer recorrió mi cuerpo cuando mis paredes pélvicas se apretaron alrededor de mis dedos, unos segundos antes de que me alcanzara mi glorioso orgasmo.

Me retorcí por completo, sin poder controlar los espasmos.

Ni siquiera tuve fuerzas para impedirlo cuando Rossi se tiró al suelo, de rodillas, y buscó mi mano para él, lamiéndome los dedos como un poseso.

Fascinada, observé el momento en que, con unos cuantos golpes más de su puño, él también se liberó, mientras chupaba mis dedos, que antes habían estado dentro de mí.

Deseé lamer ese líquido blanco y pegajoso que salpicó su vientre y su mano.

Me giré de lado y me quedé mirándolo. De hecho, él y yo parecíamos estar estudiándonos el uno al otro.

Tenía tantas ganas de entenderlo. Al igual que creía que él también deseaba entenderme.

Éramos, sin duda, un desastre.

Capítulo 16

Rossi

En éxtasis.

Estaba sumido en puro éxtasis.

No recordaba la última vez que me había sorprendido de esa manera, pero allí estaba yo... inmóvil, mientras contemplaba a la mujer que, poco a poco, se estaba adentrando en mi vida más de lo que me hubiera gustado. En el fondo, sabía que ella quería más... sin embargo, no encontraría nada bueno, porque no había bondad dentro de mí. Maya sin duda saldría corriendo muy lejos si conociera mi oscuridad.

Suspirando en voz baja, me puse de pie, orgullosamente desnudo. Cogí mi camisa y froté la tela contra mi vientre, limpiando los restos del mejor orgasmo de mi vida. Nunca olvidaría la sensación que tuve al despertar y encontrarme con ella, tocándose de esa manera tan... intensa, a pesar de ser inexperta. Tuve que contener la fuerza animal que había en mí para controlar el impulso de unirme a ella y cubrir su delicioso cuerpo con el mío. Casi rugi de puro deseo al oírla clamar por mí, a pesar de estar enfadada conmigo.

—¿Quieres darte un baño? —le pregunté, en un susurro seductor.

Maya siguió igual, tumbada sobre el colchón, pero con esa expresión de satisfacción en su precioso rostro.

Sus impresionantes ojos azules no se apartaban de los míos.

Sentía un miedo constante a que ella pudiera ver la oscuridad de mi alma.

—No voy a follar contigo bajo la ducha —me advirtió, con voz ronca. Me di cuenta cuando desvió la mirada hacia mi polla, aún erecta.

—Tú lo dices, cariño. Yo solo te he invitado a darte una ducha. —Solté una risita al ver cómo se sonrojaba.

Caminé desnudo por la habitación y me metí en el armario en busca de toallas.

Maya ya estaba de pie cuando me volví hacia ella. A pesar de la intimidad que acabábamos de compartir, seguía sintiendo una enorme distancia entre nosotros. Y no la culpaba por estar enfadada conmigo, porque yo no sabía cómo manejar los sentimientos.

En silencio, me dirigí al baño, seguida por ella.

Abrí el grifo de la ducha y suspiré cuando el agua fría rebotó en mi piel caliente.

—¡Ay! ¡Está fría! —se quejó Maya, haciendo que me fijara en ella dentro de la cabina.

No pude controlar mi mirada, que recorrió su cuerpo en cuanto se acercó, rozando sus pechos contra mi brazo mientras ajustaba la temperatura del agua. —¡Ya está! —exclamó, en cuanto el agua se volvió tibia.

—Déjame hacerlo a mí —comenté, quitándole el jabón de la mano.

Nos quedamos mirándonos mientras enjabonaba mis manos para, a continuación, comenzar a darle un masaje en los hombros.

Lentamente y con delicadeza, bajé las manos hasta sus pechos redondos y firmes, aprovechando para pellizcarle los pezones puntiagudos. Noté, deslumbrado, la forma en que se mordía los labios, como si estuviera conteniendo los gemidos.

—Tienes el poder de desarmarme, Maya —confesé de repente, aunque sin mirarla a los ojos. Seguí enjabonándole el cuerpo—. Me acusas de ser egoísta, arrogante y frío, y quizá sea todo eso, porque forma parte de mi naturaleza.

—¿Naturaleza? —preguntó ella—. ¿Por qué crees eso?

La hice darse la vuelta para que me diera la espalda y empecé a enjabonarle los brazos y el cuello, apartándole el pelo húmedo hacia un lado.

—Porque me criaron para dirigir los negocios criminales de mi padre. Maté por primera vez cuando tenía doce años. —Deslicé las manos por sus pechos y su vientre, extendiendo la espuma del jabón por su piel—. Pasé todo el día vomitando después de eso, pero al final, acabé disfrutando. Me gustó la sensación de poder que me proporcionó. Me gustó visitar el lado oscuro, Maya.

—Estás intentando asustarme.

Negué con la cabeza, riendo.

—Solo me estoy abriendo contigo y dejándote verme tal y como soy en realidad.

Ella se volvió hacia mí, mirándome con seriedad.

— Al contrario —replicó—, solo me estás haciendo ver lo que tú quieres que vea. Es diferente.

Abrí mucho los ojos, sorprendido por su perspicacia, pero enseguida me recuperé y volví a poner mi expresión neutra.

— ¿Por qué piensas eso?

—No lo creo. Lo sé —dijo, segura de sí misma.

A continuación, me quitó el jabón de la mano cuando intenté deslizarla entre sus piernas.

—Realmente eres arrogante y egoísta —declaró, haciéndome reír cuando puso los ojos en blanco—. También eres estúpido y, constantemente, me dan ganas de matarte mientras duermes... —Abrí mucho los ojos, asustado, y ella se rió—. Pero, en el fondo, puedo ver algo que intentas, a toda costa, ocultar.

Mi corazón empezó a galopar en mi pecho.

— ¿Qué?

Sus manos acariciaban mis hombros lentamente, mientras me miraba a los ojos sin apartar la vista.

—Vulnerabilidad —respondió sin pestañear—. Desconfías de cada chispa de afecto sincero que recibes, porque quizá no te sientes merecedor de ella. Al principio de nuestra relación, no creíste que sintiera deseo por ti y me agrediste con palabras. Tu forma de defenderte es el ataque. Lo entiendo, porque yo también lo hago.

Extendí las manos sobre la cerámica, sujetando a Maya y sintiendo el fuerte chorro de agua dirigido solo a mi espalda.

—Veo que ya te has formado una opinión y que de nada servirá que te diga que estás equivocada —murmuré, molesto por tus recientes palabras, pero tratando de no demostrarlo. La verdad es que algo dentro de mí se erizó, como si estuviera dormido, esperando solo el momento de la libertad. —No quiero hacerte daño. Pero estoy seguro de que acabaré haciéndolo si sigues insistiendo en acercarte a algo, dentro de mí, que ya no existe.

—¿Y a qué crees que estoy intentando acercarme?

Le cogí la mano y la llevé hasta mi pecho, sobre mi corazón acelerado. Vi cómo sus ojos se agrandaban en una mezcla de emoción e incredulidad.

—Hace mucho tiempo que dejé de sentir, Maya —confesé—. Porque me arrancaron el corazón.

—Pero yo lo estoy sintiendo —murmuró, juntando sus dos manos sobre mi pecho—. Lo estoy sintiendo latir tan rápido como el mío.

Al decir eso, me abrazó con fuerza, aplastando sus pechos contra mi pecho. Sin embargo, no fue eso lo que me inquietó, sino la constatación de lo que ella había dicho; ambos teníamos el corazón acelerado.

—Déjame ver —pidió de repente, aún abrazada a mí.

Lentamente, se apartó, acercando de nuevo su rostro al mío. Frunció el ceño.

—Déjame ver las cicatrices —precisó su petición.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Nadie había tocado nunca mis cicatrices. Ni siquiera había dejado que mis hermanos tocaran algo que era tan personal para mí.

Pero allí estaba yo, planteándome conceder ese permiso a la mujer más obstinada y testaruda que he conocido.

—¿Por qué? —La pregunta apenas se oyó.

—Porque siento que tienen un significado para ti —explicó ella —. No tienes que decirme nada ahora, solo déjame sentirlas. Confía en mí, Rossi, por favor.

Una sensación repentina me invadió mientras la miraba fijamente a sus intensos ojos azules. No lograba entenderlo. Solo sabía que creía en ella, que confiaba en ella. Era… instintivo.

Ese sentimiento había estado ahí desde que la conocí. Inconscientemente, había apartado esa intensa sensación porque me asustaba, pero se fue haciendo más fuerte a medida que pasaba más tiempo cerca de ella.

Respiré hondo por un segundo, antes de darle la espalda.

Cerré los ojos, mis párpados cayeron sobre mis mejillas, esperando...

Sentí cuando Maya movió la mano, posándola sobre mi hombro derecho.

Cuando las yemas de sus dedos tocaron, ligeramente, el inicio de una de mis cicatrices, me quedé completamente paralizado.

Apreté la mandíbula y cerré los puños, abriéndolos y cerrándolos mientras luchaba contra la tormenta dentro de mi pecho.

Maya deslizó suavemente los dedos por mi espalda, palpando mis cicatrices. Su tacto me hacía sentir como si solo fuera el viento rozándome.

No calculé cuánto tiempo pasó, pero de repente hubo una pausa.

—Mírame.

Al abrir los ojos, la vi frente a mí, mirándome con esos enormes ojos azules, paralizándome, junto con su presencia.

—Desde el instante en que las miré, en nuestra primera noche de casados, sentí que algo dentro de mí vibraba —dijo, sosteniendo

mi rostro y acariciando mis labios con su pulgar—. No entendí esa sensación en aquel momento, pero ahora lo comprendo.

Mi mente se aceleró al ritmo de mi corazón, mientras intentaba entender lo que Maya estaba diciendo.

— ¿Qué? — Ni siquiera reconocí la vulnerabilidad en mi tono de voz. — ¿Qué entiendes?

—La sensación de que serías mío —respondió—. Y de que yo sería tuya.

Las alarmas sonaron por todas partes, dejándome aturdido durante unos instantes, mientras seguía mirando a la mujer que insistía en mantenerme emocionalmente cautivo, aunque yo aún no comprendía mis verdaderos sentimientos.

No estaba seguro de si algún día desearía entenderlos.

Desesperado por acallar mi mente, rodeé su cintura con mis brazos y presioné mis labios contra los suyos.

El calor de mi cuerpo comenzó a calentar el suyo. Era como si mi oscuridad estuviera hirviendo en su interior.

Manteniéndola sujeta con mi cuerpo, mis dos manos agarraron con firmeza sus caderas mientras me inclinaba hacia delante, apoyando la cabeza en la curva de su cuello y respirando profundamente.

No había palabras que pudieran describir las sensaciones que ella me hacía sentir.

La verdad es que aquella chica, poco a poco, iba derribando a patadas y puñetazos cada ladrillo que levantaba a mi alrededor en busca de protección.

Lo único que no quería era que mi miedo a perder fuera más fuerte que mi deseo de vivir lo que estaba creciendo entre nosotros dos.

Capítulo 17

Maya

Abrí los ojos, bañada por los rayos del sol que atravesaban los cristales de la ventana de la habitación. No tenía ni idea de qué hora era, aunque tampoco me importaba.

Miré a mi alrededor, buscando a Rossi, pero, como siempre, no lo encontré. Nunca lo encontraba por las mañanas. Sospechaba que no conseguía dormir más de cinco horas por noche.

Suspirando, me estiré en la mullida cama, dando vueltas de un lado a otro y hundiendo la nariz en la almohada que él había usado; el perfume aún estaba allí... embriagándome con su delicioso aroma.

Repasando las últimas horas en mi mente, recordé lo que hicimos, lo que compartimos y el momento en que toqué sus cicatrices. Me mordí los labios, acomodándome boca arriba en la cama. Mirando al techo, levanté las manos a la altura de mis ojos. Era como si aún pudiera sentir las marcas gruesas y rosadas de la piel de Rossi en mis dedos.

Fue, sencillamente, la sensación más intensa que he experimentado en mi vida.

Me quedó claro el largo camino que el hombre aún tenía que recorrer para ser capaz de controlar su propia oscuridad y aprender a lidiar con los nuevos sentimientos. Pero yo estaba dispuesta a enseñarle. No bromeaba cuando dije que deseaba ser su luz guía.

Animada por la constatación de mi nueva realidad, salté de la cama y corrí al baño.

En el baño, me encontré con mi reflejo de mujer satisfecha y feliz. Nunca me ha costado asumir mis sentimientos y emociones, pues para mí, negarse a uno mismo lo que siente solo causa un desgaste innecesario.

Desde el momento en que descubrí que tendría que casarme con Rossi, líder de una poderosa organización, sufrí; sufrí porque no formaba parte de mis planes de vida casarme con un hombre desconocido; sufrí porque mis ideales eran otros, aunque siempre intenté respetar las reglas impuestas por mi padre. La verdad es que siempre tuve la esperanza de poder cumplir la promesa que le hice a mi difunta madre, antes de que ella muriera, de que no permitiría vivir una vida que no hubiera elegido; sin embargo, nada salió como había planeado.

Rossi no fue como me lo imaginaba.

Tuve un pequeño atisbo del hombre que se escondía tras todas esas cicatrices... y quiero rescatarlo.

Me eché un poco de agua en la cara, volví a la habitación y decidí ponerme solo una camisa suya. Negué con la cabeza, riéndome, porque hasta entonces todos sus trajes eran blancos.

Después de ponerme unas braguitas y recogerme el pelo, salí de la habitación.

Bajé las escaleras, frunciendo el ceño al percibir el silencio en la planta baja.

Recorrí las habitaciones, buscando, hasta que empecé a oír la voz de mi marido. Estaba fuera de la cabaña.

Abrí la puerta trasera y me encontré con un día soleado y un cielo azul y límpido. Por un momento, parpadeé, tratando de comprender la escena ante mis ojos incrédulos.

Rossi estaba lanzando palitos, mientras Odin y Thor corrían detrás, como dos desesperados, como si estuvieran buscando un tesoro.

Mi corazón latía desordenadamente al ver que él sentía cariño por mis perros, que eran mis bebés.

Ni siquiera tuve que hacerme ver, porque sus ojos enseguida me encontraron, y él sonrió, llamándome con la mano.

—No me habías dicho que se habían hecho amigos. —Señalé de él a Odín y Thor, que se tumbaron, royendo los palitos. Me lancé sobre sus hombros, sintiendo pequeños escalofríos cuando sus manos me acariciaron las nalgas.

—Y tú no me dijiste que saldrías de la cabaña llevando solo unas braguitas —replicó, malhumorado.

—Por el amor de Dios, Rossi, mira a nuestro alrededor —gesticulé—. No hay ni un alma viva aquí, aparte de nosotros cuatro.

Sus hermosos ojos se entrecerraron en mi dirección.

— ¿Estás celoso? —bromeé, mordiéndome los labios, pero acercándome un poco más para poder saborear los suyos.

—A veces, tengo dudas de si eres un ángel bueno o malo, ¿lo sabías?

Saqué la lengua rápidamente, solo para dar una generosa lamida a sus labios entreabiertos. Sus ojos se agrandaron, dejando clara su excitación.

— ¿Cuál prefieres?

Se rió, echando la cabeza hacia atrás.

Una risa placentera se apoderó de mis labios, porque me sorprendí admirando lo relajado que parecía.

—Por ahora, prefiero alimentarte, porque ayer te acostaste con el estómago vacío y no quiero verte enferma.

Entrelazó sus dedos con los míos y, acto seguido, empezó a acompañarme al interior de la cabaña.

***

—¡Dios mío! —exclamé con la boca llena, lo que hizo reír a Rossi—. Esto está divino. —Señalé mi tortita dulce—. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Con mi difunta madre —confesó, lo que me hizo arquear las cejas ante esa información gratuita. Nunca imaginé que diría eso. —Ella siempre afirmaba que, si dependiera de ella, sus hijos serían buenos hombres y buenos maridos para sus esposas.

Volví a llenarme la boca con el pastel relleno, dejando que el dulce se derramara un poco.

— ¿Y tú crees que estás haciendo un buen trabajo con tu esposa? —pregunté, atrevida.

Rossi estaba recostado en la encimera, mirándome comer, pero se acercó y se inclinó sobre mí, acercando los dedos para limpiarme la barbilla manchada de dulce. Se me hizo un nudo en la garganta.

— No lo sé con certeza, pero creo que tendré que preguntárselo a ella...

Los temblores, causados por su proximidad, mezclados con la intensidad con la que me miraba, me dejaron desesperada por más.

Terminé de comer y, a continuación, me acomodé en la silla.

Rossi deslizó el índice por mi brazo, lo que aumentó mis escalofríos.

—Ella cree que tus dedos van por buen camino... —murmuré, divertida.

Rossi se rió, y aproveché para tomarle la cara y unir nuestras bocas en un beso apasionado. Lo había deseado desde el momento en que lo vi jugando con mis perros.

A punto de levantarme y, prácticamente, obligarle a tomarme allí mismo, como una desesperada, nos interrumpió el sonido de su móvil.

Maldiciendo, Rossi me soltó mientras buscaba el móvil en uno de los bolsillos de sus pantalones.

—Mariano —dijo al contestar, mientras se alejaba.

Hice un puchero, porque la interrupción no podría haber sido más inoportuna.

Me quedé quieta, esperando a que colgara, unos minutos después.

—¿Y bien? —le pregunté, cuando colgó y volvió a prestarme atención. Llevaba los dos botones de la camisa desabrochados, dejando al descubierto un trozo de piel que deseaba lamer. —¿Me vas a decir qué está pasando?

Me miró fijamente, serio y pensativo a la vez. Llegué a pensar que no me respondería, pero me equivoqué.

—El hombre que nos persiguió por las carreteras de Palermo fue el mismo que saboteó la mansión de tu difunto padre aquella noche. —Abrí mucho los ojos. En el fondo, estaba evitando pensar en el tema. —Creemos que también es él quien está saboteando los negocios de Billy.

—¿*Por-por* qué? —tartamudeé, nerviosa—. ¿Han descubierto algo? —Necesitaba saberlo.

Rossi se encogió de hombros.

—No sabemos mucho —respondió con un gruñido—. Es muy hábil para esconderse.

—Pero entonces, ¿por qué no aprovechaste para atraparlo cuando tuviste la oportunidad? —aproveché la oportunidad para preguntar.

Sus hermosos ojos se oscurecieron.

—Porque tú estabas allí —declaró sin una pizca de remordimiento—. Nunca me lo perdonaría si te pasara algo, Maya, y fuera por mi culpa. —Mi corazón dio un vuelco—. Pero te aseguro que, sea quien sea ese hombre, pagará por haberse atrevido a tocarte allí en la mansión. Te lo prometo.

Me quedé sin aliento, sintiendo cómo la desesperación se apoderaba de mí.

—Pero no fue... —intenté decir que no había sido mi supuesto hermano quien me había herido aquella noche, pero él me lo impidió, interrumpiéndome y zanjando claramente el asunto:

—Ven conmigo. —Me tendió el brazo—. Quiero enseñarte algo.

Me tragué todo lo que iba a decir sobre mi supuesto hermano, llegando a la conclusión de que Rossi no lo entendería. Por ahora, me di cuenta de que sería mejor seguir guardando el secreto.

Dejé volar mi curiosidad y decidí seguirlo hasta el exterior de la cabaña, ansiosa por saber qué quería mostrarme.

Mis ojos se abrieron como platos, asombrados por el paisaje que vi ante nosotros. Había un precioso lago de aguas casi cristalinas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué cosa tan bonita! —exclamé, encantada.

Corrí hacia el agua, quitándome la camiseta, pero unas manos posesivas me lo impidieron.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó, nervioso.

Puse los ojos en blanco.

—Rossi, no hay nadie cerca —declaré, señalando a nuestro alrededor—. Solo hay matorrales por todas partes —constaté—. ¡Así que, por favor, deja de ser tan pesado!

Mordiéndome los labios, traviesa, finalmente le arranqué la camisa de mi cuerpo, dejando mis pechos al descubierto ante su mirada cargada de lujuria. La minúscula braguita fue el siguiente objetivo de su mirada; sin embargo, me alejé de su tacto, lanzándome al agua fría, pero no por ello menos deliciosa.

Pude oír su risa acalorada, calentándome el pecho.

Al contrario de lo que pensé, él optó por quedarse en el borde, simplemente mirándome.

Sumergí todo mi cuerpo y, al hacerlo, mis ojos se encontraron con los de Rossi, ardientes e intensos.

Me impresionaba la facilidad con la que me desarmaba, aunque él no se diera cuenta de ello.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí... de vacaciones? —pregunté, ansiosa por desviar la atención de las fuertes sensaciones que me estaba provocando con solo mirarme.

—¿De vacaciones? —repitió, divirtiéndose.

—¿Y no lo es? —repliqué, riendo también—. Es casi como una luna de miel. —Me lamí los labios a propósito.

Siguió riendo, de esa forma desenfadada que yo estaba aprendiendo a amar. Estaba de rodillas, en una postura de

depredador.

—No estoy segura de cuánto tiempo nos quedaremos aquí, pero el plan es hacer que el saboteador finalmente revele sus cartas.

Fruncí el ceño, sin entenderlo.

—¿Cómo es eso?

Él suspiró.

—Billy te dejó la herencia, querida, pero soy yo quien se encarga de gestionarlo todo —respondió—. Ese hombre misterioso está saboteando el negocio por alguna razón, y no puedo quitarme de la cabeza que, tal vez, sea algún enemigo de tu difunto padre.

Abrí mucho los ojos.

—Entonces, ¿crees que...?

—Una de dos... —me interrumpió—. O bien quiere destruir todo lo que Billy construyó. O bien quiere robarte tu herencia.

Mi corazón se aceleró.

—Para estar seguros, tendremos que quedarnos aquí —continuó, ajeno a mis reacciones de sorpresa—. Quiero hacerle creer que me ha neutralizado, así tendrá más valor para mostrarse ante los aliados y socios de Billy. Será en ese momento cuando lo atraparemos.

Parpadeé, asimilando sus palabras.

Pensé en confesarle que ese saboteador tal vez pudiera ser mi hermano bastardo, pero temí que las cosas pudieran empeorar entre nosotros y que acabara echando por tierra el progreso que tanto me había costado conseguir.

Haciendo caso omiso de todos mis miedos y emociones, guardé todo en una cajita para darle vueltas más tarde, cuando estuviera sola.

Audaz, me quité las bragas y levanté la prenda para que Rossi la viera en mi mano.

Su mirada me quemó por completo. Por dentro y por fuera.

—Estoy harta de hablar.

No tuve que decir nada más, porque el hombre simplemente se abalanzó hacia mí, listo para hacerme ver las estrellas incluso bajo aquel sol abrasador.

Capítulo 18

Rossi

Una semana después

— Vamos a jugar a un juego —dijo Maya, haciendo que frunciera el ceño.

Estábamos dentro de la bañera, uno frente al otro, y yo le masajeaba los pies.

— ¿Qué tipo de juego? — pregunté, desconfiado, pero sin ocultar lo divertido que me resultaba su expresión pícara.

La verdad es que la última semana, al contrario de lo que imaginaba que sería, fue casi como un punto de inflexión para los dos; nos acercamos no solo íntimamente, sino también emocionalmente.

—El juego de los porqués.

Me hizo gracia, y me acomodé un poco mejor, aunque manteniendo su pie sobre mi pecho, bajo mis manos.

— No entiendo la lógica, cariño.

—Es sencillo —dije, arrastrando su pie por mi pecho y deslizándolo por mi cara; aproveché para morderle el talón, arrancándole una risita—. Cada uno de nosotros tendrá derecho a hacerle una pregunta al otro.

—¿Sobre qué?

—Ah, sobre lo que te dé la gana, claro —respondió. —¡Yo empiezo! —exclamó, eufórica. Se sentó, acercándose más—. ¿Por

qué negociaste mi mano con mi padre?

Me sorprendió la pregunta.

—En realidad no fui yo quien negoció —fui sincero—. Billy tenía una información que yo necesitaba saber, así que se aprovechó de eso para conseguir lo que quería, que era asegurar tu futuro.

—¿Y por qué aceptaste? —insistió ella. —No eras el único soltero de la familia —insinuó, provocándome una sensación incómoda al imaginarla con alguno de mis hermanos.

—Porque me desafiaste —respondí, con los ojos brillantes. La sonrisa que me dedicó dejó claro que recordaba el episodio en la mesa del comedor de la mansión de su difunto padre. —Nunca me había puesto tan duro en toda mi vida.

Mordiéndose los labios, sonrió con descaro.

—Sin duda, si hubiera sabido de esa falta de respeto en aquel momento, te habría cortado la polla al instante.

Eché la cabeza hacia atrás, riendo, a pesar de los temblores involuntarios. No dudaba de que ella fuera realmente capaz de eso.

—Pero la Maya de ahora... —continuó, mientras se acercaba a mí— solo tiene ganas de montarlo.

Acercó sus labios a los míos, mientras se acomodaba, con las piernas abiertas, sobre mi regazo.

— Ahora me toca a mí... —susurré contra sus labios, intentando reorganizar mis pensamientos, porque ella no dejaba de frotar su dulce coño contra mi polla—. ¿Cómo conseguiste convencer a Billy para que te dejara entrenar?

Su boca fue bajando, desde mi barbilla hasta mi nuez; deslizando la lengua por mi piel húmeda.

— Puede que te sorprenda lo que voy a decir ahora, cariño, pero hay quien dice que soy manipuladora.

Me reí a carcajadas ante su cinismo.

—Eso sí que es sorprendente. —Me mordió, haciéndome apretar su cintura.

Apartó la cara y me miró a los ojos; había una sonrisita en la comisura de sus labios.

—Mi padre siempre se portó bien conmigo, ¿sabes? Aunque se equivocara, yo sabía que quería hacerlo bien —dijo—. Tras la muerte de mi madre, sé que se quedó desorientado, porque de repente tuvo que hacerse cargo de su única hija de doce años. No me costó convencerlo para que me regalara todo lo que deseaba, porque lo único que él quería era verme feliz.

Reflexioné sobre sus palabras.

— Tiene sentido.

— Sí, sé que lo tiene —murmuró, agarrando mi polla y encajándola en su entrada.

— Maya, tenemos que... —me callé cuando ella se llenó con mi polla— ponernos el condón. —Exhalé, incapaz de describir la deliciosa sensación.

Con los ojos cerrados y el labio entre los dientes, ella solo suspiró, ignorándome.

— No pasa nada, porque no estoy en mi periodo fértil.

— ¿Cómo lo sabes? — Le agarré el pelo con agresividad, acercando su rostro al mío.

—Lo sé, claro —respondió, atrevida—. No soy ninguna ignorante. —Empezó a mover el cuerpo, haciendo que el agua de la

bañera salpicara por los lados—. No hables como si no te gustara sentirme sin la barrera del látex.

Sus ojos se voltearon en sus órbitas, haciéndome ver todo el placer que nuestro acto le estaba proporcionando. Preciosa. Se ponía aún más preciosa cuando se permitía disfrutar de nuestras caricias.

Nunca me había molestado en prestar atención a las reacciones de las mujeres durante el sexo, porque era algo irrelevante para mí.

No había conexión.

No había sentimientos.

No había palabras.

Solo eran un hombre y una mujer disfrutando del placer a través del cuerpo del otro, y punto.

Pero con Maya era diferente. De hecho, todo era diferente con ella. Desde la primera vez que nos vimos, me sentí raro.

— La cuestión aquí no es esa, sino el riesgo de que tú...

— ¡*Argh*! Cierra esa boquita preciosa, cállate, cariño —me interrumpió, pegando nuestros labios y acelerando el ritmo.

Su lengua estimuló la mía, en una danza erótica y sensual, mientras sus gemidos se intensificaban a medida que movía las caderas a una velocidad alucinante.

Haciendo caso omiso de todas las señales de alarma, le apreté las nalgas, marcando un nuevo ritmo y haciendo chocar nuestras caderas. Nunca había tenido sexo sin condón con otra mujer, así que esa sensación aterradora era más que obvia; podía sentirlo todo. Las

paredes pélvicas de su vagina me apretaban con tanta fuerza que necesité todo mi autocontrol para no correrme antes que ella.

— Ah, Rossi...

Abandoné sus labios, solo para bajar hasta su pezón.

— Córrete, cariño —le pedí, mordiéndole el pezón—. Córrete con mi polla, que tanto te vuelve loca.

— *E-eres*... un engreído —susurró, sin aliento, haciéndome reír.

No pasaron ni cinco minutos y ella empezó a temblar cuando el orgasmo la golpeó de lleno.

La escena fue tan excitante que no pude aguantar y también me corrí. Mi gemido fue aterrador incluso para mí mismo, porque me sentí completo y realizado como nunca. Definitivamente, estar dentro de ella se convirtió en mi lugar favorito del mundo.

—Confiesa, cariño —comenté, buscando aire—, estás enganchada a mi polla. —No oculté la satisfacción en mi rostro.

A ella le hizo gracia, pero tampoco lo negó. En cambio, volvió a besarme.

Su lengua estaba sedienta sobre la mía, y yo no me hice de rogar.

Éramos como pólvora y gasolina.

Bonnie y Clyde[2] .

Estábamos tan absortos el uno en el otro en ese momento, que tardé en darme cuenta del sonido de mi móvil.

Con delicadeza, aparté a Maya, que se quejó:

—Déjalo sonar, Rossi —pidió—. Estamos tan bien los dos aquí...

Sonreí, besándole la naricita, encontrando su expresión adorable.

—No puedo, cariño —le expliqué—. Aunque no me guste, sigo siendo el líder de una organización enorme y poderosa, así que tengo que estar siempre preparado y atento.

Me levanté, cogí una toalla y me sequé. El teléfono había dejado de sonar, pero volvió a llamar unos segundos después.

— ¿Mariano? — Contesté. — ¿Alguna novedad?

Desde que vine con Maya a Florencia, el rumor sobre mi supuesta muerte se ha extendido por los bajos fondos como una forma de llamar la atención, no solo del hombre de rostro desfigurado, sino también de los traidores.

—Jack ya ha iniciado las investigaciones —dijo él—. *El hombre se llama Ryder Mitchell. Tiene 25 años y se crió en Filadelfia, Pensilvania. Por lo que parece, solo recibió el apellido de su madre, Olivia Mitchell.*

— ¿Qué relación tiene con Billy?

—Aún no lo sabemos.

— ¿Y los aliados y socios?

—Ya se les ha avisado —dijo—. Cualquier movimiento sospechoso, lo sabremos. Lo atraparemos, jefe.

Teníamos la esperanza de que el saboteador, por fin, se delatara al pensar que Maya y yo habíamos quedado fuera de combate en el accidente. No podía quitarme de la cabeza que ese tipo estaba tras la herencia que Billy le había dejado a ella.

—Vale. —Suspiré, frotándome la cara y el pelo con la toalla—. Si hay alguna novedad, quiero saberlo.

—De hecho... la hay —argumentó, pareciendo nervioso.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo su inquietud, incluso a kilómetros de distancia.

—Quiere hablar —respondió en un susurro—*. Tu huésped de la mazmorra dice que está listo para hablar.*

Todo mi cuerpo sintió el peso de esa revelación, y me obligué a respirar hondo.

— ¿Sigue vivo? — La pregunta sonó en un tono tan bajo que llegué a dudar de si realmente había pronunciado las palabras.

—Sí —respondió—*. Lo estamos manteniendo cómodo, al menos hasta que llegues.*

—Voy ya —dije con prisa, y salí del baño.

—¡Eh! —oí quejarse a Maya, pero la ignoré.

— ¿Y qué hay del plan de mantenerte alejado para que el saboteador piense que estás muerto?

—¡Que le den a ese maldito plan! —rugí, abriendo la puerta del armario—. Si tenemos la oportunidad de descubrir información sobre el líder de los *Shadows*, no la voy a dejar pasar.

Colgué el teléfono, mirándome la mano temblorosa.

—¿Qué ha pasado? —Me sobresaltó la pregunta abrupta de Maya. Me giré y la vi envuelta en la toalla. Su expresión era de preocupación. —Pareces inquieto.

Apreté la mandíbula y aparté la mirada.

— Volvamos a Palermo.

—¿Por qué?

—Porque lo digo.

— Rossi, no lo entiendo... justo antes de la llamada, los dos estábamos bien y...

— ¡YA TE HE DICHO QUE TENEMOS QUE VOLVER! —grité, incapaz de controlar mis emociones distorsionadas.

Ella dio un pequeño respingo de susto, pues seguramente no esperaba mi explosión.

—Idiota —murmuró, con los ojos llenos de lágrimas.

Se dirigió al armario, donde, en silencio, cogió las prendas.

Le agarré del brazo justo cuando se disponía a volver al baño.

—Maya...

—¡No! —me interrumpió, zafándose de mi abrazo con un empujón—. No pierdas el tiempo explicándome el motivo de tu grosería gratuita. —Su voz se quebró, dejando entrever su profundo dolor. ¡Maldita sea! —Solo recuerda que no soy una de tus subordinadas. Soy tu mujer. Y no quiero creer que solo soy la mujer con la que te acuestas.

Al decir eso, se alejó, dejándome con una sensación desagradable en el pecho.

No había tenido la intención de herirla.

¡Mierda!

***

Llegamos a Palermo por la noche. Y al igual que en el viaje de ida a Florencia, el trayecto de vuelta transcurrió en absoluto silencio. Sabía que Maya tenía sus propios motivos para sentirse dolida conmigo, pero lo que ella no entendía es que yo no estaba hecho para los buenos sentimientos; de hecho, los había perdido hacía mucho tiempo.

¿Por qué no podía aceptarme tal y como era?

Apenas aparqué el coche en el garaje de la mansión y ella ya se había bajado, dando un portazo y haciéndome maldecir.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Mariano en cuanto abrí la puerta del conductor. —Ha pasado como un huracán.

—No es nada —mentí, porque no quería hablar del tema—. ¿Están todos ahí?

Empezamos a caminar.

—Manuele está en su casa, y Fillipo y Luca están en la discoteca.

—¡Genial! —exclamé—. Creo que no nos han visto, pero si pudieras acceder a las imágenes de las cámaras que hay en algunas autopistas y arreglarlo de alguna manera, sería mejor para nuestros planes.

—De acuerdo, *capo*. Déjalo en mis manos.

En cuanto entramos en la mansión, miré hacia las escaleras, pensando en ir a ver a Maya, pero el clamor del sentimiento de venganza que habitaba en cada célula de mi ser gritó más fuerte.

— ¿No quieres hablar primero? —preguntó Mariano.

—No contigo —decreté, impaciente.

Dejándolo atrás, seguí mi camino hacia la mazmorra.

***

La luz se encendió automáticamente cuando entré. El hedor a muerte estaba allí... impregnando el ambiente inhóspito.

— *¿Cão?* — llamé, al ver al moribundo tirado en el suelo, en el rincón poco iluminado. Las heridas alrededor de sus tobillos, muñecas y cuello, causadas por las cadenas, estaban totalmente infectadas.

Me acerqué a él, tras quitarme la chaqueta blanca.

El desdichado se encogió al verme con el único ojo que aún le funcionaba.

—¿Has echado de menos a tu dueño? —Mi sonrisa siniestra pareció aterrorizarlo, porque empezó a temblar sin control.

Esperé a que se le pasara el ataque, pero no fue así. Dejé de reír y le llevé la mano a la nuca, tirando de su cuerpo sucio y delgado hacia mí.

— ¡Oye, joder! ¡Aún no es hora de morir, *cazzo*! — Le di una bofetada en la cara, irritado y frustrado. — ¡Dime ahora mismo el nombre del líder de *los shadows*! ¿Quién es el *jefe*?

Unos balbuceos se le escaparon de la boca antes de que, simplemente, se callara en mis brazos. Muerto.

Inmóvil, parpadeé un par de veces, demasiado conmocionado y decepcionado para hacer o decir nada, así que solo grité.

Un grito de puro dolor y furia.

Apartando el cadáver de mis manos, me puse de pie, sintiéndome tembloroso y desorientado. Mis piernas parecían flojas y mi corazón estaba hecho pedazos; lo único en lo que podía pensar

en ese momento era en la imagen de Bianca colgada de unos ganchos, desnuda y destrozada.

Las lágrimas inundaron mis ojos cuando llegó... *la culpa*. Sobresaliendo por encima de cualquier otro sentimiento.

Me quité la camisa y me dirigí al armario. A continuación, abrí la puerta secreta —justo allí, dentro de la mazmorra— que me llevaría a un lugar pequeño, pero sagrado para mí, porque guardaba reliquias que solo me pertenecían. Era una especie de altar. Allí, me sentía redimido de toda culpa, al menos durante unos minutos.

Con el látigo en la mano, caí de rodillas. Con los ojos cerrados, visualicé a mi dulce hermana sonriendo... ¿por qué fue ella la elegida para sufrir tanto? ¡No era justo!

Llegó el primer latigazo... quemándome la piel, ya marcada. Sin embargo, junto con la sensación de ardor, también llegó el alivio. El dolor físico era agradable, porque así me olvidaba de la culpa que me carcomía por dentro.

Los golpes continuaron en una secuencia firme e intensa.

No me importaban las cicatrices.

No me importaba la sangre.

No me importaba el intenso dolor que cada latigazo me causaba.

Solo quería olvidar mi fracaso.

Quería olvidar que no fui lo suficientemente bueno para mantener a mi hermana a salvo.

Capítulo 19

Maya

Estaba dolida. ¡No, estaba furiosa!

Era impresionante lo rápido que se habían torcido las cosas. Los últimos días con Rossi habían sido maravillosos; podía sentir que poco a poco estaba logrando conquistarlo... conocerlo.

Pero algo cambió.

Algo había despertado su lado más feo otra vez.

Al principio me sentí herida, pero luego el dolor dio paso a la furia.

Y allí estaba yo... lista para pelear.

Caminando de un lado a otro por la habitación, me sentía extremadamente inquieta mientras esperaba a que llegara su excelencia; el blanco de mi tormento personal.

La madrugada ya había avanzado, pero mis emociones, a flor de piel, no me permitían descansar hasta volver a posar mis ojos en él. Rossi tenía que saber que no aceptaría que me trataran de cualquier manera.

Contuve la respiración cuando oí el ruido del pomo de la puerta. Visualicé su mirada de asombro cuando asomó la cabeza al interior de la habitación, espiando.

Apreté las manos contra mi cintura.

—¿Dónde estabas? —le pregunté con tono amenazante, observando su postura rígida. Estaba sin camisa y parecía sopesar la

idea de entrar o no. —Llevo horas esperándote, Rossi.

Oí su suspiro bajo, como si estuviera completamente exhausto.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —pregunté, incrédula ante su falta de sensibilidad—. ¡Tenemos que hablar! —repliqué—. No creas que me he olvidado de cómo me trataste en Florencia.

No dijo nada, y eso solo sirvió para irritarme un poco más.

— Te juro que pensé que estabas mejorando y... — Me callé, asustada y tapándome la boca con las manos, en cuanto él, por fin, entró y se giró para cerrar la puerta. — ¡Oh, Dios mío! Tu espalda está...

Amenacé con acercarme a él, pero su mano me detuvo.

—¡No! —exclamó, con aire desesperado—. No te acerques. Ahora no, Maya.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, porque podía sentir su sufrimiento, aunque no pudiera hacer nada para consolarlo. Su mirada me decía que algo muy malo estaba pasando dentro de él, pero había una barrera invisible que le impedía encontrarse a sí mismo. Encontrarme *a mí*.

—Pero yo... —me quedé paralizada mientras lo veía caminar por la habitación— solo quiero... ayudar. —Mi voz no pasó de ser un sollozo—. ¿Quién te hizo esto? —le pregunté, observándolo abrir el armario en busca de ropa limpia—. ¿Quién te hirió, Rossi?

Nada.

Él siguió en silencio.

— Rossi...

Al pasar junto a mí, se detuvo. Con la cabeza gacha, soltó otro suspiro dolorido.

—Vete a dormir, Maya. Estoy bien.

Al decir eso, se encerró en el baño, dejándome con una sensación de pesadez mayor que la que tenía antes de que él entrara en la habitación.

Suspiré, pasándome las manos por la cara para secarme las lágrimas que no dejaban de caer. Aquello no estaba bien. No podía estarlo.

De repente, la imagen de las cicatrices vivas de su espalda invadió mis pensamientos... la sangre chorreando por las heridas...

No. No me quedaría quieta.

Salí del cuarto y fui en busca de la única persona que podría explicarme lo que estaba pasando.

***

Mariano estaba en la sala de juegos cuando lo encontré. Cerré la puerta de un portazo, asustándolo hasta el punto de que me apuntara con el arma, aunque se desarmó al ver que era yo.

—¿Fuiste tú quien le hizo eso a mi marido? —le pregunté, acusándolo sin importarme su actitud.

— ¿Qué? —replicó, confundido, mientras dejaba la pistola sobre la mesa—. ¿De qué estás hablando, chica?

Me acerqué, impulsando la pierna con la intención de darle una patada en las costillas, pero él fue más ágil y se apartó de mi golpe.

Estaba ciega. Totalmente furiosa.

—No sirve de nada negarlo, porque acabo de ver el estado de su espalda —declaré, sintiendo cómo el dolor me dominaba, junto con la furia—. No hay nadie más aquí, aparte de nosotros y los guardias de seguridad, y sin duda los guardias no harían algo así. Así que solo puedes haber sido tú.

—Maya... —se calló, volviendo a defenderse de mis golpes—. Entiendo tu frustración, pero te aseguro que no fui yo.

—¡Mentiroso! —exclamé, saltando como un gato y golpeándole en la cara con un puñetazo.

—¡Joder, chica! —murmuró—. Para ya.

—Estaba bien —seguí intentando golpearlo, sintiendo cómo el llanto se apoderaba de mis emociones—. Estaba bien hasta que llamaste.

De repente, me agarró por los brazos, impidiéndome atacarlo.

—¡No fui yo, Maya! —declaró mirándome directamente a los ojos. —No. fui. yo —repitió lentamente.

El llanto brotó de mi garganta, haciéndome sentir por fin el impacto de la escena. La sangre chorreando por la espalda de mi marido.

Nervioso, Mariano me abrazó.

—Él... estaba sangrando, Mariano... ¡oh, Dios mío! Intenté ayudarlo, ¡pero es tan idiota! —rugí—. Odio que me empuje cuando siento que, en el fondo, desea lo contrario.

Apartando la cara, Mariano me miró fijamente, acariciándome con los dedos bajo los ojos llorosos.

—Lo sé, cariño —afirmó—. Sé lo terco e insoportable que puede llegar a ser mi hermano la mayoría de las veces, pero te

puedo asegurar que hay una razón que hace que todo eso se despierte en él.

Parpadeé, sorbiendo por la nariz.

—¿Qué? ¿Qué es? Dímelo.

Negó con la cabeza.

—No puedo —alegó—. Solo puedo esperar que, algún día, tenga fuerzas suficientes para contártelo.

Respiré hondo, bajé la cabeza y me miré las manos.

— ¿Maya? — Volví a mirarlo. — Rossi solo está un poco perdido, pero te puedo asegurar que es un buen hombre —explicó —. Estoy seguro de que, con tu ayuda, será capaz de superar todo lo que le atormenta.

—¿Por qué dices eso?

Sonrió, sacudiendo la cabeza.

—¿Todavía lo preguntas? —se burló—. Acabas de agredirme en su defensa. Lo defendiste como una leona. —De repente, se llevó la mano a la cara—. Todavía siento el peso de tu puño aquí...

Me tocó a mí sonreír.

—No sé cómo ayudar a alguien que, al parecer, no quiere que le ayuden —desahogué.

Respirando hondo, me tomó las manos entre las suyas.

—Él quiere, Maya —aseguró—. Solo es demasiado terco para admitirlo.

Negué con la cabeza, comprendiendo.

—Gracias —susurré, tratando de respirar profundamente. —Creo que será mejor que yo... —carraspeé, señalando la puerta—. Perdona por... —me referí a su rostro, un poco avergonzada.

—No pasa nada, nadie tiene por qué saberlo —bromeó.

Sonreí un poco más, a pesar de la vergüenza.

Mientras me alejaba, miré hacia la salida, pero su voz me detuvo:

—Déjale ver que te importa. —Me giré para mirarle a la cara—. Demuéstrale que de verdad te importa.

Asentí, pensativa. Salí de allí asimilando sus palabras.

***

Al llegar a la habitación, me di cuenta de que Rossi todavía estaba en el baño; contuve todas las ganas que sentí de ir hacia él y, simplemente, me metí bajo las sábanas. Me quedé allí, muy quieta, hasta que, unos minutos después, Rossi salió.

Fingí estar dormida, pero logré espiar el momento en que se acercó al borde de la cama, a mi lado; parecía sopesar sus acciones, como si estuviera librando una lucha interna. Me contuve al máximo para no abrir los ojos y obligarlo a acostarse conmigo y dejarme cuidar de él. Pero me mantuve firme. Al final, fue a preparar su cama en el suelo.

De vuelta al punto de partida.

Me tragué las lágrimas y la decepción.

***

Me desperté sobresaltada, pero suspiré aliviada cuando miré al suelo, frente a la cama, y vi que Rossi aún dormía. Lentamente, saqué las piernas del colchón y, a continuación, cogí mi bata.

Paso a paso, caminé por la habitación, en silencio y con cuidado para no despertarlo. Exhalé en cuanto cerré la puerta tras de mí y me encontré en el pasillo, fuera de la habitación. Aún era de madrugada, pero sabía que Rossi no tenía un sueño profundo. Así que tenía que darme prisa.

En la planta baja, me dirigí a la cocina. La cocinera probablemente estaría durmiendo, pero no me importó.

De pie frente al armario de la despensa, empecé a seleccionar los ingredientes que necesitaría para preparar la receta. Una vez elegido todo, me puse, literalmente, manos a la obra.

***

De vuelta en la habitación —poco más de una hora después—, me acerqué a Rossi y me arrodillé a su lado. Él aún dormía, así que aproveché para admirarlo un poco. Su expresión serena contrastaba con el tormento que yo veía constantemente detrás de sus ojos. Rossi era tan guapo... era extraño admitirlo, pero me dolía saber que estaba sufriendo.

Tragándome las ganas de llorar como mantequilla derretida —que no era yo—, llevé la mano a su rostro. Sin embargo, antes de que tuviera la oportunidad de tocar su piel con mis dedos sedientos, su enorme y firme mano me agarró la muñeca.

Di un gritito de susto, porque no me lo esperaba.

—¡Ay, qué susto, hombre! —exclamé, masajeándome el pecho —. Pensé que estabas durmiendo.

Él frunció el ceño.

—Y lo estaba —murmuró, sentándose y frotándose la cara—. ¿Qué hora es?

Respiré hondo.

— No lo sé. Quintas de la mañana, tal vez.

Me miró con recelo.

— ¿Qué haces despierta a estas horas? —preguntó—. ¿Qué estás tramando?

No podía culparlo por su desconfianza, ya que mi arma habitual siempre había sido el ataque.

Era más que obvio que todavía estaba enfadada con él por haberme gritado en Florencia; y por mantenerme constantemente alejada. Pero entendí que Mariano tenía razón cuando dijo que tendría que demostrarle que me importaba. Rossi necesitaba sentir mi amor.

Como estábamos cerca de la cama, me incliné y, rápidamente, cogí la bandeja que ya había dejado allí.

—¿Qué...?

—Lo preparé yo misma —expliqué, interrumpiéndole cuando vio las galletas de mantequilla. —Es una receta familiar, ¿sabes? —le conté, nostálgica. —Mi madre la aprendió de mi abuela; y yo la aprendí de mi madre —sonreí, recordándolo—. Pensé que te gustaría desayunar conmigo para variar, ya que siempre nos levantamos a horas diferentes.

Rossi se quedó mirándome, en silencio. No conseguía descifrar su expresión, así que empecé a ponerme nerviosa.

Carraspeé.

— Bueno, no tienes por qué comer si no quieres... —sentí que se me enrojecía la cara— solo pensé que... —me callé, empezando a arrepentirme de haberlo hecho— ¡*Argh*! Olvídalo.

Hice ademán de levantarme, pero Rossi me lo impidió, agarrándome del brazo.

—¿Fuiste tú quien lo hizo? —preguntó, sin dejar de mirarme fijamente. Se me cortó la voz, así que solo asentí. —¿Por qué?

Sabía que estaba confundido, porque seguramente pensó que lo atacaría, o que pasaríamos más días sin hablarnos.

—Porque me importas —decidí ser sincera—. Y porque quiero que confíes en mí, Rossi. No bromeaba cuando dije que quería ser tu luz.

Me mordí los labios, avergonzada.

Rossi soltó el aire, pareciendo conmovido.

De repente, deslizó la mano hacia mi nuca, acariciándome el pelo.

— No te cansas de sorprenderme.

—No, no me canso —respondí, aunque no fuera una pregunta.

No esperé a que él tomara la iniciativa y, simplemente, acerqué mi boca a la suya, porque deseaba hacerlo desde que entré en aquella habitación.

Capítulo 20

Rossi

Dos semanas después

— ¿No es raro que un investigador quiera hablar precisamente en un lugar público? ¿En una puta cafetería?

—Ya lo he oído, Luca —comentó Jack, llegando justo en ese momento—. Perdón por el retraso —extendió la mano hacia mí—. Pero me he encontrado con un tráfico de *cojones*.

A continuación, saludó a Mariano y a Luca, quien puso los ojos en blanco, impaciente.

—No pasa nada, *mio caro*. —Me incliné, apoyando los codos sobre la mesa—. Mis hermanos y yo tenemos todo el tiempo del mundo para ti.

El estadounidense se rió, llamó al camarero y pidió una cerveza.

Tuve tiempo suficiente para fijarme en su aspecto, que, por cierto, siempre era diferente cada vez que nos veíamos. En ese momento, llevaba el pelo largo, teñido con mechas rubias, que contrastaban con sus ojos verdes. Era raro, pero sin duda debía llamar la atención de algunas mujeres.

—Oh, por favor, Rossi, no seas tan gruñón —dijo, mientras rebuscaba en el contenido de su bolso—. Ambos sabemos que, por mi parte, siempre os esperáis. —Me guiñó el ojo, descarado.

No le corregí, porque, por desgracia, tenía razón. No había nadie mejor que él para averiguar información.

—Mira, tío... —Luca le llamó la atención—. ¿Cuál es el motivo del cambio esta vez? —Señaló su aspecto—. ¿Vas a decir que a las mujeres les gusta... eso? —dijo con desdén.

—Esto, querido —señaló su cabello—, sin duda las vuelve locas, porque mientras estoy montando a caballo y...

— ¡*Argh*! Por el amor de Dios, ya basta, Jack. —Mariano sacudió la cabeza, como si quisiera ahuyentar esa imagen de su mente—. No estamos aquí para escuchar tus aventuras sexuales.

Él se rió.

—Vale. ¡Entendido, jefe! —Hizo el gesto de saludo militar. A continuación, sacó unos papeles de dentro de una carpeta—. Aquí está lo que querían saber.

— ¿Todo? —pregunté, ansioso, cogiendo los papeles para mirarlos.

—Todo —confirmó.

—El chico es un hijo bastardo de Billy Johnson.

Parpadeé, sorprendido.

— ¿Qué? —pregunté, todavía tratando de asimilar la nueva información—. Sospechaba que tenían alguna conexión, pero nunca imaginé que fuera ese tipo de conexión.

—¿Será que Maya...

—Ella no lo sabe —interrumpí a Mariano, nervioso—. Y no puede saberlo. Al menos, todavía no.

—Sabes que está loca, *¿no*? —recordó Luca—. No le va a gustar que le oculten una información como esa.

Apreté la mandíbula, ignorando toda esa preocupación.

—¿Sabes cómo encontrarlo, Jack? —pregunté.

El camarero se acercó a la mesa con la bebida.

Esperé, sin ninguna paciencia, mientras Jack se bebía su cerveza de un trago.

—¡Ah, qué delicia! —exclamó, saboreando el líquido en su boca —. No lo sé —respondió a mi pregunta—. Todavía —añadió con prisa —. Ryder Michell se crió sin la presencia de su padre; Billy tuvo una aventura con Olivia Michell y, cuando descubrió que estaba embarazada, simplemente la mandó lejos.

—Optó por lo más fácil —dedujo Mariano.

—Exacto —asintió Jack—. Como garantía, envió a uno de sus hombres a cuidar de ella durante los primeros meses; sin embargo, desobedeciendo las órdenes de su jefe, el hombre acabó enamorándose de la mujer. Así que, durante varios años, los dos vivieron como una pareja, aparentemente feliz, pero había muchos conflictos en la vida de esa mujer, que nunca aceptó el rechazo de Billy.

—¿De verdad has descubierto todo eso? —preguntó Luca, incrédulo.

Jack se rió.

—¡Soy bueno, tío! —exclamó, volviendo a beber su cerveza—. Olivia se convirtió en alcohólica y eso tuvo graves consecuencias. Cuando Ryder tenía diecisiete años, llegó a casa y la encontró en llamas; desesperado, entró para intentar salvar a su madre, pero...

—No lo consiguió —dijo Luca, señalando lo obvio.

Jack asintió con la cabeza.

—Por eso tiene parte de la cara quemada —deduje.

—Sí.

— ¿Y ese guardaespaldas que contrató Billy? —quiso saber Mariano.

—Muerto —respondió—. Murió hace más de dos años.

Me llevé los dedos a la barbilla, pensativo.

—Ryder quiere la herencia —murmuré más para mí mismo.

—Eso no tiene sentido —refunfuñó Luca—. ¿Por qué sabotearía los negocios que, supuestamente, son suyos?

—Para demostrar que yo no soy lo suficientemente bueno —dije—. Porque nadie confiaría en él desde el principio. Primero tiene que dejarme en mal lugar, para luego mostrar lo que él vale.

—Tiene sentido, *capo* —dijo Jack señalando con la botella que tenía en la mano—. Tiene sentido.

Nos quedamos allí un rato más, hasta que nos despedimos de Jack. Luca se fue directamente a la discoteca, mientras que Mariano y yo seguimos juntos.

No era habitual, pero Enzo era mi chófer ese día, así que Mariano y yo nos acomodamos en la parte trasera del coche blindado.

— ¿Qué piensas hacer? — Mi hermano quiso saberlo en cuanto el coche se puso en marcha.

—Aún no lo sé.

— Está bien. Pero sabes que Maya...

Suspiré.

—Sé que ella necesita saberlo, pero todavía no estoy preparada para contarle que su padre, a quien tanto idolatra, tuvo un hijo fuera del matrimonio.

Apretó la mandíbula.

El silencio inundó el interior del coche durante unos segundos, pero pronto se llenó con la risa de Mariano.

Fruncí el ceño.

— ¿Qué pasa? ¿Qué te hace tanta gracia?

Él negaba con la cabeza, riéndose a carcajadas.

—Tú —gesticuló—. Estás ahí tan a la defensiva por ella, cuando hace dos semanas ella hizo lo mismo contigo.

—¿Cómo? —Me acomodé mejor, interesado en el tema—. ¿De qué estás hablando?

Y en los minutos siguientes, me contó todo lo que había pasado cuando Maya lo agredió por pensar que había sido él quien me había hecho daño de esa manera.

—No me puedo creer que haya hecho eso —Estaba en estado de shock.

—Pues créetelo, hermano —aseguró entre risas—. Esa chica te quiere, y yo lo he sentido en mis propias carnes. Literalmente hablando.

Los dos nos reímos.

Mientras reía, no podía dejar de repetir las palabras de mi hermano en mi mente: «esa chica te quiere».

***

En cuanto llegamos a casa, me dirigí directamente al gimnasio de Paola, porque sabía que encontraría a Maya allí.

Cuando entré, al contrario de lo que imaginaba, las dos estaban sentadas en la colchoneta, charlando.

—Vaya, vaya... ¿A qué debo el honor de una visita tan ilustre? —bromeó Paola con descaro.

Solté una risita, mirando directamente a mi chica, que tampoco apartaba los ojos de los míos.

—He venido a buscar a mi mujer.

—Oh, claro que has venido. —Paola puso los ojos en blanco, levantándose y alejándose—. Es toda tuya.

— No soy ninguna mercancía, Paola —comentó Maya, fingiendo estar ofendida.

Pero bastó con que Paola nos dejara solos en la sala para que ella, prácticamente, se lanzara a mis brazos.

Sus piernas se enrollaron alrededor de mi cintura mientras su boca voraz buscaba la mía con avidez.

— ¡¿Eh?! — Me reí entre el beso. — ¿Todo esto es por las ganas que tenías?

—¿Qué puedo hacer si me has vuelto adicta a ese gigante que llevas entre las piernas?

Me tocó a mí fingir estar ofendido.

—Ah, ¿así que ahora solo sirvo para satisfacer tus placeres sexuales?

Ella echó la cabeza hacia atrás, riendo, y yo aproveché para esconder la cara en el pliegue de su cuello e inhalar su perfume.

—No he dicho eso —se defendió, volviendo a mirarme con esa preciosa sonrisa.

El brillo de sus ojos era evidente en los últimos días. Desde mi momento sombrío en el altar de mi hermana, Maya se había mostrado tan cariñosa y amable que lo único que deseaba era poder estar con ella. La mujer, a la que antes deseaba mantener alejada, se había convertido en mi refugio.

—¿Has dicho «gigante»? —pregunté, con arrogancia.

—Sí, lo dije —afirmó, divirtiéndose.

Volvimos a besarnos, pero de repente me detuve, porque recordé lo que Mariano me había contado.

Caminé con ella, aún en mi regazo, y la empujé contra una de las paredes.

—¿Le has pegado a mi hermano? —le pregunté de repente, haciendo que dejara de besarme.

— ¿Qué? ¿Qué pregunta es esa?

— ¿Lo agrediste o no?

Con el ceño fruncido, pareció pensar.

—¿A cuál de ellos? —replicó, haciéndome reír.

—A Mariano.

Arqueó las cejas.

—¿Te lo ha contado el chismoso, verdad? —Asentí, sonriendo —. ¿Estás enfadado conmigo por eso?

—¿*Estás* bromeando? —Inspiré y exhalé, mientras acariciaba su precioso rostro con los dedos—. Saber que lo hiciste para

defenderme me puso tan cachondo que, en ese momento, lo único que quería era volver a casa solo para hundirme en ti, cariño.

Ella gimió cuando empecé a frotarme contra su coñito, por encima de las mallas.

—Pues a partir de hoy, que sepas que te defenderé más veces —murmuró, divertida.

Pensé en decirle que así me quedaría en casa más tiempo, pero opté por guardar silencio, porque en el fondo… muy en el fondo, sospechaba que mi deseo de estar cerca de ella no tenía que ver solo con nuestro sexo, sino con algo más profundo.

Capítulo 21

Maya

Una semana después

— ¿Qué sentido tiene esta cena? —le pregunté a Rossi, que se estaba vistiendo. No sabía qué hora era, pero aún era por la mañana.

—Necesitan ver que estoy vivo, teniendo en cuenta los rumores sobre mi muerte —respondió, poniendo los ojos en blanco. Quedó claro que no estaba animado—. Esa gente lleva años con nosotros, así que, por desgracia, me veo obligado a hacer de buen anfitrión, porque todos mis clanes dependen de mí, su líder.

—Entendido —murmuré, acurrucándome entre las sábanas. Bajé la mano, junto a la cama, para acariciar el pelaje de Odin y Thor. —Entonces, técnicamente, yo no estoy obligada a participar, porque solo soy la esposa —insinué.

—No empieces, Maya.

— ¿Qué? Estoy bromeando.

Él se rió, pero decidió no hacer comentarios.

Durante unos minutos, me quedé observándolo mientras se vestía.

—¿Por qué solo usas trajes blancos? —le pregunté, porque eso siempre me había dado curiosidad.

Cuando terminó, me miró con una expresión extraña.

—Porque era el favorito de mi hermana.

Arqueé las cejas, sorprendida por la confesión.

Rossi no me dio tiempo a decir nada, porque se acercó a mí y me dio un beso en la frente antes de salir de la habitación.

Ni siquiera tuve oportunidad de darle vueltas a la información, porque alguien llamó a la puerta de la habitación justo después, lo que me hizo dejar de pensar en los misterios de mi marido.

— ¡Buenos días! —saludó Beatrice, radiante como un sol dorado[3] . — Rossi me aseguró que ya estabas despierta.

—Pues se ha equivocado. —Me tapé con las mantas hasta cubrirme la cabeza—. Todavía estoy durmiendo.

Ella soltó una risita, seguida de un puchero.

— ¡Vaya, qué pena! — se lamentó. — Pensé que te gustaría ir de compras conmigo.

En ese mismo instante, destapé la cabeza para mirar a la rubia.

— ¿Qué has dicho?

La sonrisa que me dedicó dejó claro que sabía que había dado en el blanco.

***

—No le veo ninguna gracia a salir del fuerte, pero seguir siendo seguida por matones —comenté con un bufido, refiriéndome a los guardias de seguridad que nos seguían—. Por cierto, ¿dónde está Paola?

—Está de permiso —respondió—. Y en cuanto a tu comentario, tienes que entender que estos hombres... —señaló hacia atrás— están aquí para garantizar nuestra seguridad. Así que deja de ser tan dura y aprende a ver las situaciones desde otros ángulos.

La miré con incredulidad.

—¿No te cansas de ser tan mona?

Beatrice frunció el ceño, pero pude ver el rubor en sus mejillas.

—Qué graciosa —murmuró, colocándose un mechón de su cabello rubio detrás de la oreja. —¿Qué tal esa tienda de ahí? —Señaló.

—Podemos ver si, tal vez, conseguimos encontrar algo —comenté sonriendo—. Lo que realmente me apetece es ir a esa cena con un *body* y una falda muy corta.

—¡Dios mío, Maya! Solo si quieres volver loco a Rossi —insinuó, riendo.

Yo también me reí.

—Es mi pasatiempo favorito —confesé guiñándole un ojo.

Dentro de la tienda, ambas nos entretuvimos con las diversas opciones de vestidos deslumbrantes y exquisitos, hasta que, en un momento dado, oí la dulce voz de Beatrice:

—Me alegro por vosotros dos. —Volví la cara hacia ella y me encontré con su sonrisa tonta—. Desde la primera vez que os vi juntos, sentí algo especial; los ojos de Rossi brillaban como nunca.

Mi corazón se aceleró y se derritió al mismo tiempo.

— ¿Tú crees?

Su sonrisa se amplió.

—Estoy segura —respondió—. Ha sido precioso ver lo bien que os lleváis los dos estas últimas semanas. —Dejó de hablar para enseñarme un vestido, pero hice una mueca indicando que no me gustaba la elección.

— Sí, me he esforzado mucho para que nuestra relación sea algo aceptable.

La chica se rió a carcajadas.

— ¡Vamos, Maya! Se te nota en la cara lo enamorada que estás.

—¡Oye! —me quejé, pero acabé riéndome con ella, porque no podía negar lo obvio. —Hoy me ha contado que tiene la costumbre de llevar trajes blancos, porque era el color favorito de su hermana.

Beatrice dejó de sonreír al instante y apartó la mirada.

—Bianca tiene una gran influencia en sus vidas —declaró—. Es doloroso incluso solo mencionar su nombre.

Abrí mucho los ojos, porque ese era un tema del que aún no conocía los detalles.

—Entonces me alegro de que Rossi te lo haya contado —añadió, volviendo a mirarme con una sonrisa sencilla en los labios—. Es señal de que, por fin, está consiguiendo confiar en ti.

— ¿De verdad? —pregunté, sonriendo abiertamente.

—¡Estoy segura!

De repente, mis ojos se posaron en el vestido perfecto. La prenda tenía un color que recordaba la textura de una serpiente; el escote era discreto, pero la abertura, justo debajo, en una de las piernas, era muy atrevida.

—¡Es este! —exclamé, con los ojos brillantes, imaginándome ya lo loco que se volvería Rossi al verme con él puesto.

Beatrice no dijo nada, pero esbozó una sonrisita descarada, como si estuviera leyendo mis pensamientos. ¡Qué chica más lista!

***

—Maya, cariño, tengo que bajar ya. —Oí decir a Rossi mientras yo daba los últimos retoques a mi maquillaje en el baño. —Me gustaría esperarte, pero...

—¡Ya estoy lista! —exclamé rápidamente, cortándole la palabra. A continuación, abrí la puerta. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, provocando un calor extremo en cada una de mis células.

— Estás...

Corrí hacia él, tapándole la boca con los dedos, impidiéndole decir lo que pretendía decir.

—Sí, no llevo bragas —susurré, viendo cómo sus ojos se agrandaban y, al mismo tiempo, un fuego abrasador se apoderaba de sus pupilas.

— ¿Y crees que voy a permitir que salgas de esta habitación sin bragas para deambular en medio de ese mar de hombres ahí abajo?

Negué con la cabeza, sonriendo, mientras rodeaba sus hombros con mis brazos. Me mordí los labios al sentir sus manos deslizarse bajo el vestido para acariciar mi trasero. Gemí en voz baja cuando sus dedos se deslizaron por el hueco entre mis nalgas.

—Lo permitirás, porque la arrogancia de saber que eres el único que puede tocarme así... —me callé con un gemido bajo, derritiéndome con las atrevidas caricias—... eres tú.

Sus manos apretaron mis nalgas, frotando su cadera contra la mía, y un gruñido salvaje se escapó de su garganta; pude sentir la posesividad en su postura.

—Mía —afirmó—. Eres solo mía.

Asentí, sintiendo que se me doblaban las piernas. Me encantaba cuando se comportaba de esa forma tan animal conmigo.

—Sí, lo soy.

Apretando la mandíbula, se apartó. No me besó como me hubiera gustado, pero su mirada hambrienta ya bastó para dejarme casi sin aliento.

—Ven. —Entrelazó nuestros dedos y empezó a arrastrarme fuera de la habitación—. Vamos a acabar de una vez con esto, porque estoy deseando hundir la cara en ese coño delicioso que tienes.

Un escalofrío recorrió cada centímetro de mi cuerpo febril.

***

Aburrimiento.

Una sensación que me describía a la perfección mientras me veía obligada a sonreír cuando lo único que deseaba era gruñir como una perra rabiosa. Entendía cuál era mi papel allí, al igual que comprendía que la función de Rossi era «cortejar» a aquellas personas, que más bien parecían buitres. Pero ¿por qué tenía que ser tan pesado?

— ¿Quién diría que la psicópata llamaría más la atención que el propio *capo*?

— ¡Manuele! — Beatrice le regañó.

Me reí.

—No te preocupes, cariño —murmuré, cínica—. Soy inmune a su veneno. —Hice el sonido de una cascabel antes de alejarme entre sus risas.

Estaba buscando a Rossi, ya que necesitaba ir al baño, pero no lo veía por ninguna parte.

— ¿Maya? — Me di la vuelta. — ¿Ese es tu nombre, verdad? — Era un hombre de aspecto sombrío. Supuse que no pasaba de los cuarenta años, pero definitivamente no me gustó.

—Sí, soy yo. —Me obligué a tenderle la mano, aunque casi vomito cuando él la tomó y se la llevó a los labios.

— Eres, sin duda, la mujer más guapa de la fiesta. — Vi el momento en que su mirada bajó hacia mi entrepierna, fijándose en el profundo escote del vestido. Sentí el roce de la punta de su lengua en los nudillos de mis dedos y eso fue la gota que colmó el vaso para mí.

En ese mismo instante, retiré mi mano de las suyas y, acto seguido, la cerré en un puño. Le lancé un puñetazo justo encima de la nariz, pillándolo por sorpresa.

En un impulso, me agarró del brazo, mirándome con furia y rencor.

— Oye, tú...

— ¿Algún problema aquí? — Luca apareció, mirando la mano del hombre alrededor de mi brazo. — ¿Prefieres quitar la mano de ahí? ¿O quieres que te la quite yo mismo, Caruso? — amenazó sombríamente.

Con la mandíbula apretada, el desgraciado se apartó, levantando las manos en señal de rendición. Aunque, acto seguido, se frotó la nariz, probablemente sintiendo dolor.

—Solo intentaba ayudarla, nada más.

Apreté los dientes.

—¿Es eso cierto, Maya? —preguntó Luca.

Mirando fijamente al hombre, sopesé toda la situación y llegué a la conclusión de que no serviría de nada provocar una pelea en ese momento. Rossi no necesitaba a una mujer pendenciera a su lado, sino a una mujer sensata.

—Ha sido un malentendido, Luca. —Sonreí a mi cuñado—. Gracias por preocuparte. —Asintió, aunque con recelo. Su mirada hacia ese tal Caruso fue tan aterradora que hasta yo me asusté—. Por cierto, ¿has visto a Rossi?

—Está allí. —Señaló.

Le di las gracias y me alejé.

Los ojos de Rossi me encontraron incluso antes de que me acercara. Despidiéndose de la gente con la que estaba hablando, se acercó a mí.

—¿Dónde estabas? Has tardado.

— Lo siento. — Toqué sus labios con los míos. — Me topé con tu hermano y su mujer, y como sabes, Manuele no pierde la oportunidad de irritarme —comenté, divertida.

Él también sonrió.

En ese momento, me mordí los labios, contemplando su hermoso rostro.

— ¿Qué tal si nos escapamos un rato? — le invité.

— ¿Qué? ¿Cómo que eso?

—Una escapada —repetí—. Vamos a disimular y a largarnos, porque es obvio que a ninguno de los dos nos está gustando toda esta mierda. —Hice un gesto con la mano a mi alrededor.

Sus ojos se abrieron como platos, a pesar de su expresión divertida.

— No sé si es una buena idea.

—Claro que lo es. —Me incliné y volví a besar sus labios—. Hacemos lo siguiente: yo me voy por delante y te espero en tu coche.

— Maya...

No esperé respuesta y, simplemente, me alejé de él.

Minutos más tarde, intenté que Enzo me diera las llaves del coche, pero se negaba a entregármelas.

— Rossi lo sabe, Enzo —le dije por enésima vez. —Te lo estoy diciendo.

— Lo siento, señora, pero necesito que me lo diga el jefe personalmente.

En ese momento, llegó Rossi y mis ojos brillaron de alegría al ver que había aceptado mi idea.

— No pasa nada, Enzo —extendió la mano, pidiendo la llave—, la tengo yo.

A continuación, se abrió el coche y no perdí tiempo en subir. Rossi entró justo después, buscando mi boca para besarme. Parecíamos dos niños. Estábamos, claramente, eufóricos, ya que ambos pretendíamos escapar de un evento importante —para la organización— pero igualmente aburrido.

— ¿Adónde vamos? —preguntó cuando salimos de la mansión.

—A donde quieras llevarme, marido —respondí.

Él sonrió y tomó mi mano, llevándola a sus labios. Su expresión de felicidad me calentó el corazón.

***

Cuando llegamos al *Parco della Favorita*[4] , Rossi detuvo el coche y se bajó. Yo hice lo mismo, mirando a mi alrededor.

—Este parque es el único pulmón verde de la ciudad —comentó—. Era el «jardín privado» del rey Fernando[5] , a quien le encantaba cazar y cabalgar por los senderos del parque.

—¿En serio? —pregunté, rodeando el vehículo para reunirme con él al otro lado. Sus brazos no tardaron en atraerme contra su muro de músculos. —Me encanta la idea de montar a caballo —le susurré al oído, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Excitado, me levantó para sentarme sobre el capó del coche y, a continuación, le ayudé a subirme la falda. Nuestras bocas no se separaron en ningún momento, mientras sus manos se afanaban con la cremallera de su bragueta.

La penetración fue de un solo golpe, porque yo estaba empapada. Gemí escandalosamente cuando comenzaron sus embestidas... volviéndome loca de puro deseo.

—Me vuelves loco, mujer —confesó él—. Me tienes perdido.

Le sujeté la cabeza, obligando a nuestras miradas a encontrarse. Quería que él viera los mismos sentimientos a través de mis ojos, pero un movimiento entre la maleza me puso en alerta.

Una silueta se materializó provocándome un miedo aterrador.

Se oyó un disparo.

Al instante, grité y me lancé para bajar del capó y ponerme delante de Rossi.

Sentí el impacto de la bala en mi hombro.

El tiempo se detuvo a mi alrededor y lo único que pude ver y oír fueron los ojos asustados de mi marido, junto con los latidos acelerados de su corazón.

Me di cuenta de que sacó la pistola de la chaqueta y empezó a intercambiar disparos con alguien, después de dejarme en el suelo.

—¿Maya? —Se arrodilló a mi lado, instantes después, levantándome en sus brazos—. ¿Cariño? —Me tocó la cara, con desesperación. —Todo va a salir bien, te llevaré al hospital; estás perdiendo mucha sangre. —Me sentó en el asiento del copiloto. Podía sentir su angustia; su miedo. —No deberías haberlo hecho. ¿Por qué te interpones en la línea de fuego? ¿Por qué?

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—*Po-porque* no podría soportar perderte —respondí con voz débil.

Sosteniéndome la cara, me besó con fuerza, juntando nuestras frentes.

—¿Entonces decidiste que sería más fácil pasarme ese riesgo a mí? —preguntó con voz entrecortada.

El llanto estalló, dejándome fuera de control.

—T-te quiero, idiota —declaré.

La respuesta no llegó con palabras, pero pude sentirla en cada gesto. Él también me amaba.

Capítulo 22

Rossi

Desesperación.

Miedo.

Dolor.

Agonía.

No había una secuencia exacta de mis emociones, porque era una mezcla de todas ellas; era una jodida mezcla de todo aquello que me había jurado a mí mismo que nunca volvería a sentir.

No era un hombre de estómago delicado, pero tuve que hacer un esfuerzo enorme para contener la bilis en la garganta mientras miraba la herida de Maya.

A lo largo de toda mi trayectoria como asesino y criminal cruel, infligí las torturas más enfermizas a otros hombres tan jodidos como yo; sin embargo, en ese momento era diferente. Tener que ver a Maya lanzarse delante de mí para impedir que un disparo me alcanzara hizo que los restos mortales, ya destrozados, de mi corazón se rompieran en pedazos aún más pequeños, pues sentí un dolor diferente a cualquier otro que hubiera sentido antes.

Con la mano temblorosa, llamé a Manuele, mientras arrancaba el coche y metía la marcha atrás para sacarnos de allí.

—Rossi, ¿adónde vas...?

—A Maya le ha dado una bala perdida —dije de golpe, esforzándome por mantener la voz firme—. La estoy llevando a la

clínica, pero... —tragué saliva con dificultad—. Tú y Beatrice podéis... —Miré de reojo hacia un lado; Maya gemía en voz baja.

—Por el amor de Dios, hermano, ¿qué ha pasado?

—El disparo iba dirigido a mí, Manuele —declaré con un nudo en la garganta—. ¿Te das cuenta de eso? ¿Te das cuenta de que se tiró delante de mí para protegerme?

—¡Joder! —exclamó, tan desconcertado como yo. Le oí hablar con alguien, pero no entendí nada. *—Voy a avisar a Mariano y nos vemos allí.*

— ¡No! Dejad a los demás allí, hasta que termine la cena — ordené.

—De acuerdo.

Corté la llamada y volví a mirar a Maya. Mi mano temblorosa se dirigió a su rostro y, a continuación, a su mano, que presionaba su herida.

— Sigue presionando, cariño —prácticamente le supliqué—. Sigue presionando.

***

La clínica formaba parte de nuestro pago, así que no necesité dar explicaciones exhaustivas sobre lo que había pasado. Con Maya en brazos, la entregué al equipo médico.

De todas las sensaciones que me invadían en ese momento, el miedo predominaba, junto con la impotencia. Yo era el líder de una organización; un hombre poderoso, capaz de hacer que hasta el más rudo se arrodillara, pero allí... me sentía como un niño perdido.

Sin saber qué hacer, metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué la piedra que Beatrice me había regalado hacía

tiempo. Aunque intentaba ignorarlo, me sorprendía a mí mismo, constantemente, reflexionando sobre el significado de sus palabras y sobre esas energías que ella afirmaba que yo podía absorber de la piedra. Era extraño, teniendo en cuenta que nunca creí en nada de eso, sobre todo después de perder a Bianca y a mi madre. Sin embargo, en las últimas semanas, me había estado esforzando por creer no solo en esas energías positivas, sino también en que yo era digno de Maya.

***

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que me quedé solo en aquella maldita sala de espera; sin embargo, no era la soledad lo que estaba afligiendo tanto mi corazón, sino la incertidumbre. El miedo a volver a perder.

Cuando Manuele llegó con Beatrice, me contuve para no mostrar el verdadero caos que se estaba produciendo en mi interior.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Manuele, tras acercarse y apoyar su frente contra la mía en un saludo de complicidad.

—Estábamos en *el Parco della Favorita* —respondí, esforzándome por mantener la voz neutra, aunque los recuerdos del momento del disparo me causaban un dolor insoportable—. No vi cuándo ocurrió, pero Maya simplemente... ella... —Me callé, mirándome las manos, manchadas con su sangre. De hecho, toda mi ropa estaba manchada con su sangre.

—¿Llegaste a ver quién disparó?

Negué con la cabeza.

—Hubo un intercambio de disparos, pero creo que logró escapar.

—Y... ¿cómo está ella? —Fue Beatrice quien preguntó, temerosa.

— No... lo sé —respondí, ausente.

Manuele se alejó, alegando que tenía que hacer unas llamadas, dejándonos a Beatrice y a mí solos.

— Ven, Rossi, siéntate aquí conmigo, por favor —me pidió, apoyando una de sus manos en mi hombro.

Sin fuerzas, me dejé llevar por ella.

Uno al lado del otro, ambos permanecimos en silencio durante unos segundos, perdidos en nuestros propios lamentos.

—Estás en estado de shock —declaró ella, rompiendo el silencio—. Estás tan sorprendido por la actitud de Maya que no consigues razonar con claridad. —Parpadeando frenéticamente, la miré fijamente—: Es normal sentir miedo, Rossi. Es normal dar rienda suelta a las emociones cuando estas son demasiado intensas para guardarlas dentro de uno mismo.

Volví a parpadear, asimilando sus palabras.

Mi corazón latía tan rápido y tan fuerte que todo lo que me rodeaba parecía carecer de importancia.

—Ella... ella dijo que me ama —confesé en voz baja, mirándome las manos—. ¿ La mujer con la que me casé se enamoró de mí, Beatrice. ¿Por qué? —La miré, sintiendo que se me humedecían los ojos después de mucho tiempo. La última vez que lloré fue cuando perdí a mi hermana—. ¿Por qué me amaría?

Beatrice rompió a llorar, buscando mis manos entre las suyas.

—Porque eres bueno —aseguró, entre lágrimas—. Eres bueno.

Tirando de mí para abrazarme, la frágil muchacha me sostuvo y yo me dejé consolar, porque ni siquiera tenía fuerzas para hablar o hacer nada en absoluto.

Capítulo 23

Maya

Tenía la cabeza pesada, al igual que el resto de mi cuerpo. Abrí los ojos, pero acabé parpadeando un poco hasta que me acostumbré a la molesta luz. Recordaba lo que había pasado, pero no sabía cuánto tiempo llevaba allí, en esa habitación del hospital.

Miré a mi alrededor en busca de un rostro conocido, pero solo encontré a un hombre, anotando algo en su bloc mientras observaba los datos de la ruidosa máquina justo detrás de mí.

—*Do-do... tor* —llamé, sintiendo que me ardía la garganta.

El hombre de mirada amable me miró con alegría.

—¡Oh, se ha despertado! —exclamó, dejando la libreta y centrándose en mí—. ¿Cómo se encuentra, querida? —preguntó, iluminándome los ojos con una luz—. ¿Sabe dónde está?

—Sí... lo sé —murmuré, acostumbrándome a mi tono de voz. —Mi marido y yo... sufrimos un atentado y... acabé recibiendo un disparo.

Sacudió la cabeza.

—Ajá, así es —asintió, volviendo a coger su bloc de notas—. El proyectil te alcanzó en el hombro, pero, por suerte, la bala lo atravesó. Fue limpio.

Parpadeé, asustada por mis inquietantes recuerdos.

—Lo más importante que quiero que sepa es que el bebé está bien —dijo, haciéndome mirarlo tan rápido que hasta me mareé—.

Porque, por lo general, este tipo de estrés en embarazos tan tempranos puede acarrear complicaciones, como un aborto, por ejemplo.

—¿Qué has dicho? —No podía creerlo.

El médico me miró con curiosidad.

—Estás embarazada —repitió casi lentamente—. ¿Aún no lo sabías?

No pude decir nada, así que solo negué con la cabeza, negando su pregunta.

—Está de poco más de cinco semanas —explicó—. Pero, por lo que parece, el bebé está bien. Como médico, le aconsejo que empiece el control prenatal lo antes posible para garantizar un embarazo saludable y sin sustos. —Movió la bolsa de suero, conectada a mi vena. —Bueno, ahora voy a salir a hablar con tu marido, porque está muy impaciente por saber noticias tuyas.

—Doctor... —le agarré del brazo—. *¿Él* ya lo sabe? —pregunté, desesperada—. ¿Sobre el... bebé? —fui más específica cuando me di cuenta de que no había entendido la pregunta.

—Aún no he hablado con él.

Suspiré de puro alivio.

—Por favor, no se lo digas —casi le supliqué—. Es que... —Me rascé la garganta, buscando una excusa plausible—*. Yo*... quiero... darle una *sorpresa*. —Intenté sonreír, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

El hombre asintió con la cabeza.

— Está bien — accedió. — Entonces solo te explicaré lo de tu operación.

Al decir eso, salió de la habitación, dejándome desesperada con la bomba que me había soltado en el regazo.

Embarazada.

Estaba embarazada.

Me había costado tanto conseguir que Rossi confiara en mí, para echarlo todo a perder con un embarazo no deseado.

Al sentir que se me humedecían los ojos, bajé la mirada hacia mi cuerpo; llevaba una bata de hospital.

Inconscientemente, deslicé la mano —la del brazo sano— hasta posarla sobre mi vientre plano.

Me costaba creer que hubiera una personita ahí dentro.

Me sobresalté cuando se abrió la puerta de golpe y retiré la mano del vientre al instante. Mis lágrimas se intensificaron al encontrarme con Rossi allí.

—Hola —murmuré, observando su postura rígida mientras él seguía parado en la puerta. —¿No vas a acercarte? —pregunté, divirtiéndome—. *Yo... yo* no te voy a morder, cariño.

Sacudiendo la cabeza, me dedicó una sonrisa. A continuación, por fin acortó la distancia entre nosotros.

Sus manos estaban frías cuando las acercó para sostener mi rostro y unir nuestros labios.

—Me has tenido... tan... preocupado —confesó en un susurro.

—*Lo* sé —le acaricié la cara con la mano—. Perdóname por eso.

Tirando del sillón que había al lado, se sentó, pero entrelazó sus dedos con los míos, manteniéndose cerca.

—Tienes... muy mal aspecto —declaré, sonriendo. Sus dedos volvieron a mi rostro, esta vez para limpiar las lágrimas insistentes. —No deberías... preocuparte*. Yo* soy... una leona, Rossi.

—¡Pero no eres invencible! —replicó, nervioso. Pude sentir, por su tono, que estaba irritado. Respiró hondo. —Podrías haber muerto. Podría haberte perdido.

Intenté incorporarme, pero acabé gimiendo de dolor.

—¡No te muevas! —ordenó—. Acabarás haciéndote más daño.

— ¿Por qué estás tan enfadado?

— No estoy irritado —murmuró secamente.

—No... es lo que estoy *sintiendo.*

— ¡Pues te equivocas! —suspiró, con aire impaciente—. Llevo horas ahí fuera, esperando a que terminen de operarte y deseando entrar aquí y encontrarte bien.

—¡Y me has encontrado! —murmuré, con la voz entrecortada —. *Yo...* estoy bien.

— ¡Pero podrías no estarlo! —replicó, mirándome con esa mirada intensa—. Odio esa sensación de impotencia, Maya, y eso es exactamente lo que me has hecho sentir.

Fruncí el ceño.

—¿Me estás... culpando por haberte salvado la vida?

Él soltó un suspiro.

— No deberías haber hecho lo que hiciste —declaró con frialdad cortante—. Fue imprudente.

— Vete de aquí —le pedí entre lágrimas.

— Maya...

—¿No te cansas de comportarte como un idiota? —le pregunté, enfadada tanto con él como conmigo misma—. Siento que enamorarme de ti fuera un error, pero… así fue. Y fue precisamente ese amor… el que me hizo interponerme delante de ti y recibir el disparo en tu lugar. — Sus hermosos ojos estaban muy abiertos y llenos de lágrimas que no llegaban a derramarse. — Ahora vete.

— Cariño...

— Vete, Rossi —insistí, dolida—. *Yo*... quiero estar sola.

Respirando hondo, soltó el aire lentamente. No lo estaba mirando, pero podía sentir su mirada sobre mí todo el tiempo.

Me dolían sus palabras, porque no esperaba que me regañara después de haber recibido una maldita bala por él y de haberle declarado mi amor.

¡Ni hablar!

Solo me di cuenta de que me había quedado sola en la cama después de oír el clic de la puerta al cerrarse. El torrente de lágrimas que estaba conteniendo se desbordó automáticamente.

Me debatí, angustiada por la sensación de estar nadando, nadando y nadando... pero sin llegar a ninguna parte.

***

Dos días después, por fin me dieron el alta y pude irme a casa.

No permití que Rossi me visitara después de nuestra pelea, aunque eso me dolió más de lo que me gustaría admitir.

Beatrice, Paola y los hermanos me hicieron compañía la mayor parte del tiempo, así que casi no pensé en el objeto de mis lamentos.

—Está hecho polvo —comentó Paola mientras me ayudaba a acostarme en la cama de mi habitación de la mansión—. Parece que se ha intercambiado con su propia sombra, porque parece un espectro andante —se rió entre dientes.

—No me importa —mentí, conteniendo un nudo en la garganta.

Paola se rió.

—No mientas —me regañó—. Sé que estás dolida porque Rossi no se portó bien, pero tienes que entender que él... —Se calló, frunciendo el ceño. Era como si estuviera eligiendo las palabras adecuadas.

— ¿Qué? ¿Qué le pasa?

Ella buscó aire.

—De todos los hermanos, Rossi es el más problemático —dijo.

—¿Por qué dices eso?

—No sabe manejar bien sus sentimientos —respondió él—. Llegaste aquí como una fiera, desafiando todo y a todos; de repente, empezaste a actuar con dulzura, aprendiendo a mirarlo con otros ojos. Te enamoraste de Rossi, querida, y eso se notaba. —Sonrió—. Entonces, tus acciones empezaron a cambiar, y esa actitud confundió aún más la mente del *capo*, que ya estaba confusa. ¿Qué crees que sintió él cuando tú, sin más, te interpuso ante la bala que iba dirigida a él? Me imagino que, en este momento, su mente es un caos total, Maya, porque ese hombre no entiende lo que está sintiendo.

Parpadeé, asimilando sus palabras.

—Tiene sentido... creo.

—Solo ten paciencia con él —me pidió.

— ¿Por qué estás tan buena? —bromeé, haciéndola reír.

—Porque soy una mujer de fases, ya te lo he dicho.

Me eché a reír a carcajadas.

En ese momento, alguien llamó a la puerta, interrumpiendo el momento.

Paola y yo nos dimos la vuelta a tiempo para ver a Rossi, con aire incómodo.

— Bueno... — Paola juntó las manos—. Estaré abajo si me necesitas.

— Gracias. — Le sonreí, y ella me guiñó un ojo antes de dar media vuelta y salir de la habitación.

Rossi cerró la puerta, pero se quedó de espaldas a mí durante un rato, lo que me puso nerviosa.

— ¡Rossi, por el amor de Dios! ¿Quieres, por favor, salir de ahí de una vez? — solté de un tirón. Él me miró, temeroso. — Ven aquí. — Di una palmada en el colchón, a mi lado.

Aunque desconfiado, se acercó.

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—Sí —dije, porque era la verdad. Busqué su mano y noté que estaba fría. —Pero eso no anula el amor que siento por ti —declaré mirándole directamente a los ojos—. Sé que estás asustado, pero no voy a permitir que me alejes. ¡Ya no! —Le apreté la mano—. Te quiero, y tienes que aceptarlo. ¿Puedes aceptarlo?

Sus ojos estaban temerosos y perdidos.

—Amar a otra persona significa muchas cosas, lo sé —continué en cuanto me di cuenta de que seguiría mirándome sin decir nada—. Corremos riesgos. Pero es precisamente eso lo que nos hace más atrevidos; más felices. No elegí enamorarme, pero sucedió.

—Yo... —bajó la cabeza, mirando nuestras manos entrelazadas — tengo... miedo. —Levantó la mirada y pude ver la angustia en sus ojos. —No me gusta esta sensación, Maya.

—¿De qué tienes miedo?

Parpadeó varias veces.

—De perderte.

Mi corazón dio un vuelco.

Ansiosa, llevé la mano a su rostro barbudo, adorando la sensación del cosquilleo en mi piel sensible.

— Apuesto a que si me das un beso, ese miedo desaparecerá enseguida —bromeé con él, mordiéndome los labios.

Sonriendo, se inclinó, sosteniendo mi rostro entre sus manos. Automáticamente, inhalé su delicioso perfume y chupé su lengua cuando invadió el espacio entre mis labios.

—¡Joder! ¡Qué añoranza! —gimió él, intensificando el beso. — Fuiste tan mala conmigo al prohibirme verte en el hospital — comentó, deslizando la lengua desde mi barbilla hasta el cuello.

—Porque tú fuiste malo conmigo primero —repliqué, jadeando —. Pero estoy pensando en perdonarte.

— ¿Ah, sí? — Un escalofrío recorrió toda mi piel cuando me mordió la oreja antes de, literalmente, chuparla. — ¿Qué tengo que hacer?

Sujetándole la cabeza, le obligué a mirarme a los ojos. Mi respiración era entrecortada.

— ¿Qué tal si llevas esa boca tan apetecible entre mis piernas? —Recorrí sus labios con mi pulgar.

La sonrisa que me dedicó fue tan lasciva como mi invitación.

Y allí estaba yo... de nuevo en el juego.

Sin embargo, ya no estaba sola, porque había otro corazón latiendo dentro de mí.

Capítulo 24

Rossi

Entrecerré los ojos en cuanto los dirigí hacia el hombre que tenía delante. Justo detrás de mí estaban Paola y Manuele, mientras caminábamos por la galería de Caruso.

—¡Vaya! Qué gran honor recibir al gran capo Fratelli aquí, en mi humilde galería —dijo él, acercándose a nosotros con una enorme sonrisa. Era más que obvio que aquel lugar se utilizaba como tapadera para sus negocios sucios. —¿A qué se debe la visita? —Extendió la mano para saludarme, a la que solo miré, sin ninguna intención de tocarla.

—Yo podría hacerte la misma pregunta, Caruso, ya que tú me hiciste una visita un tanto furtiva, ¿no? —Frunció el ceño, como si no lo entendiera.

Ignoré su nerviosismo y lo escudriñé, sabiendo perfectamente que Paola y Manuele estaban a la espera, cubriéndome las espaldas.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué está pasando aquí? —Observé cómo se acercaban sus guardaespaldas, pero, a una velocidad aterradora, Paola se encargó de ellos, uno por uno. Los ojos de Caruso se agrandaron.

—Hace una semana, estuvo en mi casa para socializar con nosotros y con los demás socios —argumenté, tranquilo y neutral—. Sin embargo, acabó faltándole el respeto a mi esposa.

—¿Qué? Quien haya dicho eso miente, *capo*, yo nunca haría algo así.

Dejé de caminar y me volví hacia él con las cejas arqueadas.

—¿Me estás diciendo entonces que mi hermano me mintió? ¿Es eso lo que estás insinuando?

Empezó a tartamudear mientras daba pasos hacia atrás, pero se detuvo al encontrarse con Manuele a sus espaldas.

—El *jefe* te ha hecho una pregunta —gruñó él.

—Vaya, vaya... —siseó Paola, mientras enrollaba el látigo entre sus manos—, parece que se le ha comido la lengua el gato.

Solté una risita, porque me encantaba deleitarme con el miedo de mis víctimas. Era una sensación tan estimulante como la que sentía cada vez que llegaba a casa y encontraba a Maya esperándome.

—Te pusiste nervioso porque mi chica te agredió, así que pensaste que tenías derecho a tocarla —rugí, feroz, aunque mi voz se mantuviera tranquila—. Luca llegó justo en ese momento, obligándote a contener el deseo de devolver la agresión.

—*E-eso* no es cierto —murmuró, levantando las manos, tratando de convencerme—. ¿Por qué iba a estar tan loco como para faltarle al respeto dentro de su propia casa?

—Eso es lo que yo también me pregunté, *mio caro* —dije—. Al igual que me pregunté por qué te vieron salir del *Parco della Favorita* justo después de que mi esposa recibiera un disparo. —Apreté la mandíbula, observando sus reacciones. —Lo único que se me ocurre, Caruso, es que no aceptaste su rechazo y, sencillamente, nos seguiste en cuanto salimos de la cena. Lo único que no sé es si el disparo realmente iba dirigido a ella o a mí.

—*E-eso* es un error, *capo* —volvió a tartamudear, pálido como un trozo de papel blanco—*. Y-yo* no sería capaz... —Se calló cuando Paola hizo chasquear el látigo, golpeándole un lado de la cara. El impacto le abrió un corte en la piel.

—¿Por qué intentaste matarme? —pregunté, acercándome a él —. ¿Quién te pagó, Caruso? No olvides que recuerdo muy bien lo mucho que a mi padre le gustaban tus habilidades como tirador.

Me miró con los ojos inyectados en sangre.

— ¿Crees que voy a decir algo sabiendo que me vais a matar de una forma u otra? —preguntó, lleno de ira—. Sin duda, tu padre fue mejor líder que tú, Rossi, teniendo en cuenta que ni siquiera eres capaz de mantener a tu mujer a raya. —Empezó a reír, pero Paola le volvió a golpear, haciéndole aullar de dolor.

—Ahora nos estamos entendiendo. —Sonreí—. Es gratificante hablar con sinceridad, ¿sabes? —mencioné con cinismo—. ¿Qué pensabas, Caruso? ¿Que te ofrecería a mi mujer como si fuera un banquete?

Él se rió.

—Eso es lo que parecía, ya que la putita ni siquiera llevaba bragas esa noche.

Apreté el puño al instante y se lo lancé hacia la nariz, con un golpe certero. Pude oír el crujido del hueso al romperse.

—¿Quién te ha pagado para intentar matarme? —volví a preguntar, inclinándome, ya que mi golpe lo había desequilibrado y lo había hecho caer—. Por cierto, ¿cuánto has ganado por traicionar a la familia para la que llevas tantos años trabajando? —Se quedó en silencio.

—No sirve de nada negarlo, *figlio di puttana* —siseó Manuele, agachándose y pegándole el cañón de su pistola a la cabeza—. Hay pruebas; imágenes y grabaciones.

—¿Q-qué voy a ganar si lo revelo? Me van a matar de todas formas —replicó, hablando con dificultad debido a la herida en la nariz.

—Depende —dije.

—¿De qué?

Una sonrisa siniestra iluminó mis labios, mientras me rascaba la espesa barba.

—Si colaboras, no dejaré que mueras a manos de ella —señalé a Paola—. Creo que conoces la fama de la «contadora de historias»...

Pude notar el temblor en todo su cuerpo, mientras Paola golpeaba el suelo con la punta de su bota, completamente impaciente.

—Te daré un tiro de gracia, Caruso —añadí.

Se quedó pensativo. Miró a su alrededor, quizá con la esperanza de que alguien viniera a salvarlo.

—Nadie vendrá —le aseguró Manuele—. Hemos acabado con toda su flota de guardias de mierda.

Caruso maldijo entre dientes, respirando hondo.

—*Yo*... *yo* realmente no sé quién quiere tu cabeza, Rossi —argumentó al final—. Hace unas semanas, me buscó un hombre que me ofreció una excelente recompensa por tu muerte. Al principio no acepté, pero, unos días después de la propuesta, acabé haciendo una jugada pésima y perdí mucho dinero, así que... por desgracia, me eché atrás en mi decisión, teniendo en cuenta que la pasta era muy buena.

—¿Por qué dice que no sabe quién quiere la cabeza del *capo* si acaba de decir que le buscó un hombre? —preguntó Manuele.

—Porque el hombre también era un intermediario —respondió —. Es de ese tipo de personas que subcontratan los trabajos sucios.

— ¿Entonces solo tuviste acceso a él? —pregunté.

—Sí —confirmó—. La idea ni siquiera era matarlo la noche de la cena. Pero verlo salir de la fortaleza fue la oportunidad perfecta.

—¿Cómo se llama ese tipo, Caruso?

—Se le conoce como *«Topo»* —respondió.

—Rata —murmuró Paola con asco, traduciendo el apodo.

Miré a Manuele mientras enderezaba la espalda.

—Pásale esta información a Jack —le dije. A continuación, miré mi reloj y vi que eran casi las siete de la tarde. —Ahora tengo que irme. ¡Que os divirtáis!

Dándome la vuelta, me detuve al oír la súplica de Caruso:

—H-he hecho lo que me pediste —murmuró desesperado, mientras Paola lo escudriñaba, a punto de devorarlo—. Te he contado todo lo que sabía. Por favor, no me dejes con ella.

—¡Oye! —se quejó Manuele—. Me siento ofendido.

Mi mirada se volvió sombría.

—La tocaste —dije, sintiendo cómo mis instintos se agitaron—. Casi matas a mi mujer.

— ¿Y sabes una cosa, *querido*? —preguntó Paola, enrollando el látigo entre sus manos—. Date por satisfecho de que tu verdugo no será él, porque yo sería la primera en sentir lástima por ti.

Mi sonrisa fue tan perversa que tuve la certeza, por el trago difícil de Caruso, de que él entendió lo acertada que estaba mi soldado.

—Saluda al diablo de mi parte —le pedí y, acto seguido, me di la vuelta dejándolo en manos de mi hermano y de la narradora de historias.

***

Maya estaba tumbada en la cama cuando llegué a nuestra habitación; durante unos instantes, la admiré mientras estaba concentrada en su lectura; con el pelo negro completamente suelto, lo que hacía que mis dedos picaran de ganas de tocarlo.

En cuanto sus hermosos ojos se encontraron con los míos, sentí, como siempre ocurría, esa conexión que nos hacía únicos.

Los últimos días habían servido para unirnos aún más, aunque su confesión me había asustado. La sensación de impotencia que sentí cuando, prácticamente, vi cómo su vida se me escapaba entre los dedos fue extremadamente dolorosa, y no quería volver a sentir eso nunca más. No me sentía cómodo sabiendo que tenía un punto débil.

—¿Eh? —Oí su voz y parpadeé, dispersando mis pensamientos aleatorios—. ¿Qué pasa? Tenías la mente en otra parte.

Sonreí, sacudiendo la cabeza.

—¿Algún problema? ¿Acaso has descubierto algo sobre el saboteador?

Negué con la cabeza, angustiado, porque aún no había tenido el valor de contarle lo del hijo bastardo de Billy.

—¿Qué estás leyendo? —Me acerqué a ella, señalando el libro que tenía en la mano, ignorando a propósito sus preguntas.

Aún no me había acostumbrado a verla con ese maldito cabestrillo. Eso me llenaba de furia, porque me recordaba mi fracaso a la hora de protegerla.

—Ah, una novela tonta —respondió, sin saber muy bien qué decir. Su mano —la del brazo sano— se enroscó en mi cuello, acercando mi rostro al suyo. —¿Me echabas de menos? —preguntó entre besos.

Sonreí.

—Un poquito —mentí, y ella me pellizcó. —Estaba aquí pensando... —entrelacé nuestros dedos y llevé su mano a mi boca, donde besé su suave palma— ¿qué tal si damos un paseo?

Frunció el ceño, pero no ocultó su entusiasmo ante mi invitación.

—¿Adónde?

— A donde quieras ir.

Sus increíbles ojos azules brillaron tanto como el sol en un día caluroso.

— ¡Pues quiero ir al cine! —exclamó.

Puse cara de disgusto.

— ¿Al cine? — No oculté mi descontento con la elección.

— ¡No te atrevas a quejarte, porque me has dado carta blanca! — Me hizo gracia su entusiasmo. — Voy a arreglarme. — Saltó de la cama de un brinco.

Me quedé sentado en la cama, simplemente observando, encantado, cómo mi chica empezaba a elegir la ropa que se pondría para nuestra *hora feliz*.

***

No tenía ni idea de qué película habíamos elegido, pero tampoco me importaba, porque solo tenía ojos para la chica

encantadora a mi lado. Maya resoplaba, sin apartar la vista de la pantalla. Antes de llegar, acabé comprando todas las entradas para asegurarnos la sala solo para nosotros dos; mis guardaespaldas estaban por todas partes, porque no me apetecía tener sorpresas durante mi cita con Maya.

—Te estás perdiendo toda la película, ¿lo sabías? —susurró de repente, apartando la mirada para poder mirarme a los ojos—. Te estás perdiendo la belleza de la historia.

Negué con la cabeza.

—No puedo concentrarme con todo ese lloro tuyo —bromeé, divertido.

—¡Oye! —se quejó, pero acabé robándole un beso.

Por mucho que intentara luchar contra lo que estaba creciendo entre Maya y yo, era mucho más fuerte de lo que mis fuerzas podían soportar. Mis sonrisas ya no eran contenidas; mi ganas de vivir se habían vuelto más fuertes desde que descubrí un motivo para mi vida. Maya era ese motivo.

Ella era mi razón.

***

— Ha sido una película muy interesante.

—Ni siquiera lo has visto —replicó ella, riendo.

Estábamos a la salida del centro comercial cuando Maya se detuvo de repente.

— ¡Oh, Dios mío! Está lloviendo.

Franzi frunció el ceño.

— Sí. ¿Acaso nunca has visto llover?

—No es eso, es solo que...

Se soltó de mí y, rápidamente, como una niña traviesa, salió corriendo del porche del edificio.

Deslumbrado, me quedé simplemente observándola mientras corría de un lado a otro, bajo la lluvia torrencial, riendo y divirtiéndose con algo tan tonto y sencillo.

Con la mano en el bolsillo, acaricié la piedra que me había regalado Beatrice —y que se había convertido en una especie de amuleto para mí— y me sorprendí sonriendo. De una forma extraña, sentí una energía positiva.

Sin poder resistirlo, contagiado, me acerqué a mi chica.

—Siente, Rossi... —cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás—. Siente la sensación de libertad.

Mirando su rostro mojado, al igual que todo su cuerpo, finalmente comprendí lo que llevaba posponiendo desde hacía tiempo.

La amaba.

Amaba cada uno de sus matices.

Cada parte de su cuerpo.

La amaba con sus cualidades y sus defectos.

Y allí, me prometí a mí mismo que intentaría ser lo que ella necesitaba que fuera.

Por ella, me esforzaría por ser mejor.

Capítulo 25

Maya

Habían pasado tres semanas desde el atentado contra Rossi. Mi recuperación iba bien, teniendo en cuenta que por las mañanas me sometía a largas sesiones de fisioterapia. Ya no necesitaba usar el cabestrillo, así que me sentía mucho mejor.

Mi relación con mi marido, al contrario de todo el impacto tras el atentado, había mejorado considerablemente; percibía su esfuerzo por seguir manteniéndose neutral ante lo que, obviamente, sentía por mí; una mujer sabe cuándo un hombre está enamorado, y yo sabía que Rossi lo estaba. Solo tenía que hacer que él se diera cuenta de ello.

Nuestros últimos días habían sido muy intensos; llenos de novedades. Como para protegerme, él optó por mantenerme al margen de las investigaciones sobre el tiroteo y sobre el sabotaje a los negocios de mi padre. Así que su forma de engañarme era mimándome con diferentes sorpresas. Cenas, sexo, cine, sexo, joyas, sexo, flores, sexo...

No es que me quejara..., pero echaba algo de menos... no estábamos completos. Había secretos entre nosotros.

—Lo echas de menos, ¿verdad? —Disipé mis pensamientos en cuanto oí la voz de Paola detrás de mí. Estaba en su sala de entrenamiento. —Sabes que todavía no podemos volver a entrenar, chica.

Sonreí.

— Lo sé, no te preocupes.

—No estoy preocupada —murmuró, con tono brusco.

Puse los ojos en blanco ante su brusquedad.

De repente, oímos los pasos de alguien; enseguida nos giramos hacia la puerta a tiempo de ver a Mariano.

—Manuele me ha pedido que te avise de que te va a necesitar más tarde —le dijo a Paola, que ni siquiera lo miró directamente.

—Ajá —murmuró ella.

—¿Qué tal, Maya? ¿Te estás recuperando bien? —Se volvió hacia mí.

Sonreí ante su preocupación sincera. La verdad es que estas últimas semanas me han servido para darme cuenta de la increíble familia con la que he sido bendecida. Todos se cuidaban unos a otros.

—Sí, gracias, cuñado.

Asintió, alegre, pero la sonrisa se desvaneció cuando volvió a mirar a Paola, antes de despedirse de nosotros.

—Sé que, a veces, soy una zorra, pero tú... —comenté, frunciendo los labios.

Frunció el ceño.

— ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Me senté en uno de los bancos, mientras ella seguía de pie, afilando las hojas de las espadas.

—¿Por qué no puedes admitir que estás loca por Mariano? ¡Joder, se te nota a leguas! No puedo creer que sea la única que se da cuenta.

Su expresión se ensombreció al instante.

— No sabes de qué estás hablando.

— ¡Sí, claro que no lo sé! —Puse los ojos en blanco, sin paciencia.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos.

— ¿Paola? — la llamé de repente.

— ¿Hola? —murmuró, sin prestarme la atención que yo deseaba.

—Necesito tu ayuda.

Su mirada se cruzó con la mía al instante. Quizás fuera mera curiosidad, o tal vez realmente percibió la tensión que se escondía tras mi petición.

—¿Qué pasa?

Respiré hondo mientras miraba a mi alrededor, temeroso de que alguien, además de ella, pudiera oírnos.

—Sé quién fue el responsable del ataque a la mansión de mi padre en Nueva York, hace unos meses —le conté, lo que la hizo arquear las cejas. —Y antes de que me acuses, no se lo conté a Rossi porque tenía miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

Le di una palmada en el costado, en una petición silenciosa para que se acercara, lo cual hizo sin protestar.

—Aquella noche, fui tras el intruso con mis perros y lo encontré —recordé—. Odin y Thor lo acorralaron, y yo estaba a punto de acabar con él, pero entonces el desconocido me dijo algo que me dejó sin palabras.

— ¿Qué? ¿Qué te dijo?

Rápidamente, le cogí las manos y la miré a los ojos.

—Quiero que me prometas que no le contarás a nadie lo que te diga, Paola.

—Si eso es lo que quieres, entonces puedes confiar en mí —aseguró, seria.

Respiré hondo, confiando en ella.

— ¡Vale! —exclamé, buscando el valor para decirlo—. El hombre me llamó hermana.

— ¿Hermana? — Parecía tan incrédula como yo lo había estado en aquel momento. — ¿Entonces tu padre tuvo otro hijo?

— Por lo que parece, sí, pero fuera del matrimonio —expliqué —. ¿Te acuerdas de aquella vez que salí con Mariano? —Asintió con la cabeza. —Fui a hablar con una mujer que conoció a mi madre en el pasado. —Metí la mano dentro del sujetador y saqué la postal que me había dado la señora Carlota—. Ella me entregó esto. —Paola cogió el papel envejecido de mi mano—. Esa era la dirección de la amante de mi padre.

— ¡Vaya! Estoy muy sorprendida —afirmó—. Debió de ser un golpe duro para ti descubrir que tienes un hermano y que el tipo es un maldito criminal.

—No hay forma de estar segura de cómo es él —repliqué—. No tiene la culpa de que nuestro padre lo rechazara.

—Ese hombre, al que estás llamando pobrecito, llenó la mansión de explosivos, Maya.

—Nadie tiene la certeza de nada. Puede que no tuviera otra opción.

—Todos tenemos opciones —replicó, sombría—. Tú eliges matar. Pero también eliges salvar.

Tragué saliva con dificultad, porque una nueva oleada de náuseas amenazaba con derribarme. Me estaba resultando extremadamente difícil ocultárselo a todos, sobre todo a Rossi.

—Quiero ir a esa dirección —dije.

—¿Te has vuelto loca? Rossi nunca lo permitiría, teniendo en cuenta lo que pasó hace unas semanas.

—¡No lo entiendes! —exclamé exasperada. —Te va a matar, Paola. —Hice un gesto con las manos—. Ese chico es mi hermano.

—Que intentó matarte —se refirió al episodio en el que Rossi y yo fuimos perseguidos en el tráfico, además, claro está, de los explosivos en la mansión. —¿De verdad quieres enfrentarte a la furia del *capo*?

—No tiene por qué saberlo —dije con prisa—. Fingiremos que quiero ir de compras y...

—¿Nosotros? —me interrumpió, incrédula—. Sácame de esta locura. No voy a hacer eso.

—Por favor. —Le apreté la mano—. Quizá ese desconocido sea mi único pariente vivo, Paola, y corro el riesgo de perderlo si no hago nada. Rossi lo matará, o... pueden matarse entre ellos si continúan con esa maldita guerra fría.

—Te quiero, cariño, pero soy leal al *capo* —dijo con firmeza—. Lo siento.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Malditas hormonas!

Sorprendida, Paola soltó mi mano y me apretó el hombro.

—¡Oye, chica, no hagas eso, porque no voy a caer en ese chantaje barato!

No pude contenerme y me eché a reír entre lágrimas.

—No estoy fingiendo, idiota —murmuré. A continuación, me pasé las manos por la cara mojada. —Estoy embarazada —confesé.

Su silencio me hizo levantar la vista para mirarla. Paola me estaba mirando, pero parecía que en realidad no me veía.

— ¿Paola? — Chasqueé los dedos delante de sus ojos. Ella parpadeó. — ¿Estás bien?

Una nube negra atravesó su mirada, pero fue breve.

— ¿Él lo sabe?

Negué con la cabeza.

—Rossi dejó claro que no quiere tener hijos —argumenté.

— ¿Y tú crees que podrás ocultárselo durante cuánto tiempo? Maya, estás embarazada de él, ¡despierta! ¿Desde cuándo lo sabes? De hecho, ¿cuándo te enteraste?

—En el hospital.

— ¡Joder, Maya! —exclamó, levantándose—. Esto está mal. ¡Está jodidamente mal! Tienes que contárselo.

—Y lo haré. Pero no ahora —respondí, atormentada—. Antes tengo que resolver el problema con mi hermano.

— Deja esa idea estúpida de buscar problemas —gruñó, irritada—. Cuéntale a Rossi lo que sabes y deja que él lo resuelva.

—No me va a dejar hablar con mi hermano. Rossi lo va a matar, lo siento cada vez que menciona el tema —murmuré

desesperada. —Entonces, quizá si me encuentro con mi hermano antes, yo...

— ¿Qué vas a hacer, eh? ¿Qué crees que vas a hacer, oh, ninja? —Fue sarcástica—. Rossi y los hermanos llevan años entrenándose, así que no creas que tú, junto con tus perros, vas a conseguir nada. Solo te pondrás en peligro. O mejor dicho, pondrás a los dos en peligro —se refirió a mi bebé. Por instinto, me abracé el vientre. —Maya, por favor, promete que vas a olvidar este asunto —me pidió—. Promete que no te vas a poner en peligro.

Parpadeé, esforzándome por asimilar sus palabras.

No pude decir nada, así que me limité a asentir con la cabeza, aunque en el fondo sabía que estaba mintiendo.

***

No tenía ni idea de qué me había llevado a caminar por esa parte de la mansión, pero allí estaba... mirando fijamente la puerta de hierro que daba a un espacio aterrador.

Con las manos temblorosas, la empujé y la oí chirriar al abrirse. El sensor de movimiento hizo que las luces se encendieran de inmediato, aunque el lugar no estaba muy bien iluminado. Aturdida, observé con atención cada detalle de aquel lugar tenebroso y fétido.

Había salpicaduras de sangre por todas partes.

Instrumentos de tortura.

Olor a muerte en el aire.

Nunca fui ingenua respecto a cómo funcionaba la mafia; sabía que la criminalidad no se limitaba solo al tráfico de armas y drogas, sino también a todo tipo de violencia contra el ser humano. ¿Pero verlo...? Mi cerebro aún intentaba asimilar el recuerdo del momento

en que presencié a Rossi torturando a un hombre justo allí... donde yo estaba pisando. Era extraño.

Era angustiante.

No podía ignorar el miedo de saber que él podría hacerle lo mismo a mi hermano, lo cual era ridículo, ya que no lo conocía. No conocía su historia, al igual que él tampoco conocía la mía.

Quizá fuera por el hecho de estar embarazada por lo que mis emociones estaban tan a flor de piel.

Solté un suspiro dolorido, sintiéndome cansada.

Me toqué el vientre, preguntándome qué diría Rossi cuando se enterara del bebé que crecía dentro de mí.

Al mirar a mi alrededor, me fijé en una puerta escondida en la esquina de la habitación.

Me acerqué a ella, curiosa por descubrir qué tipo de cosas aterradoras se escondían al otro lado, pero al girar el pomo, la puerta no se abrió.

— ¡Maldición!

Me mordí los labios, frustrada.

Algo me decía que allí dentro había algo importante. Un secreto muy valioso.

Cansada, decidí salir de aquel lugar, porque todo ese olor ya me estaba dando náuseas.

***

Eran casi las siete de la noche cuando, recién duchada, fui a buscar a Rossi a su oficina. Lo oí llegar antes, pero como tardaba en subir, decidí ir a buscarlo.

—Hola —saludé, tras dar un golpecito en la puerta. Estaba solo. Su preciosa sonrisa, al verme, me calentó el corazón enamorado.

—¡Hola! —Se levantó al instante y vino a mi encuentro. Le ofrecí mis labios cuando quiso robarme un beso. —¿Ha pasado algo?

Le rodeé la cintura con mis brazos.

—Sí, ha pasado algo —dije—. Y necesito tu ayuda.

Su expresión se tensó al instante.

— ¿Qué ha pasado?

— ¿Puedes venir conmigo? ¿Estás ocupado?

—No, yo... ¿quieres contarme qué ha pasado? —parecía desesperado.

—Te espero en la cocina.

No esperé a que respondiera y me di media vuelta.

***

Unos minutos después de que llegara a la cocina, Rossi apareció enseguida, con la mirada atenta.

—Toma esto —le lancé un delantal, que él cogió antes de que cayera al suelo—. Lo vas a necesitar.

Se quedó mirándome, sin entender nada.

— ¿Y cuál es el problema? Me dijiste que necesitabas ayuda.

—Y la necesito —respondí, atándome mi propio delantal—. Para hacer la masa de los fideos.

Su cara de asombro pronto dio paso a la incredulidad, y yo me reí.

—No pongas esa cara de enfadado —murmuré, acercándome y rodeándole la nuca con la mano—, porque me derrito.

—Me has tenido preocupado —dijo contra mis labios—. Pensé que fuera algo serio.

—Pero lo es —justifiqué, poniendo cara de inocente—. Quiero que me enseñes a cocinar pasta.

Por fin se rió.

—Así está mejor. —Le pellizqué la nariz.

Me alejé de él, que empezó a decirme los ingredientes que necesitaríamos. En ese momento, Manuele entró en la cocina, seguido de Mariano, Fillipo y, por último, Luca.

—Tenía que verlo con mis propios ojos —se burló Manuele—. Es oficial, chicos, la psicópata ha conseguido domar a nuestro hermano mayor.

Los demás se rieron.

—Vete a la mierda, Manuele. —Rossi le lanzó una cuchara, que él esquivó sin dejar de reír.

— ¿Podemos pensar en añadir eso a su currículum, qué te parece? —dijo Luca—. El poderoso *capo*, que en sus ratos libres se pone el delantal y juega a las casitas con su mujer.

— Si quieres, puede prepararte unas gachas, Luca —dije con ironía, provocándole—. Ya que todavía estás en fase de crecimiento.

Sus hermanos se rieron, incluido Rossi.

—No seas ridícula, loca. ¡Yo, eh! —Cruzó los brazos, enfadado —. Soy todo un hombre, por si te interesa.

—No, ella no quiere saberlo —gruñó Rossi, haciéndome reír con sus celos.

— ¿Qué están cocinando, al fin y al cabo? —quiso saber Mariano, echando un vistazo a los ingredientes.

—¿Quieren ayuda? —preguntó Fillipo—. Aunque lo pregunto solo por educación, que quede claro.

Me eché a reír a carcajadas.

—Sois muy descarados —comenté, riendo.

No tardó mucho en que Beatrice también entrara en la cocina, seguida de Paola.

Y lo que iba a ser una cena de pareja, se convirtió en una cena de toda la familia.

Capítulo 26

Rossi

— Solo me estás provocando —se quejó Maya—. ¿Lo sabes, cariño?

Solté una risita mientras seguía masajeando su cuerpo bajo el agua. Nuestro baño matutino juntos se había convertido en una rutina.

— ¿Es mi impresión o tus pechos están más grandes? — pregunté, fijando la mirada en sus dos melones.

Sin responderme, simplemente me agarró la cara y pegó su boca a la mía, desesperada por un contacto más íntimo. Su mano bajó y se cerró sobre mi erección, acariciándome mientras nuestras lenguas se entrelazaban.

Cogiéndome por sorpresa, se tiró a mis pies, quedando cara a cara con mi polla erecta; mi respiración se entrecortó al instante.

— Cariño, no... — mi voz se apagó en cuanto ella me engulló por completo sin siquiera esperar a que me preparara.

La escena era tan erótica que ni siquiera tenía palabras para describir lo que se agitaba en mi interior. Aquella mujer me desarmaba con una facilidad aterradora.

Me dejaba perdido.

Con una mano en mis pelotas y la otra estimulando mi polla con un movimiento de vaivén, empezó a lamerme y chuparme como si fuera un pirulí; todo ello sin dejar de mirarme a los ojos.

Tan guapa.

Tan sensual.

Desesperado, enrollé su cabello mojado en mi mano derecha, pero sin forzarla; ella tenía el control. Su lengua se deslizaba lentamente por el glande, torturándome. Mis gemidos se ahogaban.

—Dame leche, Rossi —pidió, desestabilizándome—. Quiero tragármelo todo.

— ¡Joder, mujer! —rugí, descontrolado—. ¿Dónde aprendes esas cosas?

Gemí, echando la cabeza hacia atrás mientras ella intensificaba la succión. Se me doblaron las piernas y mis latidos se volvieron ensordecedores.

Pronto Maya sintió mis chorros, directamente en su garganta, pero, para mi mayor excitación, no se quejó; ni siquiera se atragantó. Al contrario, se lo tragó todo como una buena chica.

Levanté su cuerpo y acerqué mi boca a la suya, demasiado excitado para seguir alejado de sus besos.

Con cuidado, la empujé para que enrollara las piernas a mi alrededor y la presioné contra la pared fría. Nuestras bocas no se separaron y me lancé sobre su coño apretadito.

—¿Es eso lo que quieres? —gemí la pregunta, hundiendo mi polla en su entrada resbaladiza.

Sosteniendo mi cara, me miró con esos grandes e increíbles ojos azules.

—¡Quiero que me ames! ¡Quiero que me folles!

Todo dentro y fuera de mí parecía perdido, aunque cada vez que estábamos juntos, sentía que todo encajaba.

Parecía lo correcto.

No respondí. En lugar de eso, volví a besarla. Un beso lleno de palabras no dichas.

***

—¿Estás seguro de que este es el lugar del que habló Jack? —pregunté, dentro del coche. Manuele y yo llevábamos poco más de veinte minutos esperando al chico apodado «*Topo*».

—Ya me has hecho esa pregunta más de cinco veces, Rossi —respondió con un siseo.

—¡Quizás porque tengo la sensación de que todo esto es una maldita pérdida de tiempo! —rugí, sin paciencia. Eché un vistazo por los retrovisores y vi a nuestros hombres por todas partes velando por nuestra seguridad.

El lugar acordado estaba bastante apartado, lo que no hacía más que aumentar mi desconfianza.

Por otro lado, no podía desperdiciar ninguna oportunidad de descubrir el nombre del nuevo líder de *los Shadows*.

—Sería mucho más fácil si Jack descubriera quién es ese maldito *Papa* —comenté.

—Las cosas no son tan sencillas, Rossi, y tú lo sabes.

Resoplé, irritado e impaciente.

Instantes después, por fin nos informaron de la llegada de nuestro invitado.

Jack lo había localizado dos días antes, pero le había asegurado que no lo mataríamos y que solo nos interesaba tener una conversación.

— ¿Sabes lo que significa la puntualidad, eh? —pregunté en tono brusco, en cuanto el chico de aspecto juvenil entró en el vehículo. Los dos estábamos en la parte trasera de mi coche, mientras Manuele se quedó delante.

—No voy a pedir disculpas, tío —replicó él, con un marcado acento americano—. La verdad es que tengo una vida muy ajetreada, así que no siempre consigo cumplir con mis compromisos a la hora acordada.

—Jack nos aseguró que nos darías el nombre del hombre que te contrató para matar al *capo* Rossi —se apresuró a decir Manuele, al verme con los puños cerrados, irritado por la forma en que ese idiota me había tratado.

—Sí, pero yo también necesito garantías.

Entrecerré los ojos.

— ¿Qué tipo de garantías? —La pregunta no pasó de ser un silbido.

—De que seguiré vivo después de dar la información —respondió, encogiéndose de hombros—. Y, por supuesto, una buena suma de dinero.

Apretando la mandíbula, miré a Manuele, quien me pasó un pequeño sobre lleno de billetes de euro.

Esperé a que el idiota lo comprobara y, a continuación, me miró fijamente mientras abría la puerta del vehículo.

—¡De acuerdo! —exclamó—. Por suerte, tengo mis propias garantías —añadió—. Diré el nombre ahora mismo y me dejaréis marchar, porque seguro que querréis saber dónde encontrar a vuestro enemigo.

—¿Sabes dónde encontrarlo? —pregunté, guiñándole un ojo.

—Sí, lo sé. Se llama Louis Moran —dijo, ignorando mi pregunta —. Se le conoce como *el Papa*, porque se considera el padre de los regenerados.

Él siguió hablando, pero dejé de escuchar en cuanto oí ese nombre.

El ambiente se paralizó.

Todo a mi alrededor dejó de existir mientras mis recuerdos se apoderaban de mi mente.

***

—Ya está listo, Rossi —me avisó mi padre, Federico Ricci—. Quiero que seas tú quien mande a ese maldito al infierno, teniendo en cuenta que dentro de unos años ocuparás mi lugar. Quiero que mi hijo sea tan temido como lo soy yo.

Hacía menos de una semana que habíamos encontrado el cuerpo de Bianca y, desde entonces, nuestra rutina se había reducido a dar caza a todos los miembros de esa maldita mafia que nos la había arrebatado.

Sin decir una palabra, me bebí el resto de mi copa y, a continuación, entré en el lugar donde estaba el hombre. Casi toda su piel había sido arrancada, al igual que sus ojos. La mayoría de nuestros hombres le habían violado el ano al maldito, infligiéndole las mismas barbaridades que le hicieron a Bianca.

Sin embargo, no conseguía sentir alivio por ello.

Nada de lo que hiciéramos traería de vuelta a nuestra hermana. Nada.

Al mirar a ese desgraciado, solo podía sentir odio. Odio en su forma más pura, enfermiza y cruel.

Louis Moran se convirtió en enemigo de los Fratelli después de que nuestro padre se negara a trabajar con él; el desgraciado era un hombre sin escrúpulos ni honor en los bajos fondos, y Federico Ricci no quería traer eso a nuestra familia.

Y la consecuencia de tal decisión fue fatal para nuestra hermana.

Todos mis hermanos estaban allí, pero en silencio. El único sonido provenía de ese maldito, que gritaba a pleno pulmón de puro dolor.

Miré mis manos, consciente de todo lo que había sido capaz de hacer con ellas. No era ningún santo. Nunca tuve piedad. Mi freno era Bianca.

Mi pedacito de paraíso.

Mi aliento.

—Mi hermana era la luz que iluminaba mi vida —dije más para mí mismo, aunque todos allí pudieran oírme—. Y tú me la quitaste, dejándome en la oscuridad.

—Vete... a la mierda, chico.

—Ahora solo me queda la oscuridad —continué, mientras caminaba por aquel espacio inmundo—. Nada más.

Cogí la pistola, apunté a su cara y, sin más, disparé. Me vengué de lo que le hicieron. Aunque eso no fuera a traerla de vuelta con nosotros.

***

— Oye, Rossi... — Manuele me llamó en cuanto entramos en la mansión — Vamos a hablar, hermano.

No podía dejar de pensar en ese nombre. No podía pensar con claridad. Ni siquiera tenía idea de cómo habíamos vuelto a casa, porque mi mente se había perdido en *el bucle* del pasado.

—No vayas por ahí, Rossi —me pidió, agarrándome del brazo —. No fue culpa tuya, hermano. No lo fue.

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo el dolor me ahogaba.

—Ella sufrió tanto... —balbuceé—. Todo lo que podía haber hecho, que era acabar con el maldito que la hirió, lo hice, pero acabo de descubrir que fallé en la misión. Él sobrevivió.

Sin decir una palabra más, seguí subiendo las escaleras, hacia el lugar que me proporcionaría el alivio que necesitaba.

***

El tormento surgió semanas después de que encontráramos el cuerpo de Bianca. El peso de la culpa que me consumía necesitaba aliviarse de alguna manera, y esta fue la forma que encontré; una forma de honrarla.

De rodillas, me puse a observar su foto, junto con la muñequita que más quería; acabé creando una especie de altar para ella.

Con el látigo en las manos, por primera vez, me vi dudando, a pesar del dolor desgarrador en mi pecho. Era como si mi subconsciente me estuviera condenando...

Sin fuerzas, asesté el primer golpe, pero la extraña sensación continuó; mi pecho se oprimió hasta el punto de quedarme sin aire.

Llegó el segundo golpe.

Y el tercero.

El cuarto...

No mejoraba.

¿Por qué? ¿Por qué no sentía alivio? ¿Por qué el dolor no desaparecía?

—¿Rossi? ¡Oh, Dios mío!

Asustado, miré hacia atrás y me topé con Maya. Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante.

Allí, tuve la respuesta a mi tormento interior. Acabé descubriendo que, desde el momento en que me vi enamorado, Maya se convirtió en la dueña no solo de mi cuerpo, sino también de mi alma.

—Por favor... sé mi luz —supliqué, entre lágrimas.

Capítulo 27

Maya

Ya había vislumbrado la vulnerabilidad de Rossi, pero nunca como en ese momento.

Cuando, unos minutos antes, los oí a él y a Manuele en una pequeña discusión, no lo pensé dos veces y me escondí. Seguirlo hasta el pasadizo que me llevaría a la mazmorra no fue el problema, sino la escena que presencié justo después.

Me quedé sin aliento.

Me sentí devastada por dentro.

Conteniendo el llanto, me esforcé por hacer que mis piernas funcionaran y acorté la distancia que nos separaba.

Arrodillándome ante él, sostuve su rostro lloroso con mis manos temblorosas y frías.

—¿Qué estás haciendo, mi amor? —pregunté, con la voz entrecortada.

Sus manos sujetaron las mías, en su rostro.

—Estoy honrando la memoria de mi hermana —dijo, mirándome directamente a los ojos.

Tragué saliva con dificultad, asimilando sus palabras.

—Pero hay otras formas de hacerlo, querido —le expliqué con toda la calma del mundo, a pesar de la angustia que sentía por dentro.

Negó con la cabeza, mostrando toda su angustia.

—No, no las hay —declaró.

—¿Por qué dices eso?

Se quedó en silencio.

Tras respirar hondo, le solté la cara y me senté a su lado. Empecé a mirar a mi alrededor; llegué a la conclusión de que había hecho una especie de altar para su hermana.

Cogí una muñequita de trapo, sonriendo con tristeza, al saber que la niña ya no estaba entre nosotros.

—Era su favorita —señaló Rossi, haciéndome mirarlo—. Yo se la compré.

— ¿Cuántos años tenía cuando...?

Su rostro se ensombreció.

—Ocho.

Bajé la mirada de nuevo hacia la muñeca que tenía en las manos, luchando por ocultar mi propio dolor, porque era un momento en el que necesitaba ser fuerte para rescatarlo, de alguna manera, de ese *bucle* sin fin. Las cicatrices gruesas y antiguas eran prueba de ello.

—¿Quieres hablar un poco de ella? —le pregunté, sin apartar la mirada de la muñeca de trapo.

Tardó un poco, incluso pensé que no hablaría.

—Bianca era la princesita de la casa; la dueña de nuestros corazones. Incluso nuestro padre, considerado un hombre duro y frío, se derretía por completo cuando estaba con ella. No había nadie que no sintiera la luz que emanaba de ella... —su voz se quebró— A

veces, llegaba a casa, después de algún entrenamiento jodido, o de alguna misión en la que me había visto obligado a matar a alguien, y bastaba con mirar sus ojitos para que toda mi carga se disipara. Ella era mi parte buena. La luz que iluminaba mis días.

Me quedé en silencio, dándole el espacio y la libertad para hablar según se lo permitieran sus emociones.

—Su sueño era convertirse en música; decía que llevaría su música a todas las personas que necesitaran amor en sus vidas —se calló, como si el dolor le estuviera aplastando el pecho. Contuve el llanto, así como el deseo, que me carcomía las venas, de abrazarlo. —Pero ese sueño le fue arrebatado por un maldito que no aceptó el rechazo de nuestro padre.

Lentamente, devolví la muñequita al lugar donde estaba antes y, a continuación, fijé la mirada en el marco con su foto. Era una niña preciosa y llena de vida.

¡Malditos!

—¿Qué pasó? —Me obligué a hacer la pregunta, porque tenía que entender el motivo que le llevaba a hacerse daño de esa manera.

— Yo era el encargado de llevarla al colegio todos los días —murmuró, con la cabeza gacha—, pero aquel día, yo...

—No fuiste —completé su razonamiento. Él asintió. —¿Por eso te culpas?

— Yo era el hermano mayor, Maya, debería haber estado allí para protegerte.

Respirando hondo, me volví hacia él, arrodillándome ante él. Le tomé las manos, que aún sostenían el látigo, y entrelacé nuestros dedos.

—No podías saberlo —declaré—. Hay acontecimientos que escapan a nuestro control, Rossi.

Volvió a negarlo, sacudiendo la cabeza frenéticamente.

—Era mi obligación haber estado allí para ella —dijo con vehemencia—. Bianca confiaba en mí; creía que estaría allí, pero no lo estaba. —Bajó la cabeza. —Cuando volví a verla, poco más de un mes después, estaba desnuda y sujeta con ganchos como un animal —no pude contener las lágrimas—; sostuve a mi angelito, sin vida, en mis brazos, Maya, y no pude hacer nada más. Sufrió sola.

Seguí apretándole las manos con fuerza.

—¿Por eso te haces daño? ¿Para, de alguna manera, aliviar la culpa que sientes? —pregunté entre lágrimas.

—El alivio llega cuando siento dolor —confesó—. No puedo aceptar lo que le hicieron, no puedo —dijo, sollozando—. Después de que la encontráramos, comenzó la caza de los responsables de su muerte.

— *¿Y... los* encontraron?

—¡Los aniquilamos a todos! —respondió—. Uno a uno, fuimos acabando con esos malditos. Y… —se calló, desesperado— cuando llegó el turno del líder, ese desgraciado que urdió toda esta barbarie, lo maté. Nuestro padre insistió en que fuera yo quien se encargara de ello. —Se calló de nuevo, pero yo podía sentir su angustia. —Pero... acabo de descubrir que el maldito no murió. De alguna manera, logró sobrevivir. —Parpadeé, incrédula. —Ni siquiera eso fui capaz de hacer por ella, Maya —continuó, castigándose a sí mismo —. No logré vengar la muerte de mi hermana. ¿Qué clase de hombre soy? ¿Cómo puedes amarme?

Desesperada, volví a sostener su rostro con mis manos.

— Entiende una cosa: no tienes que controlar el mundo que te rodea, porque, antes que líder, eres un ser humano que, como todos nosotros, comete actos sujetos a errores. Siempre serás responsable de tus actos, pero no te corresponde culparte si algo sale mal.

Él parpadeó mientras yo le secaba las lágrimas.

—Tienes defectos y debilidades... —continué—. Naturalmente, cometes errores y sufres por ellos, pero debes entender que no estás solo. Todos sentimos lo mismo.

—*Y-yo* la cogí en mis brazos... —lloró—. Sostuve su cuerpo sin vida... —Lloré con él, mientras lo apretaba contra mí.

—*N-no* consigo entender cómo ese desgraciado sobrevivió —dijo—. Recuerdo haberle disparado en la cara.

—Puede que fuera un rasguño —dije—. O, dependiendo del ángulo en que entró la bala, puede que no le alcanzara el cerebro.

Se apartó, volvió a sentarse y se pasó las manos por la cara.

—¿Qué hicisteis con el cadáver? —pregunté.

—En aquel momento, se lo dejamos en manos del equipo de limpieza —respondió—. Pero, por desgracia, perdimos a ese mismo equipo hace unos años, así que no tengo forma de averiguar qué pasó realmente en aquel momento —se lamentó.

Asentí, comprendiendo su angustia.

— ¿Rossi? —Me miró—. Tienes que reconocer que actuaste según tus posibilidades en aquella situación. —Vi que no apartaba los ojos de mí—. Entender que algo malo ocurrió en el pasado y empezar a crear una nueva historia a partir de hoy. Es una alternativa que puedes seguir. No se trata de olvidar lo que pasó, al contrario: se trata de aprender a lidiar con la situación —hice una pausa, dándole tiempo para asimilar mis palabras—. En algunos

casos, es muy difícil conseguir ver y salir del ciclo paralizante de la culpa. Ver nuevas salidas, a veces, puede parecer imposible. Pero... ahora estoy contigo. ¿Lo entiendes? Estoy contigo. —Se quedó mirándome—. ¿Me dejas ayudarte? ¿Me dejas cuidar de ti y de tus heridas?

Como no dijo nada, me levanté y le tendí la mano. El alivio brotó por todos mis poros cuando su mano se cerró sobre la mía.

***

En cuanto Rossi salió del baño, le pedí que se sentara en la cama, donde lo esperaba con el botiquín de primeros auxilios.

En silencio, hizo lo que le pedí.

Sentado, entre mis piernas abiertas, me permitió limpiar con calma los cortes de su espalda; contuve el dolor que me causaba ver esas cicatrices. Antes ya sentía esa conexión sombría cada vez que las miraba, pero ahora que descubrí el enorme peso que realmente cargaban, solo quería llorar.

Cuando terminé, Rossi se acomodó de lado. Tenía los ojos tristes y avergonzados.

—No hay un único hecho que explique cómo afronto la culpa, sino una serie de acontecimientos que, de forma compleja e interrelacionada, conforman la manera en que me enfrento y veo cómo soy hoy y cómo afronto las situaciones —explicó.

—Tienes que romper ese ciclo de culpa —le pedí—. Entiendo tu dolor, por Dios que digo la verdad, pero no voy a soportar presenciar eso otra vez. Juro que no lo haré.

Él se quedó mirándome fijamente.

—Antes de que llegaras a la mazmorra, ya no encontraba la satisfacción que siempre me había proporcionado el dolor —admitió

—. Hacía tiempo que me sentía cansado; cansado de seguir negándome a mí mismo el derecho a escribir una nueva historia en mi hoja de papel en blanco.

Abrí la boca para hablar, pero acabé dudando. Entonces, Rossi me sujetó la cara con sus manos cálidas.

—Tú eres mi trozo de papel, Maya —afirmó, haciendo que mi corazón se acelerara—. Lo supe en cuanto bajaste y me hiciste desear esconderme, porque no quería que me vieras así. Te mereces a un hombre fuerte y digno a tu lado, y yo seré ese hombre.

Sonriendo, sentí que se me empañaban los ojos.

—Te amo con todos tus matices —le aseguré.

— ¿Y yo? Te amo por amarme a pesar de haber visto mis debilidades más feas.

Sentí mi pecho oprimido por las más diversas emociones.

—¿Acabas de decir que...?

Sacudió la cabeza, sonriendo. Su cuerpo se inclinó, de modo que mi espalda quedó presionada contra el colchón.

—Sí, te amo —admitió—. Te amo con cada parte de mi ser. Te amo aun sabiendo que no te merezco, pero te prometo que me esforzaré por aprender a aceptarme a mí mismo. Me perdonaré por mis sentimientos, pensamientos y mis actos de autodestrucción.

Entre lágrimas, acerqué su rostro al mío, uniendo nuestras bocas. Por primera vez, sentí que estaba exactamente donde debía estar... junto al hombre que me eligió cuando yo no quería, pero que me hizo desearlo cuando vi su verdadera esencia.

Él era mi ángel.

Mi ángel indomable.

Capítulo 28

Rossi

Era incapaz de describir las sensaciones que aún vibraban en cada una de mis células, a pesar de que habían pasado unas horas.

El vínculo que tenía con mis hermanos era fuerte, pero muy diferente de la conexión que mantenía con Maya. En todos estos años, nunca me había sentido tan vulnerable y fuerte al mismo tiempo; eso se debía a que por fin había logrado dar rienda suelta a mis emociones y a los sentimientos que brotaban en mi pecho. Ya no había dudas.

Ya no había indecisiones ni miedo.

Maya, además de haberse convertido en la dueña de mi apellido, también se había convertido en la dueña de mi corazón.

Disipando mis pensamientos, poco a poco desentrelacé sus brazos y piernas, que se aferraban a mí como si temiera que desapareciera. Sentí una punzada de angustia al imaginar que, de alguna manera, la había preocupado.

Despacio, para no despertarla, me bajé de la cama. No pude resistir el deseo de quedarme mirándola, a la mujer increíble con la que me habían bendecido, aunque no lo mereciera. Maya era sencillamente extraordinaria. Inteligente. Jodidamente sexy.

Alejándome, fui al baño y, a continuación, salí de la habitación.

Desde lo que pasó con mi hermana, ya no conseguía dormir bien; así que mi sueño era corto y, a veces, agitado.

—¿Tan temprano despierto? —le pregunté a Fillipo en cuanto bajé las escaleras y lo encontré en una de las salas, tirado en uno de los sofás.

Se encogió de hombros, apartando la mirada del móvil que tenía en las manos.

—La verdad es que ni siquiera he dormido —confesó con una risita—. Me gusta ser el último en salir de la discoteca, ya sabes.

Asentí.

Antes de sentarme a su lado en el sofá, llamé a la cocinera y le pedí que me trajera una taza de café.

—¿Café? —Fillipo se extrañó—. ¿No whisky? ¿O vodka?

Me tocó a mí sonreír.

—Estoy intentando mejorar —fui sincero—. Y eso incluye cosas sencillas, como esta. —Me encogí de hombros.

Mi hermano se quedó mirándome fijamente, pero sin decir nada. Sin embargo, podía leerle la mente; sabía lo que estaba pensando.

—No hace falta que me mires así —le advertí—. Sé que Mariano debe de haberos contado lo de ayer, pero de verdad que estoy bien.

— ¿Cómo? —quiso saber—. ¿Cómo puedes estar bien? ¡Corriste hacia la mazmorra, Rossi! Ese tema siempre te desestabiliza, hermano.

—Lo sé —respiré hondo, abriendo y cerrando los puños—, pero esta vez fue diferente.

Nos callamos cuando apareció la camarera, trayéndome mi taza de café humeante. Le di las gracias y ella se alejó.

—¿En qué sentido diferente? —preguntó cuando volvimos a quedarnos solos.

—Maya me vio —respondí, invadido por los recuerdos de ese momento. —Y fue muy...

—¿Extraño? —dedujo.

Fruncí el ceño.

—Sí —fui sincero—. Me negaba a admitir lo mucho que la necesitaba —bajé la cabeza, mirando mi taza de café—. De hecho, lo tuve claro cuando la vi ayer, parada justo detrás de mí y con lágrimas en los ojos.

—La verdad es que esa chica, por muy zorra que sea, ha demostrado su valía dentro de nuestra familia —afirmó él, sonriendo —. ¡Joder! Recibió un disparo por ti.

Mis labios esbozaron automáticamente una sonrisa arrogante.

—Sí, lo sé —asentí, orgulloso de mi chica—. ¿Alguna novedad que deba saber? —cambié de tema.

Fillipo suspiró.

—Ángel nos está reclamando la ayuda que le prometimos para encontrar a su hermana —comentó, haciéndome maldecir.

— ¡Joder! Se me había olvidado. —Fruncí los labios. Bebí un sorbo de café—. Pero no veo otra salida que enviar a alguien a Turquía para averiguar si la chica realmente está allí. —Me encogí de hombros.

— ¿Luca?

Los dos nos reímos.

— Se va a cabrear, pero no veo a nadie mejor para el trabajo —argumenté, mientras él se reía aún más.

— No quiero estar cerca cuando se entere.

Asentí, divirtiéndome.

Me terminé el café y, a continuación, me levanté.

—¡Vale! —exclamé—. Ve a dormir un rato —lo miré—. Yo me voy a la oficina a hacer unas llamadas; quiero averiguar más detalles sobre Louis Moran, el tipo que resurgió de sus cenizas. —Apreté los dientes, pero no fui el único, porque Fillipo hizo lo mismo.

— ¿Cómo demonios sobrevivió a un disparo en plena cara? Además de que le arrancaron los ojos.

Negué con la cabeza.

—No tengo ni idea —intenté respirar hondo—. Pero lo averiguaremos.

Él también se levantó, guardándose el móvil.

—Sé que lo haremos. —Pasó a mi lado dándome una palmada en el hombro—. Buenas noches.

Me reí.

—Buenos días —bromeé.

***

— ¡No me puedo creer que, además de haber domesticado a la psicópata, también hayas domesticado a sus perros! —bromeó Manuele al entrar en mi despacho. Odin y Thor estaban tumbados a mi lado, cerca de mi escritorio.

—Son buenos chicos —comenté, acariciándoles el pelaje—. Pero no te equivoques... —volví a mirar a Manuele—. Porque siguen siendo fieles a su única ama.

En ese mismo instante, él miró hacia atrás, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Eso ha sido un mensaje? —bromeó, alejándose de la puerta —. Porque no dudo de que esa loca incite a los perros contra mí.

Me eché a reír.

—Deja de jugar con fuego —murmuré entre risas.

Manuele también sonrió, mientras sacaba un cigarrillo del paquete y se dejaba caer en el sofá.

—Me pareces estar bien —señaló, encendiendo el cigarrillo y dejando que el humo se esparciera frente a su rostro.

No hacía falta ser un genio para entender que se refería al episodio de la noche anterior; todos sabían que me estaba torturando por la muerte de nuestra hermana.

—Y lo estoy —admití con sinceridad.

No dijo nada, pero sonrió. Una sonrisa que me decía todo lo que necesitaba: él estaba allí por mí y siempre lo estaría.

— ¿Qué planes hay? —pregunté, cambiando de tema.

Suspiró.

—Tendré que hacer un viaje —respondió—. Algunas familias de la mafia *Unità* me están dando un dolor de cabeza de cojones, porque no consiguen adaptarse a los nuevos cambios —exhaló—, así que tendré que ir a verlos para dejar las cosas más claras. —Esbozó una sonrisa maliciosa, haciéndome reír con él, pues lo conocía lo

suficientemente bien como para saber lo mucho que le gustaba imponer su autoridad—. Beatrice vendrá conmigo esta vez.

—De acuerdo. ¿Y qué hay de Angel? Fillipo mencionó antes que está exigiendo esa ayuda con respecto a su hermana desaparecida.

— Puedo hacer un salto a México —argumentó—. ¿Ya tienes alguna idea de cómo ayudarle?

Asentí.

—Solo que no sé si a Luca le va a gustar la propuesta — respondí, sonriendo diabólicamente.

Manuele ya se había echado a reír sin saber nada de mis planes.

***

A última hora de la mañana, fui a buscar a Maya.

—¿Te ha costado encontrarme? —preguntó ella, sonriendo, mientras me acercaba.

Estaba sentada en el borde de la piscina, con los pies metidos en el agua.

—Un poco —respondí.

—Siéntate aquí.— Le dio una palmada en el sitio de al lado.

Acepté. Pero en lugar de sumergir los pies en el agua, preferí sentarme de espaldas.

Maya inclinó la cabeza para besarme. Al apartarme, le miré a los ojos; vi que parecían preocupados.

—¿Qué pasa? —pregunté frunciendo el ceño. —Estás rara.

Me tomó de la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Me gustó mucho lo que pasó ayer entre nosotros —declaró en un susurro—. Siento que hemos cruzado la línea que nos faltaba, ¿sabes? Ahora somos uno.

— ¿Y eso es malo?

Sacudió la cabeza, riendo.

— No, no es malo.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara de preocupación?

Respiró hondo.

—Porque me he dado cuenta de que nos merecemos más —respondió, dejándome aún más confundido.

— Maya, yo no...

—Te oculto cosas —me interrumpió, haciéndome arquear las cejas, incrédulo.

Abrí la boca para hablar, pero dudé.

Me invadió una miríada de emociones, porque no sabía qué pensar. Intenté soltar nuestras manos, pero ella no me lo permitió.

—Por favor, déjame explicarle —dijo, apretando aún más mi mano—. No es lo que está pensando —añadió—, no es el tipo de secreto que debe estar pasando por su cabeza —sus mejillas se sonrojaron, seguramente imaginando que yo pensaba que me había engañado con otro hombre.

—Entonces... ¿qué es?

—¿Te acuerdas de lo que me pasó en la cena en la mansión de mi padre en Nueva York? —preguntó, y yo asentí.

—Te encontré en el laberinto del sótano —añadí.

—Antes de que llegaras, hablé con el saboteador —confesó, tomándome por sorpresa.

— ¿Qué? ¿Cómo es eso? ¿Por qué me lo ocultaste?

Sus hermosos ojos se humedecieron.

—Porque me llamó hermana —respondió, dejándome sin aliento. —En aquel momento, aún no confiaba en ti ni en tu familia, así que decidí guardarlo en secreto hasta decidir qué hacer.

— ¿Y después? ¿Por qué seguiste ocultándolo? — No pude evitar el tono acusatorio.

—Porque tuve miedo.

—¿Miedo? —La confusión se reflejó en mi expresión.

—Miedo por ti y miedo por mi supuesto hermano —explicó con la voz entrecortada—. Siempre hemos sido solo mis padres y yo, Rossi; después me quedé solo con mi padre. ¿Cómo crees que me sentí cuando murió? ¡Sola! ¡Abandonada! —explicó, dolida—. Entonces, de repente, descubro que hay alguien más de mi familia por ahí y...

—Pensaste que podrías conocerlo —concluí su razonamiento.

Bajó la cabeza, haciendo un puchero precioso mientras el llanto se intensificaba.

—Sí —asintió.

A continuación, me entregó una postal envejecida, explicándome cómo la había conseguido.

—¿Estabas planeando huir para ir a esa dirección? —le pregunté, después de que me contara lo que había oído de esa tal

señora Carlota.

—Sí, pero luego me di cuenta de que sería una locura —explicó, avergonzada—. La verdad es que solo quería evitar que lo mataras. Entiendo lo que hizo, pero... no conocemos su verdadera historia.

No dije nada.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó, tras cansarse de mi silencio.

Acercándome, le solté la mano y llevé la mía a su rostro, para secarle las lágrimas. A continuación, le acaricié el pelo, apartándole algunos mechones detrás de las orejas.

—Depende —respondí, lo que la hizo sollozar, confundida.

— ¿Cómo es eso? ¿Depende de qué?

—De si te vas a enfadar conmigo al descubrir que yo ya sabía lo del hijo bastardo de Billy —murmuré, sin saber muy bien qué decir. —Entonces nos enfadaríamos juntos —bromeé, pero ella no se rió.

— Espera un momento... ¿entonces sabías lo del hijo fuera del matrimonio de mi padre?

Respiré hondo, sintiendo cómo la tensión fluía a través de ella.

—Lo descubrí hace unos días —respondí—. No te lo conté antes porque no sabía cómo abordar el tema sin herirte, cariño —fui sincero—. Además, Ryder no está demostrando ser un hombre de buen carácter, así que me dio miedo.

— ¿Ryder? —Parpadeó—. ¿Así se llama?

Asentí con la cabeza, observando sus reacciones.

— ¿Sabes dónde encontrarlo?

— Lo estamos rastreando, pero el tipo es bueno —fruncí el ceño—. No en vano se ha mantenido en las sombras durante todos estos años.

— ¿Prometes que no lo matarás? ¿Prometes que me dejarás hablar con él?

Sus preguntas me pillaron por sorpresa.

— ¿Es eso lo que quieres?

— Sí, eso es.

Deslicé la mano hacia su nuca, uniendo nuestras frentes.

— Entonces, te doy mi palabra de que no le haré daño hasta que tú lo permitas. — Uní nuestros labios en un beso cálido.

—Nunca permitiré que muera —comentó entre el beso.

— En ese caso, tiene mucha suerte, porque va a mantener las pelotas exactamente en su sitio.

Ella apartó la cara, mirándome con extrañeza.

— ¿Qué? No lo entiendo.

—No es nada, cariño, olvídalo. —Volví a atraerla hacia mí.

Nuestras bocas se unieron de nuevo, con más intensidad.

Y como siempre ocurría cuando estábamos juntos, me olvidé de todos los problemas. Ya no había nadie más, solo nosotros dos.

Yo y mi nuevo ángel.

Mi ángel indomable.

Capítulo 29

Maya

Me desperté con náuseas, así que me obligué a correr al baño nada más levantarme. Estaba a punto de cumplir tres meses de embarazo, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo más duraría este malestar.

—¿Maya? —Oí la voz de Paola mientras terminaba de cepillarme los dientes.

—Ya salgo —dije, secándome la cara. —¡Buenos días! —la saludé en cuanto la vi, sentada en mi cama—. ¿Te han encargado que me vigiles hoy? —bromeé.

Vi que ponía los ojos en blanco, impaciente.

—La verdad es que estoy aburrida —declaró, incitando a mis perros a acercarse a ella—. Beatrice se fue ayer, así que ahora dependo de los hermanos para encontrar alguna aventura. —Levantó la vista para mirarme a los ojos—. Por cierto, ¿ya le has contado a Rossi lo del embarazo?

Negué con la cabeza mientras me dirigía al armario.

—Aún no he tenido la oportunidad —murmuré—. Pero hablamos sobre la historia del desconocido que se hizo pasar por mi hermano.

—¡Eso está bien! —exclamó ella—. Una relación sin confianza no funciona.

La miré.

—Pareces abatida —comenté—. ¿Te has peleado con Mariano? —le lancé.

Puso los ojos en blanco.

—No empieces —reprendió.

— ¿Qué pasa? No veo ningún problema en apoyar una relación entre vosotros dos.

Resopló.

— ¿Cuándo piensas contarle a Rossi lo de tu embarazo, al fin y al cabo? — cambió de tema.

Respiré hondo.

—Hoy —respondí, quitándome la parte de arriba del pijama—. Pero antes, quiero que me lleves al centro comercial, porque quiero comprar algunas de esas cosas para el bebé.

Ella se rió.

—¿Qué tiene de gracioso? —le pregunté con tono amenazante, mientras me ponía el vestido.

—Te vas a volver aún más insoportable cuando avance el embarazo —comentó—, por culpa de las hormonas —añadió.

—Ah, ¿entonces me encuentras insoportable? —pregunté, fingiendo estar ofendida—. Es bueno saberlo.

—No soy de andarme con rodeos, ya lo sabes —murmuró, riendo.

Le tiré mi cepillo de pelo, y ella lo esquivó, con aire divertido.

—¡Idiota! —exclamé, divirtiéndome también.

***

— ¿Ya tienes idea de lo que vas a comprar? —preguntó mientras paseábamos por el centro comercial. — O mejor dicho, ¿ya sabes cómo piensas decírselo?

—No —respondí con sinceridad—. La verdad es que me da mucho miedo su reacción.

—Rossi está loco por ti, así que no hay motivos para temerle.

— Sé que él nunca me haría daño —arguí, mirándola a ella, que me seguía de cerca—. Mi miedo es que se sienta decepcionado, ¿sabes? No quiero obligarlo a algo para lo que no esté preparado. Todavía nos queda un largo camino por recorrer para trabajar en su autoestima, y temo que la responsabilidad de tener un hijo sea demasiado.

—Por desgracia, eso ya no es una opción, porque vuestro bebé está creciendo en tu vientre —dijo, encogiéndose de hombros.

— Eres tan insensible, ¿lo sabías?

Ella se rió.

—Soy práctica, ¡eso es diferente!

Puse los ojos en blanco.

—Tengo hambre —avisé, cambiando de rumbo—. Vamos a tomar algo primero y luego seguimos con las compras.

Observé a Paola haciendo señas al equipo de seguridad que nos seguía discretamente.

— ¿Qué te apetece?

Negó con la cabeza.

— No como nada por la mañana —afirmó.

Me encogí de hombros.

—Tú te lo pierdes, porque yo voy a darme un atracón —comenté, haciéndola reír.

***

Unos minutos después, nos sentamos en una de las mesas.

Estábamos riéndonos de un comentario que había hecho Paola cuando alguien nos interrumpió.

— Yo no haría eso si fuera usted, soldado —dijo el hombre que se me quedó grabado en la memoria desde la primera vez que lo vi hace unas semanas—, y creo que es mejor que ordene a su equipo que tampoco hagan nada, porque no hay necesidad de que nadie resulte herido aquí. Solo quiero hablar con mi hermana.

El aire amenazó con abandonarme los pulmones, mientras mis ojos no se apartaban de su rostro.

—Eso no va a pasar —rugió Paola, amenazando con sacar su daga.

Le agarré la muñeca, negando con la cabeza.

—¿Estás loca? —pregunté, nerviosa—. ¿De verdad quieres poner en peligro la vida de estas personas? —Señalé a mi alrededor.

— Maya...

— Él ha dicho que solo quiere hablar —la interrumpí, sintiéndome nerviosa—. Por favor, déjanos solos. —Ella siguió mirándome fijamente—. Por favor, Paola, confía en mí. Todo va bien.

Suspirando, asintió.

Se levantó, pero cuando dio la vuelta y se acercó a Ryder, le presionó la daga contra las costillas y, a continuación, dijo

amenazadoramente:

—¡Un solo movimiento en falso y te mato! ¡A la menor excusa que me des, te mato! Si tengo la más mínima sospecha de que Maya se siente amenazada...

—Déjame adivinar —la interrumpió él—, ¿me matas?

Paola gruñó, casi mordiéndole.

—Estaré cerca —advirtió mirándome.

A solas, me concentré en la enorme figura que tenía delante.

—Está un poco nerviosa, ¿eh? —Sacudió la cabeza, riendo, mientras se sentaba frente a mí.

Mis ojos estaban atentos a cada uno de sus movimientos; a cada detalle de su fisonomía.

— ¿Tienes curiosidad por mis cicatrices?

Parpadeé.

—No necesariamente —fui sincera—. Mi curiosidad viene del pasado, cuando yo no te conocía, pero es obvio que tú sí me conocías a mí. ¿Por qué? ¿Por qué sabías de mí cuando yo no tenía ni idea de tu existencia?

Se quedó mirándome fijamente. Sus ojos eran verdes, diferentes a los míos. Probablemente los había heredado de su madre.

—Porque nuestro padre no me quiso —respondió con frialdad —. La historia de mis orígenes la descubrí a través del único padre que conocí, el hombre enviado para garantizar que mi madre no molestara la vida del gran Billy.

— Pero... no lo entiendo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no entiendes, querida? —preguntó con cinismo—. ¿La parte en la que, mientras tú tenías amor y comodidades, yo solo tuve privaciones, o el hecho de que nuestro padre se negara a criarme, abandonándonos a mi madre y a mí a nuestra suerte?

Fruncí el ceño.

— No podía imaginarlo —murmuré, demasiado nerviosa para poder razonar—. Siempre fuimos solo mis padres y yo; nunca imaginé que existiera ese secreto en su vida.

— Sé que no —afirmó—. Tenía 15 años cuando mi padre adoptivo me contó toda la verdad que se escondía tras mi historia —declaró—. Fue entonces cuando me salió esto —señaló su propio rostro.

— *¿C-cómo*...?

—Mi madre nunca se recuperó del rechazo de Billy, así que empezó a beber sin control. Pasaron los años y se fue hundiendo cada vez más... hasta que una noche, bebió demasiado y prendió fuego a nuestra casa. Intenté salvarla, pero no pude.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, cubriéndome la boca con las manos, demasiado conmocionada para tener cualquier otra reacción —. Lo siento mucho.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—No te disculpes —murmuró con indiferencia—. Ella fue una débil. —Abrí la boca para hablar, pero acabé dudando—. Crecí sabiendo que mi lugar nunca estuvo a su lado, pues no nací para ser un fracasado; nací para gobernar.

—¿Q-qué quieres de mí? —pregunté, con un mal presentimiento. De repente, todo lo que había idealizado sobre él se vino abajo.

—¿De ti? —se burló—. ¡Nada! —afirmó—. Pero sí, la herencia a la que tengo derecho. No quiero seguir con este juego del gato y el ratón con tu marido. Tampoco quiero hacerte daño a ti, dulce hermanita, aunque no voy a frenar el impulso de hacerlo si es necesario —siseó, serio—. Dame lo que es mío, y todo irá bien.

—Intentaste matarnos —lo acusé, angustiada—. ¿Cómo puedes pretender exigir algo? —pregunté, nerviosa. Me incliné, mirándole a la cara—. Mi marido te quiere muerto.

—Pero ambos sabemos que lo tienes a tu antojo, ¿verdad, querida? —Se inclinó también, casi pegando nuestras caras. —Además, tú y yo somos familia, Maya, solo nos tenemos el uno al otro.

Se me humedecieron los ojos.

—Pusiste explosivos en la casa donde nací —volví a acusarlo—. Después de eso, perseguiste nuestro coche. ¿Cómo quieres que crea que actuaste de buena fe?

Su risa me dio escalofríos.

—Lo único que quiero es mi herencia —declaró, levantándose y sacando una tarjeta del bolsillo de la chaqueta—. Esperaré a que tu marido se ponga en contacto conmigo para resolver esto de una manera práctica. Sin sangre. Sin muertes.

Me quedé tan desconcertada que ni siquiera pensé en detenerlo cuando se alejó.

Paola se acercó enseguida, preocupada.

— No mandes a tus hombres a seguirlo —ordené—. Déjalo ir.

— ¿Por qué? Es un enemigo de la familia.

—Sí, lo sé, pero también es mi hermano —repliqué, molesta.

Me levanté.

— ¿Qué pasa? ¿Adónde vamos? —preguntó, siguiéndome—. ¿Qué dijo al final?

—Ha puesto condiciones —respondí—. Tengo que hablar con Rossi.

— ¡Maldición! —exclamó, tan nerviosa como yo.

Capítulo 30

Rossi

Desde el momento en que Paola me contó lo que había pasado por teléfono, ni siquiera podía controlar las ganas de salir de la fortaleza e ir a ver a mi chica. Mis puños se abrían y se cerraban mientras intentaba controlarme. Solo imaginar a Maya en peligro ya me dejaba sin aliento; ciego de rabia y con esa odiosa sensación de impotencia.

Mariano, Fillipo y Luca no estaban, así que tenía los nervios a flor de piel.

En cuanto el coche entró en la finca, salí corriendo, desesperado por sentir y ver a Maya con mis propias manos y ojos.

Apenas bajó del coche y ya la había atraído hacia mis brazos, apretándola contra mi pecho, asegurándome de que realmente estuviera bien. Le sostuve el rostro, acercando sus labios a los míos.

—¿Estás bien?

Ella asintió, apretándome ambas manos y mirándome a los ojos.

—No me hizo nada —dijo en un susurro—. Solo quería hablar.

Apreté la mandíbula.

—Quiero que reúnas a todos los guardias de seguridad que os acompañaron a las dos en este paseo —le dije a Paola, quien asintió.

—Rossi, no los castigues —Maya me atrajo hacia ella—. La culpa no fue de ninguno de ellos.

— No te preocupes por nada de eso, cariño —le aseguré, entrelazando mis dedos con los suyos y llevándolos a mis labios—. Ven, entremos.

***

En la intimidad de nuestra habitación, la observé acariciando a sus perros, mientras suspiraba en voz baja.

— ¿Quieres que te prepare un baño? — Asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra. Parecía casi en estado de shock.

En silencio, fui al baño y dejé que se llenara la bañera. Luego volví al dormitorio y encontré a Maya sentada en la cama.

—Ven aquí —me hizo un gesto para que me sentara a su lado en el colchón—. Sé que estás nervioso por lo que ha pasado, pero necesito que te controles —me pidió—. Ahora necesito tu calma; necesito tu fuerza.

No entendí muy bien qué quería decir con eso, pero asentí, esforzándome por mantenerme tranquilo y fuerte por ella.

—¿Qué te ha dicho Paola? —preguntó, tranquila.

Fruncí el ceño.

—Dijo que Ryder te interceptó mientras estabais en el centro comercial, pero que no le dejaron quedarse contigo durante la conversación.

Asintió con la cabeza, asimilando mis palabras.

Girándose, me tomó de las manos.

—¡Así fue! —confirmó, mordiéndose los labios. A continuación, respiró hondo. —Apareció de repente, imponiéndose un poco, así que accedí a no crear más problemas cuando exigió hablar conmigo a solas.

— ¿Y qué quería? — Hice todo lo posible por mantener mi máscara de indiferencia, aunque estaba a punto de reventarle la cabeza al muy cabrón.

—Decir que quiere la herencia de nuestro padre —respondió, bajando la mirada—. Dijo que si le entrego todo, cesará todos los ataques, porque no quiere hacerme daño.

Respiré hondo, pensativo.

Era obvio —en mi mente— que ese desgraciado nunca se había preocupado por Maya, teniendo en cuenta que todas sus actitudes habían dejado muy claras sus verdaderas intenciones; pero no podía minar las esperanzas de mi chica. Le prometí que me esforzaría por ser un hombre mejor, y cumpliría mi palabra.

Me aclaré la garganta:

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —pregunté, paciente—. Es cierto que Billy me ha concedido el poder para gestionar los negocios, pero al fin y al cabo, todo es tuyo, cariño.

Ella negó con la cabeza, con aire atormentado, lo que me enfureció aún más con ese maldito bastardo de su hermano.

—*N-yo* no quiero que esto siga así —dijo, probablemente refiriéndose a los ataques y las amenazas de muerte—. Si él quiere quedarse con la herencia, entonces se la daré.

—Vale, entonces le entregamos su parte —declaré, haciendo que me mirara con el ceño fruncido. —Su parte, cariño, mientras tú te quedas con la tuya —aclaré—. Lo justo es lo justo. —Me encogí de hombros—. ¿O es que estás de acuerdo en deshacerte de lo que te corresponde por derecho? Si él es hijo de Billy, vale, pero no olvides que tú también lo eres.

— Sí, tienes razón —asintió ella—. Yo también merezco formar parte del legado de mi padre.

Le apreté las manos entre las mías.

—Quiero que sepas que solo estoy de acuerdo con esto porque estoy segura de que Ryder es realmente hijo de Billy; o te juro que la única herencia que iba a recibir sería directamente al infierno.

—¡Dios mío, Rossi! Qué cosa tan horrible de decir.

Me atrajo hacia ella en un abrazo, temblando. Le besé la cabeza, hundiendo la nariz en su cabello perfumado.

—Todo irá bien, cariño —le susurré, acariciándole la espalda con un movimiento de vaivén.

—Sé que sí —dijo—, pero tenía la esperanza de que él quisiera conocerme. Ingenuamente, imaginé que cuando nos volviéramos a encontrar, la conversación sería diferente.

Sentí su dolor y eso solo sirvió para enfadarme aún más.

—No te entristezcas, querida —le pedí, controlando el tono de voz—. Ryder se crió bajo la influencia de una mujer llena de sentimientos negativos, causados por el rechazo de su padre, así que en su corazón no hay espacio para nada más que ambición y odio. —Me alejé para poder mirar esos hermosos ojos azules que tanto me fascinaban. —No es culpa tuya. El problema es suyo, por no haber sabido ver lo increíble que eres.

La humedad de las lágrimas se apoderó de su mirada.

—¿Me crees increíble? —Hizo un puchero precioso.

Asentí con la cabeza, sonriendo.

— Y sexy —le besé la mejilla— y huele de maravilla —le besé el cuello— y me excitas —deslicé la boca hasta su barbilla, haciéndola sonreír un poco— ¿ya te he dicho que eres sexy?

Su sonrisa se amplió mientras me rodeaba el cuello con los brazos.

—Ya, pero no me importa volver a oírlo —bromeó.

Me tocó reírme a mí.

Besé su boca suave, pero enseguida interrumpí el beso.

—Ahora voy a cuidar de ti —murmuré, levantándome y cogiéndola en brazos—. Estoy seguro de que te sentirás mejor después de un buen baño en la bañera.

***

Después de conseguir que Maya se durmiera, teniendo en cuenta que estaba muy alterada, bajé y fui directamente a buscar a Paola.

Los guardias de seguridad estaban alineados en una de las salas de la planta de abajo.

—¿Están todos aquí? —pregunté, viendo que Paola asentía, mientras contaba a seis hombres—. ¡Genial!

— Señor...

—Puedes salir, Paola —la interrumpí, impaciente—. Espérame fuera.

A solas con los hombres, empecé a examinarlos.

—Hoy me han decepcionado; todos ustedes —desahogué, gesticulando—. No recluto hombres para perder; a mi lado, exijo a los mejores. Y, por desgracia, han fallado.

Silencio.

—Deberían haber visto al enemigo acercarse —insistí—. Deberían haberlo detenido antes incluso de que se acercara a mi mujer. ¿Cómo voy a confiarles mi vida?

Podía oler el miedo.

Poniéndome frente a ellos de nuevo, exhalé.

—No voy a matarlos —afirmé—, pero los castigaré. ¿Alguna objeción?

Silencio.

—¡Genial! —exclamé—. Quítense la ropa.

Minutos después, volví a llamar a Paola, que entró, imponente como siempre.

— Ponles las bolsas en la cabeza a cada uno de ellos y, a continuación, envíalos a las celdas. Sin agua ni comida hasta mañana a medianoche, y sentados en el suelo con las rodillas levantadas.

— De acuerdo.

Al decir eso, me di la vuelta y salí de la sala. Cogí mi móvil y marqué el número de Mariano.

—Tenemos un problema con el hermano de Maya —le dije cuando contestó—. Quiere una tregua, pero tenemos que pensar en un plan B, porque no me fío de sus intenciones.

—Voy a resolver algunos problemas aquí, pero enseguida estaré allí.

Colgué el teléfono, sintiendo que me temblaban las manos. El miedo que había sentido antes aún resonaba en mi cuerpo.

Perder a Maya no era una opción.

Nunca lo sería.

Capítulo 31

Maya

Inquieta. Así era como me sentía desde que salimos de Palermo con destino a Nueva York. Solo habían pasado dos días desde aquella extraña conversación con mi hermano y, en el fondo, todavía me sentía muy dolida. Dolida porque, de alguna manera, imaginé que él quería conocerme, igual que yo deseaba conocerlo a él.

—¿Estás nerviosa? —oí la voz de Rossi a mi lado.

Lo miré y le dediqué una sonrisa débil.

—No —dije con sinceridad—. Solo quiero acabar con esto de una vez.

Él me devolvió la sonrisa y me atrajo hacia sus brazos, y luego me besó en la cabeza.

—Lo sé, cariño.

Suspiré mientras me acurrucaba más en sus brazos, los del hombre que había sido mi apoyo.

***

Llegamos a la mansión de mi difunto padre, cerca de las siete de la noche; dejé a Rossi ocupándose de los problemas y subí directamente al piso de arriba, pues sentía que necesitaba un rato a solas. Luca y Fillipo no vinieron, solo Mariano y Paola.

Me sentía asfixiada, o mejor dicho, casi desesperada.

La sensación era extraña, pero tal vez la explicación de la miríada de sentimientos que me inquietaban tuviera que ver con el embarazo, teniendo en cuenta todas las hormonas descontroladas.

Al entrar en mi antigua habitación, me dirigí a mi cama y allí permanecí durante largos minutos, absorbiendo los sentimientos y las sensaciones que me envolvían. Era cierto que tuve una infancia feliz, a pesar de la oscuridad que se escondía tras los negocios de mi padre; fui amada y bien cuidada. Incluso tras la muerte de mi madre, pude sentir en cada uno de mis poros el amor. El apoyo.

Suspirando, me levanté y empecé a caminar por la habitación, permitiéndome recordar todos mis días allí, en aquella casa. Los marcos de fotos seguían en las paredes, regalándome las sonrisas de todos los buenos momentos. No era justo para con la memoria de ambos que los juzgara por los errores que cometieron; a mi padre por haber traicionado a mi madre y a mí, cuando ocultó a su amante y al fruto de esa traición; y a mi madre por haber sido tan indulgente consigo misma, aunque insistiera en hacerme ver un futuro en el que pudiera ser libre.

Quizás ella idealizaba en mí la vida que no tuvo.

—¿Maya?

Miré hacia atrás y me topé con Rossi.

—¿Ya ha llegado? —pregunté en voz baja.

—Sí. ¿Estás lista?

Respiré hondo y volví la mirada hacia el marco de fotos que colgaba de la pared. Era una foto en la que mis padres aparecían sonriéndose el uno al otro.

Sonreí.

—Ahora sí. —Miré a Rossi, que frunció un poco el ceño, confundido, pero acabó sonriendo también.

Entrelazando sus dedos con los míos, me tiró para que bajáramos juntos.

***

La planta baja estaba llena de desconocidos, y todos ellos armados. Odin y Thor empezaron a gruñir mientras bajábamos los escalones.

Habían colocado una mesa en medio del vestíbulo; a un lado estaba el abogado de la familia y, al otro, Ryder, mi hermano. Me quedé helada al ver a los hombres que lo acompañaban; todos con el arma en la mano, preparados para matar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—¡Hola, cariño! —me saludó con una sonrisa cínica—. Me alegro de volver a verte.

Fruncí el ceño, irritada por su descaro.

—No actúes como si fuéramos amigos, porque no lo somos —le espeté.

—Y lo más importante —rugió Rossi, señalándome con el dedo —, no actúes como si fueras un invitado, porque no lo eres.

Un escalofrío recorrió mi piel ante el tono siniestro de su voz.

Tragué saliva, nerviosa.

Miré al abogado:

— ¿Dónde firmo? Quiero acabar con esto de una vez.

El hombre bajito señaló los papeles que había sobre la mesa.

—Aquí —señaló—. Con esto, usted renuncia al cincuenta por ciento de todo lo que abarca su herencia y...

— ¿Qué? —intervino Ryder—. ¿Qué es eso del cincuenta por ciento? El acuerdo era que yo me quedara con todo.

—¿Qué acuerdo? —repliqué, alterada—. Acepté entregarle su parte, pero no todo. Yo también soy hija suya.

—Una hija que lo ha tenido todo toda su vida —siseó, mirándome con los ojos chispeantes—. Además de que ahora estás casada con el jefe de una *jodida* organización. No acepto eso. Lo quiero todo.

—Eso no va a pasar —advirtió Rossi, enderezándose. Podía sentir lo mucho que se estaba conteniendo—. Date por satisfecho, porque solo sigues vivo gracias a la benevolencia de tu hermana.

—Pues que se joda ella junto con su benevolencia —rugió, apuntándome con una pistola—. ¡O lo tengo todo, o no quiero nada!

Mi corazón latía a destiempo, mientras veía todo a cámara lenta.

Oí el amartillado de armas a ambos lados de la mesa; sin embargo, la escena que me partiría el corazón se materializó ante mí sin que tuviera tiempo de actuar: Odin saltó sobre Ryder justo cuando este disparaba en mi dirección. El sonido de su llanto hizo que mi corazón sangrara al instante.

—¡No! —grité, intentando llegar hasta él, pero Rossi me tiró al suelo con toda su fuerza, arrastrándome detrás de un mueble. El movimiento fue tan rápido y ágil que ni siquiera pude pensar con claridad. —Odin... —hice un puchero.

Los disparos comenzaron y llenaron el ambiente de un ruido ensordecedor. Podía oír las voces de Paola y Mariano, pero toda la situación era tan aterradora como desesperada.

—Sé que él es importante, cariño, pero tu vida lo es mucho más, ¿entiendes? —Rossi me sujetó la cara con ambas manos.

Thor saltó sobre la yugular de un hombre que se interpuso ante nosotros, dando tiempo a que Rossi disparara contra él.

Con el rostro bañado en lágrimas, volví a mirar a Rossi, sintiéndome temblorosa.

—Por favor... salva a... nuestro bebé —le supliqué, lo que le hizo abrir los ojos de puro asombro y pavor. Thor atacó a otro hombre, dejándolo para que mi marido rematara el trabajo. —Sé que este no es el momento ideal para dar una noticia así, pero... estoy embarazada, cariño. —Me tocó a mí sujetarle la cara, en cuanto se volvió hacia mí de nuevo—. Vas a ser padre. —Parpadeó, pálido—. Ahora contrólate y acaba con ellos.

Con la respiración entrecortada, asintió.

Aproveché para coger el arma de uno de los hombres muertos, a nuestro lado, y empecé a ayudar como pude, aunque mi corazón sangraba por Odin.

Minutos después, los disparos cesaron.

Devastada, salí del escondite y, con pasos lentos, ignoré todos los cadáveres y fui directamente hacia Odin. Thor sollozaba sobre el cuerpo inmóvil de su hermano, mientras yo solo sabía llorar.

De rodillas, cogí a Odin en brazos, sintiéndome desolada.

—Murió para salvarme —lloriqueé, mientras sentía las manos de Rossi en mis hombros, consolándome.

Tanto Odin como Thor llevaban chalecos antibalas, pero el disparo le dio de lleno en la cabeza. No hubo ninguna posibilidad de defenderse.

Mientras lloraba, oí a Paola gritar para avisar de que Ryder aún estaba vivo.

Sollozando, levanté la mirada hacia Rossi, en una petición silenciosa.

No necesité palabras para hacerle entender mi deseo.

Tenía el cadáver de mi perro en mis brazos; el ser que no solo me había regalado su amor y su lealtad, sino también su vida.

Ryder no significaba nada para mí.

No era nadie y me importaba poco si vivía o moría.

Capítulo 32

Rossi

—¿Cómo que ha muerto? —le pregunté a Mariano por teléfono. —Hablamos con él la semana pasada, Mariano —me enfadé.

—Lo han asesinado, Rossi —explicó—. *Topo sabía demasiado y, probablemente, descubrieron que tenía intención de contar algo.*

— ¡Pero qué mierda! —rugí, enfadado por no haber llegado a tiempo. —Iba a delatarnos la ubicación de Louis.

— *Encontraremos otra manera, capo* —comentó, tan desanimado como yo—. *¿Cómo está ella?*

—Se está recuperando —respondí, respirando hondo—. Pedí que le hicieran todo tipo de pruebas para asegurarme de que ella y... —me callé un instante, porque aún me costaba asimilar la noticia— el bebé estén bien.

—Joder, todavía no me puedo creer que Maya esté embarazada —comentó, asombrado—. *Por cierto, ¿cómo te estás tomando todo esto?*

Fruncí el ceño, asimilando la pregunta.

—Asustado —fui sincero. Los únicos que me conocían de verdad eran mis hermanos y mi chica, así que no veía ningún problema en abrirme con ellos—. Preocupado por no ser lo suficientemente bueno, tanto para ella como para ese niño que está en camino.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea durante unos instantes.

—Tienes que dejar de culparte por lo que le pasó a Bianca, hermano —dijo de repente—. *Todos hicimos lo que pudimos en aquel momento* —me quedé en silencio—. *Si quieres honrarla, entonces sé el padre que ella estaba segura de que serías, Rossi; Bianca te adoraba y creía en ti.*

Una sonrisa sincera se dibujó en mis labios.

—Sí, lo sé.

*—Todos creíamos en ti, hermano —añad*ió*—. Serás un padre estupendo, y no sé cómo reaccionarán los demás cuando se enteren de la noticia, pero yo seré el tío más orgulloso de la faz de la Tierra.*

Me eché a reír a carcajadas.

—Gracias, hermano —dije, mientras dejaba escapar un suspiro —. Voy a colgar ahora, porque Maya me necesita.

*—De acuerdo —murm*uró*—. En cuanto Paola y yo terminemos de arreglar el desastre que quedó en la mansión de Billy, nos reuniremos con vosotros en el hospital.*

Intercambiamos unas palabras más y, a continuación, colgué.

Me quedé un rato mirando el móvil, reuniendo todo el valor que necesitaba para entrar en la habitación donde estaba Maya. La verdad es que habían pasado pocas horas desde el incidente en la mansión de Billy, y mis nervios aún estaban a flor de piel. De alguna manera, sabía que algo no saldría bien en ese encuentro, pero haber estado a punto de perder a Maya durante el tiroteo me dejó en estado de shock. Y lo que me aterrorizó aún más fue descubrir que también podría haber perdido a mi hijo.

Respirando hondo, finalmente me dirigí a la habitación. Obviamente, seguíamos en Nueva York, en una de nuestras clínicas clandestinas.

En cuanto abrí la puerta y mis ojos se encontraron con los de Maya, ella rompió a llorar.

Angustiado, acorté la distancia que nos separaba y me acerqué a ella, abrazándola con fuerza, de donde, si dependiera de mí, nunca saldría.

—¿Dónde está Thor? —preguntó entre lágrimas.

—Está con Mariano y Paola —respondí—. Lo están cuidando, no te preocupes.

Asintió, sollozando.

—Odin...

—No resistió —respondí a su pregunta tácita—. Lo siento mucho, cariño. —Y de verdad lo sentía—. Murió como un héroe.

Maya me abrazó con más fuerza, como si intentara esconderse del dolor que sentía.

—Pero vamos a llevar su cuerpo para enterrarlo en nuestra casa, en Palermo —arguí—. Odin tendrá un entierro digno y todos lo recordaremos eternamente.

Esos hermosos ojos se alzaron, dejándome con el corazón roto.

—Y... ¿el mío... Ryder?

Fruncí el ceño ante la incomodidad que me causó la mención de ese nombre.

—Muerto.

Parpadeó y asintió con la cabeza.

—Bien —murmuró—. Muy bien.

No podía decir que me sorprendiera tal reacción por su parte, teniendo en cuenta que Odin murió para protegerla de un disparo que salió del arma del hombre que era su hermano. Yo, en su lugar, también lo desearía muerto.

De repente, Maya se apartó un poco, pero no del todo. Se secó las lágrimas de los ojos y, a continuación, bajó la mirada; vi cómo sus manos se posaban sobre su vientre, cubierto por aquella fina bata del hospital.

Mi corazón, que ya latía acelerado, en ese instante comenzó a galopar.

—El médico ha dicho que nuestro bebé está bien —comentó en voz baja—. Nunca me lo perdonaría si le hubiera pasado algo.

— ¿Eh? —Le levanté la barbilla, ansioso por ver su mirada—. La muerte de Odin no fue culpa tuya —su hermoso rostro se contrajo al brotar nuevas lágrimas—. Ese perro te quería tanto que cambió su vida por la tuya, Maya. Y eso es precisamente lo que vas a hacer: vivir.

Volví a abrazarla con todo el cariño y el cuidado del mundo.

—No voy a decir que no tengo miedo, porque lo tengo, y tú lo sabes —declaré, unos instantes después—. Tengo miedo de no ser lo suficientemente bueno; de no ser el padre que este niño va a necesitar que sea...

— Rossi...

—Pero yo quiero esto —interrumpí sus palabras, apartándola con delicadeza y sosteniendo su rostro con las manos—. Empecé a desear a este bebé desde el momento en que me confiaste que

existía; desde que comprendí que los dos corríais peligro. Lo quiero, porque es una parte mía y tuya; un pedazo de los dos.

—¿Estás seguro? —preguntó, apretando mis manos que tenía sobre su rostro.

—Sí, lo estoy. —Nos sonreímos el uno al otro.

Uní nuestros labios con un beso casto y, a continuación, incliné la cabeza y besé su vientre.

Sangre de mi sangre. Carne de mi carne.

***

El funeral de Odin se celebró poco después de nuestra llegada a Palermo. Mandé preparar una hermosa lápida para darle descanso.

Manuele todavía estaba de viaje, pero se sintió muy conmovido por lo que había pasado.

Todos nos preocupábamos por no dejar que la ausencia de Odin desanimara a Thor, pues sabíamos lo unidos que estaban los dos.

La noticia del embarazo de Maya tomó por sorpresa a mis hermanos, pero su alegría era tan evidente como la mía. Tener un hijo nunca había estado en mis planes, pero en ese momento era una de las mejores sensaciones que podía sentir.

Sin embargo, junto con la alegría, también venía el miedo a lo desconocido, teniendo en cuenta que aún no se había descubierto el paradero del maldito Louis. Y eso significaba que no sabíamos cuál sería su próximo ataque. El líder de *las sombras* era bueno manteniéndose en las sombras, lo que solo empeoraba mi angustia y mi ansia de acabar con él de una vez por todas.

Sin embargo, ya lo habíamos capturado una vez, en el pasado, y obviamente lo volveríamos a hacer. Y yo me encargaría de asegurarme de que realmente fuera enviado al infierno.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Maya, mirándome con desconfianza y obligándome a desconcentrarme de mis pensamientos—. Tienes una cara rara.

—No estoy tramando nada —respondí, divirtiéndome.

Empezamos a bajar las escaleras, hasta que, de repente, Maya se detuvo.

—¡Oh, Dios mío, Rossi! —exclamó al ver el enorme cuadro que había encargado hacer con la foto de Odin, en su honor—. Has mandado enmarcar su foto. —Se le quebró la voz.

—Ahora todos los que entren aquí podrán ver la imagen del amigo leal y héroe que tuviste, cariño —argumenté.

Lanzándose a mis brazos, me besó con avidez.

—Gracias —susurró, entre lágrimas.

Apoyé las manos en su cintura.

—Hago todo lo posible por verte feliz, cariño.

Sonrió.

—Pues ten por seguro que lo estás haciendo de maravilla, porque no hay mujer más feliz en este mundo que yo —declaró.

Le acerqué el rostro, desesperado por besarla de nuevo.

Mi deseo por ella no tenía límites.

Capítulo 33

Rossi

Dos semanas después

Me desperté asustado y, inconscientemente, apreté a Maya contra mí. Ella dormía tan plácidamente que ni siquiera se dio cuenta de mi tensión.

No era la primera vez que me pasaba eso; la verdad era que, desde el momento en que descubrí que iba a ser padre, mi subconsciente no me había dejado descansar. Las teorías se multiplicaban en mi mente, al igual que los diversos escenarios aterradores que empecé a imaginar. ¿Y si no era un buen padre? ¿Y si le pasaba algo a mi hijo o a mi hija? ¿Y si le pasaba algo a Maya durante el parto? ¿Y si les pasaba algo a los dos durante el parto?

Las preguntas no cesaban...

Me atormentaban día y noche...

Poco a poco, me separé de Maya, con cuidado de no despertarla. No era mi intención preocuparla, pero, por desgracia, había momentos en los que necesitaba estar solo.

Las últimas semanas habían sido casi como un vaivén de descubrimientos y emociones. Y temía no ser lo suficientemente fuerte.

Me puse una camiseta y salí de la habitación.

Era de madrugada, así que la casa estaba completamente en silencio. Fui directamente al salón del piano, porque necesitaba sentir la conexión con mi querida hermana. Ya no me autoflagelaba

como antes —castigándome físicamente—, pero estaba constantemente en contacto con ella, a través de la música y los buenos recuerdos.

En cuanto entré en la sala, decidí no encender la luz, ya que la claridad de la luna iluminaba toda la habitación a través de los ventanales.

Mi cuerpo parecía temblar y estar entumecido mientras caminaba por la habitación. El aire amenazaba con abandonar mis pulmones.

No debería ser así.

No debería ser así.

No debería ser así.

—¿Rossi?

Me sobresalté al oír la voz ronca de Maya. Miré hacia la puerta de la sala y la vi allí de pie, mirándome con el ceño fruncido.

Tenía el pelo revuelto, pero en su precioso rostro se reflejaba la preocupación, lo que me hizo maldecir. No me gustaba que se preocupara por mí.

Mi mirada se fijó en su barriga abultada en cuanto empezó a caminar hacia mí.

—¿Qué haces aquí a estas horas, amor? —preguntó. La sostuve entre mis brazos cuando se detuvo frente a mí. —¿No puedes dormir? —Me besó en los labios.

—No es nada de lo que tengas que preocuparte —murmuré.

Al apartarse, me miró con los ojos entrecerrados.

—No me mientas, Rossi —murmuró. A continuación, me tomó de la mano y me llevó al banco frente al piano. Vi que en sus manos tenía el cordón con la piedra, que había sido un regalo de Beatrice. Le había contado a Maya lo que significaba, así que ella mandó hacer una especie de cordón para que yo pudiera llevarlo al cuello. —Desde que descubrió el embarazo, tu sueño es mucho más agitado.

Respiré hondo antes de soltar el aire.

Me acomodé a su lado, mientras acariciaba la piedra, deseando que me diera la energía necesaria para creer que era capaz.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?

La miré a esos ojos preciosos.

—Yo, Maya —respondí—. Yo soy el problema. —Su frente se arrugó un poco—. Estoy esforzándome por aceptar nuestra nueva realidad, pero es difícil.

— ¿Qué es lo difícil? ¿Aceptar el embarazo?

Me tocó a mí fruncir el ceño, pero por la mala sensación que me produjo notar su tono dolido.

Negué con la cabeza.

—Me refiero a la realidad de que voy a ser padre, porque... porque...

—Porque tienes miedo —concluyó el pensamiento que no fui capaz de expresar en voz alta.

Nervioso, me levanté y me coloqué el cordón alrededor del cuello. Me sentía agitado.

— ¿Y si no soy lo suficientemente bueno? —exclamé, volviéndome hacia ella, que seguía sentada—. ¿Y si nuestro hijo, o

nuestra hija, no consigue sentir conexión conmigo? Porque, fíjate, Maya, los dos sabemos que no sé demostrar mis sentimientos.

De repente, ella se echó a reír, lo que me dejó desconcertado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes? —pregunté, un poco brusco.

Se levantó, sin dejar de reír.

—Me río porque estás tan asustado que no te has dado cuenta de que ya estás actuando como padre —murmuró, acercándose y rodeándome el cuello con los brazos. Sentí la caricia de sus dedos en mi cara y nuca—. Tus miedos son también los míos. Ese miedo a no saber si seremos buenos padres, o si conseguiremos mantenerlo a él o a ella a salvo. —Sus enormes ojos azules se clavaron en los míos —. Pero esos sentimientos son normales. Es normal sentir miedo, así que no te tortures.

Bajé la mirada hacia su boca, incapaz de resistir el deseo de besarle los labios.

—Nuestro hijo o nuestra hija tendrá la mejor seguridad posible —continuó—. Los mejores tíos, superprotectores. Y lo más importante: los mejores padres, porque los dos somos jodidamente geniales.

Me reí de su boca sucia.

Bajé las manos hasta su vientre, acariciando su barriga abultada y sintiendo ese intenso instinto protector.

—Todo va a salir bien —me aseguró, acariciándome la cara—. Creo en ti y en tu capacidad. Eres más fuerte de lo que imaginas, y tendremos suerte si nuestro bebé nace con un tercio de tu fuerza y tu valor.

Sus palabras me llenaron el corazón de calor.

—Siempre me siento el hombre más increíble del mundo bajo tu mirada, cariño. —Envolví su cintura con mis brazos, escondiendo el rostro en el pliegue de su cuello, besando su piel cálida y perfumada.

—Es porque realmente eres increíble —declaró, derritiéndose en mis brazos—. Pero aún más increíble es tu boca sobre la mía y esas enormes manos sobre mi cuerpo —insinuó, haciéndome reír.

—¿Es eso una invitación? —pregunté, caminando con ella hacia la puerta, pero sin soltarla—. Últimamente estás insaciable, mujer.

Ella se rió, mordiéndome la barbilla.

—Podría echarle la culpa a las hormonas del embarazo, pero la verdad es que soy una mujer apasionada de verdad.

Ambos nos reímos, mientras nos perdíamos en la boca del otro.

No había límite para mi ansia de hacerla feliz.

Amarla se había convertido en la razón de mi existencia y estaba deseando ver con mis propios ojos el fruto de nuestro amor.

FIN

Epílogo

Maya

Tres meses después

—Me apetece comer M&M's —comenté, sintiendo cómo se me hacía la boca agua.

— Le pediré a una de las camareras que te los traiga —dijo Rossi. — Quizás Paola tenga...

—Los tengo, pero de caramelo —respondió ella. A continuación, me miró fijamente: —¿Quieres?

Puse cara de asco.

— Yo quiero de menta — miré a Rossi, casi desesperada — y estoy segura de que ese sabor no lo tenemos en casa. Vas a tener que ir a comprarlos — le advertí.

—Déjalo, voy yo —se ofreció Fillipo, levantándose ya.

Todos estábamos en una de las salas de la mansión, viendo una película.

— No, voy yo — se entrometió Mariano.

—Es mi sobrino, así que voy yo —dijo Luca a toda prisa.

— ¡¿Eh?! Pero él también es nuestro sobrino, tío —se quejó Manuele.

— ¡*Ay*, ya empezaron! — Beatrice puso los ojos en blanco, riéndose.

A mí solo me hacía gracia esa pequeña guerra que siempre se formaba entre ellos cuando el tema era mi bebé.

—Por el amor de Dios, chicos —Paola alzó la voz—. Mientras vosotros estáis en esta guerra de egos, Maya acabará perdiendo las ganas, y el bebé nacerá con cara de chocolate con menta —bromeó.

—Yo voy —decretó Rossi, con un tono que no dejaba lugar a discusión. Se inclinó para besarme en los labios—. Ahora vuelvo, cariño. —Sonreí, sintiéndome derretida por su cariño y su cuidado.

En cuanto se alejó, me eché a reír por las bromas que habían soltado sus hermanos.

—No creas que por estar embarazada no puedo partirte la cara, Manuele, porque puedo hacerlo y lo haré con mucho gusto —le advertí, sonriendo, mientras él fingía aburrimiento.

El alboroto fue inmediato entre ellos.

Los últimos meses habían sido increíbles, porque nunca imaginé que pudiera ser tan feliz en medio de esa familia de hermanos que se protegían y se querían de una manera única y conmovedora.

—Maya... —miré a Mariano, que estaba en el sofá junto al mío —. Quiero aprovechar que Rossi se ha ido un rato para hablar contigo —fruncí el ceño, encontrándolo extraño, pero permanecí en silencio—. Es obvio que llegaste a esta casa en malas circunstancias, lo que justificó en gran medida tus actitudes al principio.

— Prácticamente te arrancaron del único hogar familiar que conociste —añadió Fillipo, haciendo que lo mirara—, además de tener que tragarte, a la fuerza, a un desconocido como marido.

—Tu crecimiento emocional y tu madurez se me hicieron cada vez más evidentes a medida que te fuiste abriendo, no solo a la

familia, sino también a tu marido —añadió Beatrice, con una tierna sonrisa en los labios.

—Rossi, después de conocerte, se ha convertido en un hombre más fuerte por dentro —declaró Manuele—. Tú has conseguido rescatarlo de un abismo del que ninguno de nosotros fue capaz de sacarlo. Sabía que se refería al hecho de que Rossi ya no se autoflagelaba como antes. —Y eso, por sí solo, ya te convierte en una mujer increíble, querida. Aunque sigues siendo mi psicópata favorita.

Le tiré un cojín y él se rió conmigo. La verdad es que yo estaba llorando. Thor se acurrucó a mis pies, sintiendo que estaba emocionada.

— Eres una de nosotras, Maya —comentó Luca, captando mi atención—. No hay palabras suficientes para expresar lo bienvenida que eres. —Sonrió con sinceridad.

Miré a Paola, que me ofrecía una sonrisa discreta.

—Así es, chica —dijo, guiñándome un ojo con picardía.

—Tú y tu hijo son lo primero para nuestro hermano, pero ten por seguro que todos nosotros también estaremos siempre aquí para seguir garantizando tu felicidad y seguridad —concluyó Mariano.

Las lágrimas nublaron mis ojos, mientras negaba con la cabeza, demasiado emocionada para siquiera pensar con claridad.

Es cierto que las pérdidas de los últimos meses me sumergieron en un mar de dolor, pero también me fortalecieron. La acogida, no solo de Rossi, sino de toda la familia, fue fundamental para que pudiera recomponer cada pedacito roto de mi corazón.

***

Unos meses más tarde

Si me hubieran dicho que el dolor del parto sería tan lancinante, nunca me habría permitido sentirlo. Era algo tan extraño, porque, al mismo tiempo que ansiaba mirar la carita de mi bebé, tampoco quería verla, ya que eso significaba tener que enfrentar el dolor que me desgarraba por dentro.

—¿Estás segura de que no quieres que llame al médico? —preguntó Rossi por enésima vez.

Lo fulminé con la mirada.

—¡Dentro de un rato seré yo quien llame, pero a Satanás, para que te lleve con él, cretino! —rugí, indignada—. La culpa de todo esto es tuya, que me dejaste embarazada. —Empecé a llorar—. ¡Tú pusiste a este pequeño ser humano aquí dentro, que ahora quiere salir, pero para que eso suceda tiene que destrozarme por completo!

Estábamos en la clínica de la familia.

Él suspiró.

— Cariño...

— ¡Cállate! —grité, enfurecida.

Vi cómo se le tensaba la mandíbula, pero no se atrevió a decir nada más.

— Rossi, ¿por qué no sales ahí fuera? —oí decir a Beatrice.

— Sería una buena idea, la verdad, porque las hormonas femeninas se disparan mucho durante el proceso del parto —añadió Paola.

Me bajé de la cama y, acto seguido, me incliné sobre el colchón sintiendo cómo el dolor se intensificaba. Las contracciones estaban empeorando.

De reojo, vi el momento exacto en que Rossi, con la cabeza gacha, se dirigió hacia la puerta, pero lo detuve:

—Rossi... —lloré— por favor, no te vayas —le pedí.

Se acercó rápidamente, preocupado.

—Estoy aquí —me masajeó la espalda—. No voy a ir a ningún sitio —me aseguró.

— *Yo...* tengo miedo —confesé, mirándole a los ojos, mientras me retorcía por todas partes.

—Estaré a tu lado cada segundo —me avisó—. Te prometo que no me iré hasta que nuestro hijo venga al mundo.

Las lágrimas brotaron de mis ojos.

—¿Me vas a perdonar por mis insultos? —le pregunté, lo que le hizo soltar una risita—. Porque hasta que pase este dolor, vas a ser el blanco de mi ira.

—Seguiré queriéndote, aunque te conviertas en un *monstruito*.

Me tocó a mí reírme, incluso en medio del dolor.

***

Ya estaba agotada, pero aún así logré sacar fuerzas del alma cuando el médico me avisó de que mi bebé estaba en camino. Con Rossi detrás de mí, apoyando mis hombros contra su pecho, me esforcé al máximo y, cuando estaba a punto de desmayarme, sin fuerzas, oí un sonido que marcaría mi vida para siempre.

—Es el...

—El llanto de nuestro hijo —completó Rossi, tan emocionado como yo. Me acomodó en la camilla, besándome la frente—. Lo has conseguido, cariño. —El brillo de orgullo en sus ojos me derritió.

El médico acunó a mi niño en mi pecho, que lloraba sin parar. El sonido más hermoso que jamás había oído. El aliento de vida de la criaturita que tenía en mis manos.

Cada instante de dolor mereció la pena.

—Nuestro bebé, Rossi —comenté entre lágrimas, mientras sostenía su mano entre las mías y con la otra sostenía a nuestro hijo.

—Sí, nuestro hijo. —Se inclinó para besar la manita que le agarraba el dedo con fuerza—. No hay palabras capaces de expresar lo que siento en este momento, Maya, pero te prometo que seguiré esforzándome para darte lo mejor de mí, y ahora también a nuestro niño.

Suspiré, acariciándole la cara, que estaba tan cerca de la mía.

—¿Tienes miedo?

—Estoy aterrorizado —confesó.

—Confío en ti —susurré, emocionada—. Y sé que serás el mejor padre del mundo.

Su boca se acercó a la mía en un beso sencillo.

—¿Cómo se va a llamar? —le pregunté contra sus labios.

— Benjamin —dijo—. Que significa «mano derecha», «hijo de la mano derecha».

—Es decir, de la felicidad —añadí, sonriendo abiertamente.

Rossi volvió a besarme lentamente.

Ambos miramos al fruto de nuestro amor en mis brazos, pero optamos por el silencio, limitándonos a vivir toda esa emoción que desbordaba nuestros poros.

Meses atrás, ansiaba la libertad, y en cierto modo la encontré. Rossi liberó mi corazón, que estaba preso a penas, ilusiones y amargura. Mi libertad llegó, pero en forma de un hombre increíble y de un niño que era, literalmente, mi corazón latiendo fuera de mi pecho.

FIN

---

[1] La catedral (dedicada a Nuestra Señora de la Asunción), el Palacio Real (con la Capilla Palatina), la fuente de la Plaza Pretoria y la Plaza Vilhena, conocida también como Plaza de los Cuatro Cantos, por ser el punto de encuentro de las dos calles más importantes del casco histórico: la Via Maqueda y el Corso Vittorio Emanuele, que se dividen en cuatro esquinas.

[2] Bonnie Elizabeth Parker y Clyde Chestnut Barrow fueron una pareja de delincuentes estadounidenses que viajaban por la región central de los Estados Unidos de América con su banda durante la Gran Depresión, robando y matando a personas cuando se veían acorralados o se enfrentaban a sus perseguidores.

[3] La flor de romero se asocia con el valor y la fidelidad. Asimismo, simboliza el buen ánimo, la confianza y la espiritualidad. Sus flores transmiten una sensación de bienestar y, por ello, suelen estar presentes en las reuniones familiares.

[4] El parque de la Favorita o finca de la Favorita es el parque municipal más grande del municipio de Palermo. Se encuentra dentro de la reserva natural de Monte Pellegrino.

[5] Fernando I (Nápoles, 12 de enero de 1751 – Nápoles, 4 de enero de 1825), apodado «el Rey Narigudo», fue rey de las Dos Sicilias desde su unificación en 1816 hasta su muerte. Anteriormente fue rey de Sicilia como Fernando III desde 1759 hasta 1816 y rey de Nápoles como Fernando IV en tres períodos diferentes: desde 1759 hasta su destitución en enero de 1799 por la República Partenopea; desde junio de 1799 hasta su nueva destitución en 1806 por Napoleón Bonaparte; y, por último, entre 1815 y 1816.